3 1761 08695924 4

EL CRIMEN DE AVELLANEDA

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Imp. de V. Rico.—Paseo del Prado, 28.-MADRID

419d
Yriv

ATANASIO RIVERO

MEMORIAS MARAVILLOSAS
DE CERVANTES

EL CRIMEN DE AVELLANEDA

179054
27. 3. 23.

BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4.—MADRID

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/elcrimendeavella00rive

EXPLICACIÓN DE UN SUCESO

Esto no es un prólogo: es sencillamente la explicación del extraordinario suceso producido por la publicación en *El Imparcial* de los notables artículos de D. Atanasio Rivero que contiene este libro. Por eso, porque no se trata de presentar al autor y menos de ampararle con un nombre de autoridad en las letras, sino de explicar al lector el origen y desarrollo que ha tenido el llamado SECRETO DE CERVANTES, en vez de pedir un prólogo, como es costumbre a alguno de los escritores notables y bondadosos siempre dispuestos a escribir media docena de cuartillas con que encabezar un libro, se ha pedido al reporter que cuente el suceso tal como ha ocurrido, para que el público sea «bien

informado» antes de entrar en este nuevo y maravilloso templo cervantino que ha empezado a construir el Sr. Rivero con su magnífica prosa y sus descubrimientos sorprendentes.

Buena o mala la idea de preferir esta humilde explicación reporteril al prólogo encomiástico de autorizada firma, responde al modo de ser del Sr. Rivero, el hombre más sencillo y más noble y más honradamente modesto que he encontrado en mi camino. Nadie como él ha producido en el público tan honda sensación con sólo media docena de artículos publicados en un periódico; por nadie he visto interesarse tanto a la gente como por él; ni tampoco he visto a nadie más naturalmente refractario a las sugestiones de la vanidad.

Le conocí en la Habana hará unos siete años. Se ganaba la vida trabajando en los periódicos. Como ha dicho el notable periodista *Tartarín*, compañero suyo a la sazón, su ingenio fértil florecía lleno de vigor y de frescura entre la prosa de los periódicos habaneros. Lo mismo hacía un artículo político y se enredaba en una gran polémica a propósito

del «asunto del día», que mantenía brillantemente una discusión literaria o componía unos versos festivos. Era, en suma, uno de esos admirables periodistas que sostienen ellos solos un periódico, porque hacen de todo y todo lo hacen bien. Buen camarada, buen amigo, bohemio por naturaleza, pero sin melenas y con camisa limpia, gozaba en la Habana de una gran popularidad, conquistada por sus magníficos escritos y también por su interesante historia de simpáticas aventuras durante veinte años por tierras de América adonde marchó de mozo, sin concluir sus estudios en la Universidad de Oviedo.

Pero su nombre no había llegado a España; fuera de Asturias, en constante relación con toda la América latina, y muy especialmente con la Isla de Cuba, el nombre de Atanasio Rivero no era conocido, y fué una gran sorpresa para todos el decirles que había llegado de la Habana un escritor notable que nos iba a contar cosas muy interesantes del autor del *Quijote*. Para los asturianos no hubo sorpresa, porque siempre atentos a la admirable labor que en todos los

órdenes realizan sus paisanos en América, conocían los triunfos de Rivero, y bastó la noticia de su llegada a Madrid para que se apresuraran a decir en los periódicos quién era el asturiano ilustre que venía de Cuba a revolucionar al mundo literario. Uno de sus biógrafos, D. José de Tacuña, en un artículo rebosante de orgullo por las glorias de Asturias, que se publicó en *La Voz de Avilés*, decía que el Sr. Rivero, imberbe aún, escribió y publicó en Oviedo una novela de costumbres asturianas que es un dechado de verismo y de poesía, y después de recordar sus triunfos como escritor en América y sus notables campañas periodísticas, señalaba a la estimación de propios y extraños sus bellas cualidades de padre amantísimo, hermano cariñoso y protector en Cuba de todos los emigrantes desvalidos.

En lo que sí hubo sorpresa para todos, incluso para los amigos que le conocíamos y le queríamos y le admirábamos, fué en lo del pleito que traía a Madrid. De todo le creíamos capaz por su talento y por sus arrestos; pero todos, y yo el primero, quedamos un poco confusos

al saber que Rivero había descubierto en las obras de Cervantes lo que nadie adivinó durante siglos. Significaba eso un gran estudio, un trabajo de muchos años y tenía que chocarnos que hubiera podido consagrarse a tan ardua labor un hombre de vida tan accidentada, que en sus correrías por Centro América había sido incluso coronel de una de las bandas revolucionarias del Salvador; que en Guatemala hizo periódicos, que en México fué corredor de comercio y que, finalmente, en Cuba, tenía que ganarse el pan de los suyos escribiendo diariamente muchas cuartillas para los periódicos en esas terribles condiciones de actividad febril en que se hacen los trabajos periodísticos, tan incompatibles con el estudio sereno, reposado y tranquilo de los libros.

—¿Cuándo has tenido tiempo siquiera para leer, como has leído, todas las obras de Cervantes?—fué lo primero que le pregunté al cambiar las primeras palabras el día afortunado que lo encontré, casualmente, a últimos de Julio, en plena Puerta del Sol.

—Un gran esfuerzo de mi voluntad,

un sacrificio casi absoluto de mis pocas horas de descanso—me dijo—. Todos me han visto diariamente trabajando muchas horas en la redacción, y en la calle corriendo de la ceca a la meca y en los cafés charlando con los camaradas y hasta divirtiéndome con mis paisanos, a cuyas alegres y frecuentes fiestas de la Habana no he faltado una vez; pero nadie me ha visto en mi humilde casita dedicar al estudio de Cervantes las horas que mi cuerpo fatigado reclamaba para el descanso. Y a Madrid vine a ofrecer el fruto de mi trabajo.

***

Ni yo lo pretendí, ni Rivero me puso en el «secreto de Cervantes». En cuatro palabras me di cuenta del «caso», y esto era suficiente para que yo tomara la resolución de llevar al periódico su nombre y su pleito. Se disponía a regresar a la Habana sin dejar de su paso por Madrid otra huella que una visita, poco afortunada, al director de la Biblioteca Nacional, Sr. Rodríguez Marín. Se daba cuenta Rivero de que su labor de tantos

años no se tomaba en consideración por los que más interesados debieran estar y más obligados están a examinar y analizar y discutir todo lo que se relacione con Cervantes. Absolutamente desconocido y sin valedores, me figuraba yo, y seguramente debió figurarse él, que a los ojos del Sr. Rodríguez Marín el gran Rivero no era otra cosa que uno de tantos chiflados que frecuentemente van a importunarle en su confortable despacho de la Biblioteca.

El lector encontrará al comienzo de este libro el relato fiel que hace Rivero de su odisea por la Corte, y yo no quiero que mi pobre información quite interés a esas bellas páginas llenas de sinceridad y de emoción en que nos cuenta su llegada a Madrid, su repentina enfermedad, que le puso en trance de muerte, sus visitas a la Biblioteca, y, por último, sus contrariedades.

Muy desilusionado al conocer de cerca a los que tanto había admirado desde lejos, se disponía, como he dicho, a regresar a la Habana, no para encerrar sus papeles en el archivo de los recuerdos tristes de las contrariedades de la

vida, sino para seguir trabajando con el mismo brío y el mismo entusiasmo hasta terminar la obra que antes quiso ofrecer como homenaje de respeto a las ilustres personalidades que forman en España el gobierno cervantino. Pero no se fué porque yo lo impedí, notificando al público, desde las columnas de *El Imparcial*, la existencia de Rivero y el noble y alto empeño que le había traído a Madrid.

El efecto que mi noticia produjo fué enorme. Aquel día no se habló de otra cosa en Madrid. Yo no revelaba ningún secreto, porque ni lo conocía ni era otro mi papel que el de anunciar al público la gran noticia de que un ilustre escritor venido de Cuba había hecho descubrimientos sorprendentes en las obras de Cervantes. Pero eso bastó para que el público recibiera la noticia con gran entusiasmo y esperase con ansia los artículos del Sr. Rivero. Entre tanto, la gente de letras se entregaba a toda clase de conjeturas sobre el «secreto», y las agencias transmitían a sus periódicos la noticia, produciendo en España entera la misma expectación que domi-

naba en Madrid, sin que faltara, como no falta nunca en todo asunto de gran interés público, el juicio precipitado y aun la nota cómica, a cargo esta vez de algunos corresponsales que confundieron a Cervantes con un personaje político del mismo nombre, protagonista por aquellos días de un ruidoso asunto de caciquismo, y muy formalmente dijeron a sus lectores que los descubrimientos cervantinos que se anunciaban no eran otra cosa que las pruebas de los supuestos chanchullos del cacique. Menos chuscas, pero no menos disparatadas fueron las interpretaciones y las hipótesis que patrocinaron gentes superiores al infeliz corresponsal de tres al cuarto; produciéndome verdadera pena, en vez de satisfacción, que hombres ilustres a quienes yo tanto respeto, al ponerme por las nubes, cayeran en la vulgaridad de creer que mi astucia o mi arte periodístico y no la importancia del asunto habían producido tan grande estrépito. Hasta se habló de «campaña de verano» para distraer al público, como si fuera poco suceso la guerra europea para mantener constante la emoción de los lectores de

periódicos, y como si *El Imparcial*, con su prestigio y sus poderosos elementos, necesitara acudir a la fantasía y echar mano de las grandes titulares para hacerse interesante. El gran público, el público sano, que no tiene prejuicios ni envidias y que ama de corazón las glorias patrias, recibió con júbilo la noticia de un acontecimiento tan extraordinario, y fué de admirar el fervor con que las clases más humildes leían los artículos de Rivero. No se recuerda un espectáculo semejante como el que ofrecía Madrid, interesado y apasionado por un suceso de carácter tan distinto a los malos gustos que van infiltrando en el público una porción de escritores que en el periódico y en el libro no hablan más que de toros y toreros y cupletistas, como si en España no hubiera otros temas que las hazañas del matador de moda o las piruetas de la antigua *bailaora* de café, hoy convertida, a fuerza de ditirambos, en eminencia del arte. Como han dicho todos los que de esto han escrito, se operó el milagro de convertir en actualidad lo que no habían logrado todas las comisiones y juntas del centenario. Más tar-

de, cuando ya se había descorrido un poco el velo que ocultaba el «secreto de Cervantes», se comentaba y se discutía sobre ello, no ya entre literatos y gente de cultura, sino en los cafés, en los tranvías, en las tertulias de artesanos de los barrios bajos y hasta en medio de la calle. El *Quijote* y todas las obras de Cervantes arrinconadas en los sótanos salieron a los escaparates de las librerías, y los restos de ediciones se pregonaban en la Puerta del Sol con el mismo estrépito que un periódico el día de suceso sensacional. Gozoso del espectáculo, y estimulado por mis aficiones de reporter, recorrí los sitios más apartados de toda influencia cultural y pude darme cuenta hasta qué punto había llegado el «suceso» a las gentes más humildes, sorprendiendo en un café de la calle de Toledo una tertulia entregada con ahinco a descifrar el enigma y viendo en modesto establecimiento de la calle de Calatrava un corro de parroquianos oyendo con religiosa atención la lectura del *Quijote*, que sólo conocían de oídas. Todo esto que en las academias madrileñas de los ociosos y en las tertulias de

literatos que el inolvidable escritor festivo Luis Taboada bautizó con el nombre de «Bilis-Club», se consideraba nada más que como un ruidoso éxito periodístico por la manera de presentar el asunto, era en opinión de personas bien ilustres una gran obra de cultura, como jamás se había hecho en Madrid; y aunque yo no haya tenido en ello otro papel que el de iniciador de la campaña, pues a Rivero y a su saber y a su arte de escritor se debía únicamente el milagro, recojo con orgullo el aplauso de la eximia escritora doña Blanca de los Ríos de Lampérez para rendirle con mi gratitud el homenaje de alta consideración que merece por el espíritu generoso con que intervino en esta gran contienda literaria, haciendo justicia a la sana intención de Rivero, regocijándose de que la opinión se interesara por tan altas cuestiones, y resultando, en fin, entre todos los contradictores del famoso «secreto», el más noble.

Por lo que se refiere a la Prensa, puede afirmarse que no hubo un solo periódico de toda España que dejara de recoger ese estado de opinión, como no

hubo ningún periódico extranjero al que escapara la noticia de los descubrimientos del Sr. Rivero. Se reprodujeron sus artículos y se publicaron otros para animarle o para contradecirle, y aunque no todos llegaron a mis manos, los recortes que poseo son bastante para formar muchos volúmenes. Creo que jamás se ha escrito tanto, y debo citar como dato elocuente de la atención que la Prensa dedicó a este asunto, el hecho de que *El Correo Español*, el más esforzado campeón de la causa germanófila en España, sacrificara durante muchos días todo el espacio que en su primera página ocupaba con las hazañas famosas de Hindemburg para llenarlo con los artículos de controversia sobre el secreto de Cervantes.

La mayoría de los periódicos—excepción hecha de *El Correo Español*—y la mayoría de los señores que en ellos escribieron, no esperaron a que Rivero acabara sus artículos y diera la completa explicación de su admirable trabajo, sino que se lanzaron temerariamente a dar su opinión y a formular juicios definitivos sobre lo que todavía no cono-

cían. Fué una dolorosa sorpresa para mí ver a muchos señores de gran prestigio en el mundo de las letras empeñados en destruir a Rivero y su obra, al solo anuncio de que había hecho descubrimientos de importancia en las obras de Cervantes. Ninguna explicación se había dado ni por mí ni por Rivero acerca de tales descubrimientos, y ya estaba en *El Imparcial* un artículo tan ferozmente agresivo para Rivero que aun siendo el propósito del periódico recoger todas las opiniones sobre el tema que iba a plantearse, el tal artículo fué rechazado. No esperó mucho más para dar su opinión el reputado escritor y poeta mexicano Sr. Icaza, puesto que su artículo contradiciendo, muy desdeñosamente por cierto, a Rivero, se recibió en *El Imparcial*—aunque no se publicó hasta muchos días después—cuando todavía no se sabía todo lo que Rivero iba a decir. Esto, que bien puede ser el origen de que en asunto de tan alta importancia aparecieran mezcladas las más bajas pasiones, dió motivo a algunos incidentes desagradables y a que aparecieran en los periódicos comentarios demasia-

do vivos. Se recordaba que el Sr. Icaza acababa de publicar un libro negando que la «Tía fingida» fuera obra de Cervantes, y se decía que entre las sorpresas que iba a darnos Rivero con sus descubrimientos quedaría demostrado que la «Tía fingida» es de Cervantes; y a esto se atribuía la feroz hostilidad de Icaza a Rivero y el deseo de destruirle antes de que pudiera hacer la revelación.

Sin entrar en ese terreno desagradable, es lo cierto que, a partir de aquel momento, empezó una cruzada contra Rivero, y aunque la inmensa mayoría de sus impacientes contradictores hacían honor a su prosa incomparable, los cervantistas de oficio le declararon una guerra a muerte. Algunos, sin conocer más que su propósito, se atrevieron a decir que no valía la pena hablar de ello. Pero bien pronto les salió al encuentro un hombre de superior autoridad, como es D. Miguel S. Oliver, echándoles el alto y diciéndoles en un notable artículo estas verdades: «La seriedad intelectual de nuestro país está en entredicho. Continuamente se nos acusa de no saber

organizar nuestra historia literaria, ni abordar ni resolver nuestros temas, ni alumbrar nuestros archivos, ni explotar científicamente nuestra antigua producción. Jáctanse los extranjeros de tener que poner orden en todas estas cosas, publicando revistas y bibliotecas hispánicas, destinadas a corregir nuestros extravíos y ligerezas. El caso del señor Rivero, por los caracteres que reviste y por la resonancia inmensa que alcanzó, pone a la cultura española en un verdadero compromiso.»

De cómo respondió la cultura española a estas advertencias dan idea los pobres artículos en que se juzgaba antes de conocerla la obra del Sr. Rivero, las intrigas para que no siguiera publicando sus artículos en *El Imparcial*, las murmuraciones de sabor comadresco a que se entregaron sus enemigos para despellejarlo, en lugar de escucharle con atención y estudiar y analizar su obra para aprobarla o repudiarla.

Y no ya en las cavernas tenebrosas de la intriga, sino públicamente en los artículos refutándole, asomaba la envidia y se deslizaba la mala fe, hurtando

lo esencial del asunto, haciéndose fuertes en la trinchera de un error o atribuyéndole cosa que no había dicho. Así ocurrió con la minuciosa y admirable explicación de los descubrimientos sobre el verdadero autor del «Quijote» de Avellaneda, que no pudiéndose publicar de una vez, porque es imposible hacerlo en un periódico diario, dada la extensión del trabajo, se arrojaron como fieras sobre la primera hipótesis con que tropezó en sus investigaciones, sin esperar a que aparecieran al día siguiente los razonamientos que le habían llevado a abandonar aquel nombre y a buscar otro. Los implacables impugnadores perdieron un tiempo precioso revolviendo archivos a la caza de pruebas con que negar, por ejemplo, que el autor del falso «Quijote» fuera Tirso de Molina, nombre que salió, con otros, en las investigaciones, y por eso lo citaba Rivero, sin atribuirle la paternidad de aquella obra que tanto hizo sufrir a Cervantes. La continuación del interesante relato ponía al descubierto la ligereza de los eruditos y aumentaba de tamaño su enorme plancha, pero ni se rectificaba

ni se disculpaba; se dejaba correr la bola, porque lo que se quería era simplemente llenar de obstáculos el camino que estaba recorriendo el insigne escritor.

Por su parte, los amigos y los admiradores de Rivero, que surgieron en gran número, no se mordían la lengua ni estaban quietos. Con tanto ardor tomaron su defensa y la ofensa a los contrarios, que no contentos con hacer una revisión de las obras de los impugnadores, plagadas, según decían, de errores y disparates, intentaron llegar hasta la crueldad de presentarles como ejemplo el trágico fin de aquel desventurado cronista de Salamanca que se quitó la vida arrojándose al poético Tormes al ver destruída su fama y su vanidad por la crítica de un escritor... Pero no pudieron realizar sus propósitos ni exteriorizar su indignación, porque a ello se opuso enérgicamente Rivero, que no había venido a Madrid a reñir con nadie ni a quitar famas usurpadas, ni a arrojar por el balcón al rey del cervantismo con toda su corte de aduladores. Prueba de la sana intención de Rivero

y del respeto que le merecían todos los hombres que al cervantismo han dedicado su vida y del cervantismo viven, es que al llegar a la Corte, apenas dejó en la fonda su menguado equipaje, en que lo de más bulto era una segunda edición del «Quijote», se fué a la Biblioteca Nacional a rendir pleitesía al Sr. Rodríguez Marín y a ponerse en sus manos; y que al ver que le condenaban sin proceso, a la Habana se hubiera vuelto sin apelación y sin llevar en su alma noble un átomo de veneno, de no encontrarme a mí, que saqué al medio de la calle, sin que él me lo pidiera ni lo supiera, lo que por referirse a «la gloria más preciada de nuestra Patria», no debía discutirse ni fallarse en el misterio.

DOMINGO BLANCO.

AL ILUSTRE RODRIGUEZ MARIN

¡JURO DECIR VERDAD!

Hace seis meses visité a usted en la Biblioteca Nacional. Demandéle algunos libros entre incunables y raros, y usted hizo que sobre la marcha se proveyese a mi demanda. Para obligarme más, me regaló usted con dos cuentos de camino que me supieron a mieles: y en justa recíproca yo le hice a usted merced del *Soneto de Valladolid;* aquel perverso soneto que en su siglo sólo conocieron Lope, Alarcón, Cervantes y Luis Molina, y en este buen tiempo, usted y yo. Demos gracias, usted por el soneto y yo por los cuentos a mi ilustre faraute D. Fermín Canella, rector de la Universidad de Oviedo y popularísimo cronista de su glorioso Principado.

Me invitó usted a escribir de eso y de otros misterios cervantinos que ahora saldrán en

la colada; pero yo no podía escribir. Cultivaba entonces la convalecencia de una pulmonía bellaca que amenazaba secundarme con su bellaquería, y tal como usted me vió flaco, febricente y desmadejado tomé el rápido de Santander, en Santander el rápido para la Habana... y Guillén fué torero. Allí, a puros melindres y emplastos de güira cimarrona, puse a salvo el pulmón y el bronquio, y me excusé, con quien manda, de soltar las higadillas. No me quejo de la pulmonía madrileña, que no es una colación de pipiripao, cosa que sé, como sé también que Dios aprieta pero no ahoga... aunque suele dejar los dedos marcados desde la nuez al pestorejo.

Recordé entonces—después de mi vuelta a la vida pulmonar—que yo le había prometido a usted algunas confidencias sobre Cervantes y el *Quixote*, *e ainda mais*, ya que usted, por su ilustración, dedicación y entusiasmo, merecía ser el primero que estuviese en el ajo de mis andanzas cervantinas. Lo pensé y lo hice. *La Lucha,* de la Habana, me apretó, y escribí, el Día de Cervantes, algo nuevo: de manera que haya fe y sepan cuántos que, a los tres siglos de rendir a Dios su alma el genio de la literatura, se levantó una punta del velo tupido y glorioso que encubre su amarga vida en su obra insospechada.

Lo que entonces dije quiero ratificarlo

ahora, ampliarlo y mejorarlo en el quinto y en el tercio, y así mejorado, ampliado y ratificado, se lo envío a usted para que usted reguste el dato, si acaso lo gustó; y si no para que lo guste y con el gusto se deleite y con el deleite se extasíe.

Una consideración he de merecer de usted y del que leyere, y es: que, *por ahora,* se me crea sobre mi palabra, ya que ella es tan verdad como la irradiación del padre Sol: yo no hice dos viajes de América a España para colocar al respetable público un cuento tártaro o una fantasía de los Trópicos. Cuantos hombres discretos han conocido algo, siquier fuere veladamente, de estas mis andanzas, han quedado suspensos y atónitos. Sólo hubo un rascador de cítara que osó llamar invención mía al soneto de Valladolid, que le obtuvo de trasmano; pero consuélame el saber, seguramente, que tiene la cabeza dada a pájaros, y que no puede darla a cosa de más sustancia que el repichoneo. Siempre la más ruin oveja se mea en la colodra.

***

Hace tres siglos que rindió a Dios la jornada de la vida el alto ingenio de Miguel de Cervantes y Saavedra. Su biografía nació de un deseo inglés, cuando las letras castellanas adolecían de puerilismo y los medios

de investigación, ásperos y espinosos, no acreditaban una labor concienzuda y contrastada. A lord Carteret debemos las líneas generales que D. Gregorio Mayans trazó cuidadosamente, y que de entonces fueron pauta y centro de todas las biografías de Cervantes. El primer lector de la vida del ingenio de Alcalá fué una Reina inglesa. La posteridad—tan amada de Cervantes—rindióle así el alto tributo de justicia que su patria y su tiempo le negaran con descuidada y envidiosa obstinación. Los nombres de Carolina de Inglaterra, de lord Carteret y del valenciano don Gregorio Mayans, son gratos al Dios de las restituciones, y por ello les deben albricias la patria española y la literatura de todos los pueblos y de todos los tiempos.

Después de Mayans se ha investigado mucho y se ha desbarrado mucho; pero he de confesar que los aciertos han superado a los errores, y los hallazgos a los aciertos. Los buenos sevillanos, todos ellos consumados cervantistas, han documentado la vida de Cervantes tan minuciosamente, que apenas queda lugar para nuevas documentaciones. Benjumea, Asensio, Castro, Pérez Pastor y Rodríguez Marín hicieron milagros. No en vano ponderaba Cervantes, sobre toda ponderación, la cortesía y el ingenio de los buenos caballeros de Sevilla. A los de 1600 les

debemos el *Quijote*, y a los de 1900 la biografía del autor del libro más español y más universal que se ha engendrado en cerebro humano.

Los aciertos de los biógrafos de Cervantes se han patentizado con la documentación; los errores deben patentizarse también para que con más relieve surja la verdadera verdad biográfica. El primer paso que se da en la biografía señala el primer error de todos los biógrafos. Se ha sentado que del estudio del maestro Hoyos salió Cervantes a ser paje del cardenal Aquaviva, y que el cardenal se lo llevó consigo a Italia. No es así. Siendo paje de Aquaviva, en Madrid, mató Cervantes al alguacil Sigura de una gran cuchillada... Aunque el lance fué en defensa propia, el juez condenó a Cervantes a que le cortasen la mano derecha. Ausentóse a las partes de España, y por fin alzóse de ella el desgraciado mozo; pero ausentóse solo y alzóse solo, por su cuenta y riesgo. No era posible que un cardenal tan diplomático como monseñor Julio Aquaviva aumentase su servidumbre con un extranjero que había muerto a un corchete, ya que ello, en tiempo de Felipe II, y en cualquier otro tiempo, más parecería amparo de delincuentes que protección de ingenios. Entre la luz de Italia y las sombras del cautiverio de Argel prescribió la sentencia; pero Cervantes tuvo siem-

pre buen cuidado de hacer constar que su manquedad había sido en la gloria de Lepanto, temeroso de que si otras edades descubrían la *Real Provisión* pudiesen creer que su estropeamiento era hijo de la sentencia y obra del verdugo.

Una de las puerilidades más pueriles de la biografía es la de suponer que en el cautiverio de Argel, conducido Cervantes a la presencia de Azan, «mandó éste darle 2.000 palos; pero alguna gracia como suya debió decir Cervantes en aquel conflicto, supuesto que el Rey, desarmada su cólera, revocó la orden...» La ocasión, en efecto, era que ni pintada para pujar el chistecico, y hay que advertir que Cervantes no hablaba el árabe ni Azan el castellano. Por lo demás, sufrió Cervantes los 2.000 palos, ya que se los propinaron de manera que no muriese antes de que se acabara el apaleamiento. Debió estos horrorosos martirios al aleve dominico Juan Blanco de Paz, envidioso del predicamento que Cervantes gozaba en las cuevas, y de la aureola de mártir cristiano que esplendía en sus sienes. De este Blanco de Paz dijo Rodríguez Marín que fué el peor enemigo de Cervantes. En el cautiverio, sí; después del cautiverio—acaso en 1612—se encontraron en Madrid. Blanco, el asesino, sonrió, se llegó a Cervantes, e intentó estrecharle la diestra. Cervantes, acordando el martirio de

Juan el Jardinero, le volvió la espalda. Después, por todo comentario, acota así: «*¡Qué gordo está el villano!...*»

El más enconado enemigo de Cervantes, el enemigo por antonomasia, fué Lope de Vega. Nació su enemistad en los *Corrales Madrileños*. Lope quería ser único y solo: Cervantes le estorbaba, y el «fénix» escribió al divino Hernando de Herrera algo depresivo para la literatura y para la honra de Cervantes. Herrera desde Sevilla envió la carta a Cervantes, y éste se la mandó con un reto a Lope. Llevó el reto el alférez de Milicias Rodrigo de Cervantes. Más tarde, en 1610, una grave indiscreción del conde de Lemos puso de nuevo a Cervantes y a Lope frente a frente. Su odio fué inmenso, y la persecución continuada y tenaz de Lope, aleve y perversa. Otro «miserable»—advierto que adjetiva Cervantes—enemigo de Cervantes, fué Alarcón, que reflejaba el odio de Lope; y quien más amargó la vida del genio español fué «su hija Isabel». Se sabe muy poco de Isabel, y se le dan por madres una dama portuguesa que la hubo de unos románticos amores con Cervantes, o a la buena andaluza Ana Franca, con olor a barraganía. Ni lo uno ni lo otro; no fué Isabel mocedad romántica de la dama portuguesa, ni Cervantes la hubo en la humilde Ana. La verdad del caso la diré en su tiempo; báste-

me por ahora decir que *la liviana Isabel* no fué hija del grande alcalaíno.

Mucho se ha desbarrado respecto del nacimiento del *Don Quijote*. Dice de él su egregio autor que se *engendró* en una cárcel, y los biógrafos dan por cierto que fué en la cárcel de Argamesilla, donde hubo Cervantes de vivir preso algunos años, sin lo cual no tuviera tiempo de crear aquel hijo seco y avellanado y lleno de pensamientos varios. Mejor se tuviera en cuenta que Cervantes usa la voz *engendrar* en su verdadera acepción y que pudo *engendrar* a *Don Quijote* en Argamesilla, para lo cual bastaba un día de prisión, y parirlo en Andalucía, ya que, efectivamente, fué así: el *Quijote* se engendró en Argamesilla y nació en los mesones alegres y en las inmundas cárceles andaluzas. Hablando de las «Novelas ejemplares», dice el Manco de Lepanto: *Mi ingenio las engendró y las parió mi pluma...*

Cervantes amaba a Sevilla. Frecuentó allí las amistades de Baltasar de Alcázar, Porras de la Cámara, Espinel, Hernando de Herrera, Arguijo, Malara y Jáuregui. Todos le protegieron en sus prisiones y más y mejor que todos el divino Herrera, que le mandaba «plato» a la cárcel de Sevilla y atendía a la subsistencia de *su hija Isabel* en Lorca. Cervantes, además de ser muy gago, era más que medianamente feo. Cuan-

do D. Juan de Jáuregui fué a retratarle a la cárcel de Sevilla, donde era visitado el autor del *Quijote* por los mejores caballeros de la ciudad, trató Cervantes de oponerse, pretextando ser muy feo para andar en pinturas... Jáuregui le tranquilizó diciéndole que *su fealdad no era de las desusadas*, y Cervantes accedió, lleno de agradecimiento, a ser retratado. Sólo hubo en Sevilla un caballero que no rindiera pleito homenaje al ingenio sutil y portentoso de Miguel de Cervantes: fué el duque de Béjar. Después de algunos años de negativas consiguió el divino Herrera que el duque admitiera la dedicatoria del *Quijote*; pero no lo leyó... ni pagó la edición, que en aquellos tiempos se tuvo por bellaquería.

Uno de los más graves disgustos que sufrió Cervantes fué con motivo de la publicación del *Quijote* apócrifo, del falso *Avellaneda*. Este verdadero esperpento, que carece de valor literario en absoluto, amenazó a Cervantes con su publicación durante cuatro años, y vió la luz, por fin, al terminarse el privilegio que por diez años obtuviera Cervantes para la primera parte del gran Alonso Quijano el Bueno. Cervantes conoció a *Avellaneda* y tuvo noticia detallada de los progresos del libro malo; se opuso con todas sus fuerzas a que se publicase y hubo graves dares y tomares entre ambos

autores, ya que Cervantes ponía mano en la negra con presteza, era valiente, receloso y airado, y según el mismo Avellaneda, *excelente y no poco pendenciero autor*. Aún no se sabe quién fuese *Avellaneda*. En el «fil» de esta fama están el padre Aliaga y Alfonso Lamberto. Este Lamberto no existió en la literatura española, aunque Menéndez y Pelayo le haya sacado por los pelos del «sabio Alisolan»... Concurrió a unas justas literarias en Zaragoza en 1616, y en el vejamen que mereció llamáronle en burlas «Sancho Panza» y dijéronle que apuntaba al «blanco de la ganancia». Esto y la desinencia de «Aliso-lan» con «Alonso-lan» fué la base de la «Nueva Conjetura», que siendo tan pueril y tan liviana, valió a Menéndez y Pelayo un triunfo ruidoso, aseverado por cervantistas tan avisados y agudos como Navarro Ledesma, Rodríguez Marín, «Zeda»... Esto trae a mi memoria el recuerdo de aquellos antiguos progresistas que seguían a Madoz hasta en sus extravíos. La palabra del maestro atrae y subyuga, y Menéndez y Pelayo fué algo más que un maestro en la literatura española. No es extraño que los que le amaban le siguiesen hasta en sus extravíos, como los progresistas a Madoz. Cuanto al inquisidor general Ali-Aga, vale más no meneallo.

Después le ha costado Dios y ayuda a Cer-

vantes el obtener «privilegio» para su «segunda parte»; pero lo obtuvo, a pesar del que, para la suya falsa, consiguiere lealmente *Avellaneda*. En esta infamia anduvo la mano de Lope, y más gravemente que en ésta, en la del asesinato-homicidio del caballero D. Gaspar de Ezpeleta, paseante en Cortes y arrecuestador de todo el género humano femenino. Ocurrió esto, como se sabe, en Valladolid, en la puente del Esgueva, cerca de la casa donde vivía Cervantes con su familia... Por primera vez se habla en público de *su hija Isabel*, para calificarla de «bastarda» de Cervantes, y para que se supiese por boca de una beata que la tal Isabel sostenía relaciones ilícitas con un tal llamado Simón Sánchez, feo y contratador de alcabalas. Toda la familia Cervantes se vió en la cárcel; pero todos salieron a los pocos días, si bien se abrió después el proceso exclusivamente contra Miguel de Cervantes, y padeció hambre y sed de justicia en una larga prisión, donde fué visitado por el buen Mateo Alemán, que desde la tierra andaluza fué a Valladolid a ver y abrazar a su compañero de galera de la cárcel de Sevilla.

Las hermanas de Cervantes y su sobrina regresaron a Madrid con presteza, dejando sola a Isabel, la que aprovechó el tiempo muy gentilmente. Cuando Cervantes salió de la cárcel encontró que Isabel llevaba los

vestidos demasiadamente cortos por delante. Su horror no tuvo límites, y desde entonces la vida de estos dos seres fué agria, enconada, envenenada, porque entonces comenzaron las impúdicas liviandades de Isabel, y entonces conoció Cervantes que estaba en ridículo.

Todas estas noticias, que contradicen y mejoran las biografías escritas hasta hoy de Miguel de Cervantes, se dicen ahora por primera vez, y no las aumento y las avaloro más por no irme tras el señuelo. Pudiera añadir otros cien datos a estos datos nuevos; pero acaso se dudara de la verdad de su certeza. Hace cuatro meses hablaba yo en Madrid con el ilustre cervantista Rodríguez Marín; se extrañó de que yo conozca, como conozco, al fingido *Alonso Fernández de Avellaneda,* y con éste muchos de los puntos oscuros y misteriosos de la vida de Cervantes. En prueba de que yo decía verdad, le recité el *Soneto de Valladolid,* y aunque al terminar la recitación me dijo él con viveza: «Eso es de Lope», más debió de sonarle a estafa que a descubrimiento, puesto que al hablar, hace algunas semanas, en la Asociación de la Prensa sobre los enemigos de Cervantes, no mentó el alevoso *Soneto,* ni a Lope, ni a mí que lo truje. Y es lógico. Pica en lo asombroso el hecho de que al cumplirse justamente los tres siglos de la muerte de

Cervantes y los cien años de inquisiciones, averiguaciones y huroneos en todos los Simancas del solar viejo de nuestra España, llegue a deshora de América un pasajero sin loro, sin brevas, sin cuello de métememano, diciendo en estilo llano y liso que está en posesión de todos los altos y graves secretos cervantinos y que piensa alterar el orden público a la mayor brevedad y sin derramamiento de sangre. Fuese yo otro y anunciara con pregón mis gloriosas averiguaciones; pero, en fin, yo sé que no han de faltarles a mis nuevas literaturas golpes de atambor y música de chirimías. Con esto me contento si el contrapunto es de algo más sustancioso que de duelos y quebrantos.

El mismo alto empeño literario que me trajo a España en Noviembre me trae ahora a Madrid. Prometo al ilustre Rodríguez Marín, maestro, espejo y ejemplo de cervantismo, noticias peregrinas de Mateo Alemán, no sólo noticias de su vida en Sevilla, sino de su paso por Pedrola, de su visita a Cervantes en Valladolid y de su viaje y vida en Méjico. Si el Sr. Rodríguez Marín lee esto—y ya procuraré que lo lea—, dirá que soy brujo o mago... Temo que no podré negar mi arte de magia y brujería.

La verdadera biografía de Cervantes se hace en pocas palabras: nació bueno, vivió amargo y murió santo. Al morir volvió su

corazón al conde de Lemos y pretendió vivir algún tiempo más y mostrarse agradecido al estudiante aquel que descabalgó de su burra pasicorta para abrazar al manco sano, al famoso todo, al escritor alegre y al regocijo de las musas, que se iba muriendo de aquella enfermedad llamada hidropesía, de la que no le sanara toda el agua del mar Océano que dulcemente bebiese... Y fué bien que Cervantes, tan agradecido a los grandes, que le socorrieran con pequeñez, se haya mostrado, ya frontero a la otra vida, reconocido y aficionado al estudiante pardal del diagnóstico; porque en verdad os digo, hermanos, que el genio español escribió en su loa estas palabras:

«*DESDE HOY HARÉ LO QUE SE DEBE A NUESTRA SALUD: NADA DE AGUA; LO MENOS QUE PUEDA TOMAR, COMO EL ESTUDIANTE ME RECETARE. BEBERÉ UN VASO CADA COMIDA HASTA QUE EL ESTÓMAGO VUELVA A DIGERIR COMO EN AÑOS ANTERIORES, SIN ENVENENARSE CON LA BEBIDA. EN CORRESPONDENCIA A SU CONSEJO PIDO AL TODOPODEROSO ME ALIVIE UN BREVE ESPACIO PARA MOSTRARME RECONOCIDO, Y NO DUDE VIVIRÉ ALABANDO SIEMPRE LA BUENA DISPOSICIÓN A FA-*

VORECERME DESDE QUE MIS AMIGOS LE DIJERAN, ACASO, LA ENFERMEDAD QUE ME ACABARA SI DIOS ME ABANDONA EN SU ALTA SABIDURÍA; PUESTO LE ENCAREZCO ME PONGA A PRUEBA PARA QUE SE VEA CÓMO SÉ AMAR EN LA TIERRA, CON TODO EL AMOR DE UN HOMBRE DESDICHADO, CUYA MUERTE ESTA ESPERANDO.»

LOS AUTORES DEL CRIMEN DE AVELLANEDA

Hace muchos años salí de España en demanda del porvenir. Mi aventura era de bohemio, y mi equipaje, espiritual: con un libro ameno por todo atillo eché mar adelante, y abrazado a Don Quijote fuí, como él, por la vida soñando montes y mares. Hacía tres siglos que Cervantes emprendiera su «Viaje del Parnaso» llevando por toda recámara «un candeal con ocho mis de queso...» Iba el famoso manco reventando de orgullo; al final del viaje le esperaba su Isabel, su «Promontorio». A mí me esperaba algo más al fin de mi aventura: me esperaba lo desconocido. Mi desconocido fué plácido y cruel... No fué para Cervantes menos amarga la vida de Isabel de Saavedra, que secó su corazón y conturbó su espíritu.

Yo había leído el *Quijote;* pero no había sentido palpitar en él la alma atenaceada de

Cervantes. Al terminar la segunda lectura quedé preso en el libro; una atracción extraña me subyugaba, y un poder cierto de esclavización me retenía en las páginas últimas. Ansiaba más; me parecía no haber llegado aún hasta el fin de una obra tan acabada. Después supe que a muchos ocurre lo mismo. Un autor exclama: «No se sabe de dónde mana su encanto.»

A través de los mares y a través de los continentes, Cervantes fué mi devoción y el *Quijote* mi Evangelio y mi Biblia. En las fragosidades ásperas de la sierra Maestra; cerca del sol en los Andes; en el fondo inquietante de las barrancas mejicanas y entre las ondas turbias del Cauca yo comulgué con el hidalgo manchego y partí con él mi hostia sobre los abismos del Caracol. A la luz fatigada del volcán de Izalco yo leí una noche entera los donaires de la venta, y aquel fuego, como el fuego del sol andino y como el vuelo del condor que hasta él remonta, me hablaba del pensamiento de Cervantes y de su fuerza creadora, tan única en el mundo literario como su héroe fué único y solo en la literatura de la Humanidad.

El *Quijote* es la amargura que ríe. Yo he aprendido en él a mostrar al mundo las mieles del carácter y a ocultar lo acre que por entre las mieles destila el corazón. Por el humorismo de Cervantes supe calcular

la hiel que le envenenó la vida. Murió sintiendo en los huesos el roedor de la envidia y en las carnes la tenaza de la penuria sin que Lemos y Sandoval fuesen parte bastante a llenar de mendrugos su recámara... Después de publicado el *Quijote*, Cervantes admitía de Isabel unas migajas garbeadas con vituperio. Oidle; os habla a través de tres siglos:

No me ama la indigna; no es digna de mi. Todavía sostiene relaciones de tapadillo. Fué de viaje, y hasta ahora no se sabe adónde fuere. No piensa más que en estos tapadillos. Carezco de la comida y creo que mi indigencia y el haber apurado el ridículo me hacen servir de risa. Yo no entiendo cuál sea su propósito. No volvió hasta el amanecer. Desde el mediodía en que hubo salido, carezco de todo, ya que ningún arranque osa ahora que es en daño de su hija. Esto es un horror. No me dixo dónde estuviese ni me contesta. Acaba llamar a la pequeña. En cuanto la halagara, se retiró. Estuve pensando marchar para mi casa. Esto quizás hubiese sido un pensamiento precipitado. Recordé el daño que su hija pasaría en el caso de que no hubiese vuelto, y recé.

De todas las amarguras de Cervantes, la que le arrancó gritos más airados fué la bellaquería de Avellaneda, que pretendió publicar con privilegio una segunda parte del

Quijote, cuando era aún válido el privilegio de la primera que a Cervantes concediese la majestad del Rey. Su grito, su queja honda, está en todos sus libros; su protesta la supo Lemos antes de que el crimen se consumase; pero el crimen se consumó. Avellaneda despreció las advertencias, los consejos y las amenazas de Cervantes, y cuenta que estas exaltaciones duraron cuatro años. Al fin de ellos salió Avellaneda en la plaza del mundo a los ojos de la gente con su plagio aleve y sucio; pero con ello no acrecentó su caudal ni aumentó su fama; entonces, como ahora, el libro dió náuseas, y el pueblo, los magnates y los príncipes lo recibieron con asco.

Cuando Cervantes dió a luz la segunda parte de su *Quijote*, Avellaneda murió. El triunfo fué enorme: En Avellaneda venció Cervantes a lo más florido de los literatos españoles del Siglo de Oro; pero el muerto quedó en pie, y la vida de Cervantes fué de entonces más dolorosa y más áspera, más batida, más envenenada aún que antes de su victoria. Sus enemigos enconados y empandillados no se detuvieron ante su honra, como no se habían detenido ante su derecho; no se detuvieron ante su libertad, no se detuvieron ante su vida.

¿Quién fué Avellaneda? El misterio de tres siglos va a descubrirse; la pesada losa fué removida. Yo os diré quién fué Avellaneda:

lo sé; yo removí la losa, yo hice la luz. Yo os diré la confesión del criminal, la queja de la víctima y el laudo del juez... El que salió de España llevando por atillo un *Don Quijote*, que era acaso su única cultura, no lo leyó en vano. A través de los mares y de las tierras de América, sobre el precipicio del Caracol, en las barrancas y en la sierra Maestra, en las ondas turbias del Cauca cerca del sol andino y a la luz del volcán Izalco, yo escudriñé, yo interrogué a Cervantes y a Avellaneda, yo les arranqué su secreto, todo su secreto; merced a mi tenacidad y a mi constancia, a mi veneración hacia la gloria más legítima de España, puedo deciros hoy el nombre verdadero del falso Licenciado.

No traigo de las Indias ofrenda de talegas: he leído demasiado el *Quijote* para que en mis dedos se haya pegado el polvillo sutil del oro; mi ofrenda es más modesta, pero más luminosa: traigo a la patria amada un rayo de la luz de mi cerebro y vengo a cantaros esa luz con aires de «Marsellesa».

***

En 1614, aunque Cervantes había anunciado en la dedicatoria de sus «Comedias» que Don Quijote quedaba calzadas las espuelas para ir a besarle los pies al conde de Lemos, Visorrey de Italia, se publicó en Tarragona

un «Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas». En ningún libro de su época se encuentra mención de esta obra ni noticia de quién fuese su osado autor.

Miguel de Cervantes había publicado su *Don Quijote* en 1605, al amparo de un Real privilegio que le garantizaba la propiedad de su título hasta rendir diez años. Pensó publicar la segunda parte; pero Avellaneda obtuvo en 1614 para su plagio otro privilegio por igual tiempo; el cual privilegio, no sólo le permitía herir a mansalva al primer autor legalizando el plagio, sino le ponía además en circunstancias de entorpecer o acaso prohibir la segunda parte de Cervantes. Esta barrabasada, que acredita de poco limpio al vano Licenciado, dióle patente a nuestros ojos de hombre de pro en las esferas oficiales. Por esto, cuando se buscó su nombre no desdeñaron los hurones literarios ahijarlo, sin prueba alguna, al inquisidor general y confesor del Rey, Fray Luis de Aliaga, so pretexto de que éste era hijo de un barbero de Aragón, y Avellaneda era aragonés, según dijo Cervantes, aunque no dijo nada de si era bacía o yelmo o baciyelmo el padre del autor espurio.

***

Desde que Mayans publicó la primera biografía de Cervantes, no se ha dejado un momento quieto a Avellaneda. Se hizo cuestión de honor nacional averiguar su nombre, y en los últimos ochenta años apenas se encuentra un literato de valía que no haya oteado su rastro y no haya declarado cuál, a su parecer, es la conjetura más sólida entre las mil y una que van publicadas.

En realidad, los meritísimos rebuscadores de la fe de bautismo de Avellaneda estuvieron poco felices y no dieron muestras de gran perspicacia. Cervantes sembró en sus obras indicios suficientes a desenmascarar al envidioso; pero unos por creer que Cervantes no conocía al autor, y otros por dejarse llevar de la loca de la casa, agravaron el misterio declarándolo impenetrable y proclamando agotados los recursos de averiguación por medio de los dos *Quijotes*.

La tarea que yo me impuse de desenmascarar al *aragonés* del *Quijote* apócrifo era áspera, alejado como estaba yo a seis o siete mil millas del foco de luz de los archivos y de las bibliotecas hispanas. Leí lo que pude, y ello no me dió la ansiada orientación. Pocos escritores coincidieron en sus sospechas y sus descubrimientos, y acaso por esta circunstancia crece el interés público a medida

que se hace el misterio más insondable. Entre los que cultivan y encarecen el culto a Cervantes, entre los cervantistas de buena cepa, se mantiene latente este afán: las pistas equivocadas, los errores apadrinados y las decepciones sufridas, no son parte a hacerles desistir de su empresa. Avellaneda confesará su robo; Cervantes, que supo dónde, cómo y cuándo el *aragonés* de Tordesillas fingió su patria y encubrió su nombre, nos dirá «el día menos pensado» cuyos son el nombre encubierto y la patria fingida, y por qué no lo dijo él a los cuatro vientos, ya que dedicó a rechazar la afrenta del segundo tomo el prólogo de la segunda parte, página maestra, seductora, acabada, de crítica, de polémica, de grandeza, de caballerosidad y de burla picaresca.

Por el tamiz de la crítica cervantina se han colado todos los escritores del Siglo de Oro; pero en las borras no aparece la ejecutoria de Avellaneda. Para los escrutadores antiguos, el licenciado Alonso fué un fraile dominico, o de la Orden de Predicadores, o escritor de comedias; para los que siguieron a éstos fué Avellaneda, amén de fraile, gran devoto de la Virgen. Cean Bermúdez lanza al bullidero en demanda de un *aragonés* el nombre del andaluz Juan Blanco de Paz, verdugo de Cervantes en Argel y Judas en el cautiverio de todos los esclavos españo-

les. Esto no llevaba camino. Nunca se supo que Paz moviese guerra literaria, ni se registra en códice alguno su regreso a España, ni nuevas agresiones a Cervantes. Pero regresó: Cervantes lo vió en Madrid, acaso en 1610, y lo cuenta así en sus «Memorias»:

Son horrorosos los tiempos de mi cautiverio en África. No ceso de recordarlos. Confieso estos hechos afrentosos, sólo en mi daño. Me acusan de no haber acusado a Blanco de Paz a su regreso. No hube hacerlo por sus hábitos de ex fraile. Él no ignora sus graves faltas. Si intentase hacerme algún nuevo agravio, sabe lo que le aguarda. Toda España le conocerá. Su recuerdo me asusta: desde que nos acusó el bellaco, le hice la cruz.

Me vió y volvió la cabeza. No trató de saludarme, ya que el daño se agravaría. Ninguno me gana a reconocido, mas no quise que hombre tan villano llegase a tal extremo. Nada hago con abochornarlo. No tema nada de mí, a pesar de la villana acusación en que estuve envuelto en Argel. Nada se sabe hasta ahora.

Vino sonriente a saludarme. ¡Lo grueso y lo villano que está! No deseo sea entregado a un Tribunal. Sus crímenes le perseguirán sin descanso. Toda la raza debe ser su juez, ya que la ofendiera. Quise hacerle un

saludo y no logré vencer los escrúpulos en mi alma. Su grave injuria, horroriza. No me atreví a darle la mano.

***

Gallangos cierra contra el padre Fray Luis de Aliaga, confesor de Felipe III, inquisidor general y hombre astuto, intrigante y solapado. Acredita esta conjetura el haberle llamado el conde de Villamediana «Sancho Panza» en unas letrillas satíricas; el ser *aragonés* de relieve, pese a la bacía del escudo de sus mayores, y el existir en cierto archivo del reino de Aragón unos «vejámenes» que fustigan, bien plácidamente, por cierto, a un Sancho Panza, «blanco de la ganancia» y sentenciado a pena de azotes, caballero en Rocinante, por poeta matalón. Concertando este «Sancho Panza» con el «Sancho Panza» confesor del ya citado Monarca, de que habló Taxis, con el «blanco de la ganancia» al que simula tirar Avellaneda en su prólogo, y con el nombre del penco beatífico de Don Quijote, se obtuvo un amasijo que pareció Avellaneda... Amasando un poco más se hubiera obtenido un requesón.

Don Adolfo de Castro, que fué quien más se ensañó en y contra Aliaga, hizo luego un cuarto de conversión y puso la mira en Fray

Alonso Fernández. Más tarde desechó este fraile y *demostró* que el verdadero, el indudable Avellaneda, era Alarcón y no podía ser otro. En realidad de verdad, al corcovado Alarcón le sobraba hiel para amargar cualquier triunfo de Cervantes, y por eso Cervantes le llama siempre en sus «Memorias» el «miserable Alarcón», como a su compinche Lope de Vega Carpio le llama «perverso Lope»; pero Adolfo de Castro no demuestra nada, ni siquiera un dato de demostración acredita su descubrimiento. Lo que hizo Castro fué enredar la madeja, despistarse, perder el rastro y orientar a los que le siguieron en la ruta inverosímil de sus pistas. Este autor, que habla con inaudita suficiencia de Cervantes y de sus obras, no merece gran respeto de la posteridad; él fué quien escribió el misérrimo «Buscapié», quien lo atribuyó a Cervantes mismo. Además, y esto es más gordo, dijo con lesa desconsideración del genio, que Cervantes había copiado de Herrera la dedicatoria del *Quijote* «para mayor acierto». ¡Loado sea Dios! La dedicatoria de Cervantes a Béjar es un retacillo de Herrera; pero no está escrita por Cervantes; está escrita por los cortesanos del duque, que se la impusieron al famoso manco, so pena, si no, de que no recibirían el *Quijote* en su real acogimiento.

Bartolomé Leonardo de Argensola ocupó

un momento el banquillo; pero la acusación que a él le llevara se deshizo ante la peregrina consideración de que cuando se publicó en Tarragona el *Quijote* de Avellaneda estaba en Nápoles el rector de Villahermosa. ¡Bravo donaire! Por lo visto, el poeta de Barbastro no podía escribir más allá de Belchite. El descomedido fraile hampón Andrés Pérez gozó su turno en el potro sin que un solo indicio acreditara la vileza. Sin embargo, Benjumea encuentra en el «Pedro Nori» de la «Cabeza encantada» el nombre de Andrés Pérez, fraile mundano, descocado y lenguaraz. Véase la especulación inquisidora de Benjumea: «A salvo una leve modificación, con las letras que forman los nombres de Andrés Pérez, resultan los de «Pedre Narez», que no dista mucho de «Pedro Nori»; Ondro Periz, semejanza y eco que nos está atrayendo a los de Andro, André, Andrés, y Periz a Pérez...» Es el mismo amasijo del requesón de Aliaga.

Se atribuyó más tarde el engendro de Avellaneda al sevillano Mateo Alemán, autor del «Pícaro Guzmán de Alfarache», amigo de corazón del Ingenioso Hidalgo, preso cuando él en la cárcel de Sevilla, y no por unas ciertas cuentas galanas, como supone el admirable Ledesma, sino acusado de asesinato y condenado a muerte, de la que fué indultado por la gracia de Felipe II, en cuan

to pasó la vista por la causa. El perdón fué pedido por el Arzobispo de Sevilla, Niño de Guevara, de quien Mateo Alemán era paje, y a quien España debe el «Guzmán de Alfarache» y la Humanidad el *Quijote*. En fe de esta amistad fué Mateo diez años más tarde desde Sevilla a Valladolid a pasar un día con Cervantes, preso en aquella cárcel, acusado del homicidio de D. Gaspar de Ezpeleta, caballero de corte, ayuno de bienes de fortuna y de paniaguas, que es lo mismo que ser caballero de la hampa cortesana. Aquel día pasado entre hierros en amor y dulce y amena compañía con el sevillano desengañado e ingenioso, fué bálsamo para el alma atribulada del gran español, mártir innegable de nuestras letras.

No podía serlo Alemán, y tampoco se encontraron pruebas de que Lope y Alarcón mereciesen la pena del banquillo; pero también se sentaron en el potro infamante ante la opinión de ahora, tan propicia a estos dos torturadores alevosos del Príncipe de los Ingenios. El Tribunal absolvió en justicia, como absolvió a Gaspar Shoppe, acusado por mister H. Rawdaon Brown del imbécil plagio.

Sólo han sobrenadado en este maremágnum de conjeturas la de que Aliaga fué *Avellaneda*, y la de que *Avellaneda* fué el poetón ignorado de los «Vejámenes» de Za-

ragoza, el *Alfonso Lamberto* del avisado Pellicer, de quien lo heredara Menéndez y Pelayo. Admiten la prueba, sin aceptarla en firme, los que no pueden consentir que *Avellaneda* sea una sombra tras algunos siglos de vida y cien años de pesquisiciones, y apadrinó la segunda candidatura, ya abandonada por falta de relieve y de arraigo, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, soberano de la literatura española.

Para su gloria más le valiera al ilustre montañés no haber escrito el artículo de 1897, desenterrando a fuerza de fórceps el nombre de *Avellaneda*, *Alfonso Lamberto*, de entre las letras iniciales del *Quijote* falso, ya que sus conclusiones no deben ser tomadas en la alta consideración que el autor merece, por excesivamente baladíes y demasiadamente pueriles. Bien es que Menéndez y Pelayo no afirma a pie juntillas; pero hase de entender que si escribió la «nueva conjetura» y la dió a los cuatro vientos en *El Imparcial*, fué para fijar su opinión definitiva en este grave asunto y hacerla valer afianzándola con su autoridad. Menéndez y Pelayo, crítico reposado, sereno y hondo, amplio y de una cultura que asusta, no escribía a trompa talega. Sabía lo que pesaba su opinión en el vulgo docto y en el vulgo ignaro, y que la doctrina que sustentaba frente al misterio de *Avellaneda* haría cambiar el curso de las inves-

tigaciones, influyendo en los hombres de letras que le tenían devoción. Así fué: no sé si después se investigó en serio; sólo recuerdo digno de mención un curioso e ingenioso trabajo de José de Armas y Cárdenas, ahijándole al duque de Sessa la nefanda criatura; pero de lo que sí estoy cierto es de la influencia ejercida por Menéndez y Pelayo sobre nuestros más avisados cervantistas. Francisco Navarro Ledesma, Rodríguez Marín y Villegas, que sin duda investigaban, dieron de mano a sus labores y aceptaron con perezoso acuerdo la solución que el maestro lanzaba en su «Nueva Conjetura»... Alfonso Lamberto triunfaba de Aliaga, de Paz, de Argensola, de Andrés Pérez, de Alonso Fernández, de Alarcón, de Lope, de Tirso... Y, sin embargo, si este Alfonso Lamberto hubiera puesto el discutido huevo, lo hubiera cacareado de por vida, ya que no fué novelista, ni poeta, ni autor de comedias; y el *Quijote* apócrifo tiene un poco de todo, y está reputado por maestro tan insigne como Menéndez y Pelayo como una de las novelas de segundo orden de nuestro Siglo de Oro. La tal reputación le viene ancha de manga y larga de talle.

El descubrimiento anagramático de Menéndez y Pelayo tampoco convence a nadie, y es lástima que haya visto la luz con firma tan estimada en España y fuera de España.

Del primer renglón del *Quijote* de Avellaneda toma el admirable crítico las primeras 28 letras:

El sabio Alisolan historiador no

y extirpa de entre ellas el nombre de Alonso, que no es Alfonso, y el de Lanberto, que no es Lamberto, para concluir que éste es el indudable del miserable y fingido *Avellaneda*. Aun estando incompleto el nombre extirpado, ¿por qué no continuó Menéndez y Pelayo buscando la patria, ya que siguiendo las indicaciones de Cervantes podíamos suponer que *Avellaneda* había fingido su patria allí donde encubría su nombre? ¿Y qué hacemos ahora de las catorce letras restantes? Me espanta que un hombre tan grande se haya contentado con tan ruín conclusión.

Yo, más feliz que el gran maestro, tomé 33 letras seguidas, una palabra más, sólo una más que el insigne montañés:

El sabio Alisolan historiador no menos

y a puro estrujamiento del magín llegué a obtener este sorprendente resultado:

El sabio Alisolan historiador no menos

es el exacto anagrama de esta frase:

Tirso Molina ossó y hiso el vano alarde

Un poco sorprendido y un mucho asustado puse los ojos en los dos textos y rompí a

sudar; meséme las barbas, ya aborrascadas; brinqué sobre la silla, y en la paz austera de la callada noche tropical se oyeron otras manifestaciones no menos cultas de mi sano regocijo... Después me dormí como un bienaventurado; en mis sienes había soplado el hada del éxito.

***

La escuela sevillana cervantista insiste en su Aliaga, como la matritense se aferra a su Lamberto. No es aquél menos inocente que éste, y ha sido más culpado y agraviado, acaso en compensación del menoscabo que a la Humanidad y a Dios hiciera en sus tiempos de inquisidor general. Yo no encuentro en este fraile faldero, ni en el otro vejado poetón, las circunstancias que puedan denunciar el crimen. Es verdad que ambos son *aragoneses;* pero ni Lamberto tenía personalidad suficiente en 1598 para que Cervantes haya tomado por medios de componer su *Quijote* el ofender a él, ni la razón de que a Aliaga se le llamase Sancho Panza en 1615 es razón que baste a probar que el humanísimo Sancho fuese engendrado, parido y acabado veinte años antes con el pensamiento fijo en el favorito de Lerma y del santurrón Felipe.

Del prólogo de Avellaneda se deduce que él, *Avellaneda,* fué ofendido en la primera

parte del *Ingenioso hidalgo,* acaso por negocio de bambalinas, por competencias de la farsa, por rozamientos y quisquillas de la farándula; y siendo así había de ser él autor dramático; pero no consta que Fray Luis de Aliaga y Alfonso Lamberto fuesen autores de comedias. Para afianzarse en que *Aliaga fué Avellaneda,* se recurrió a buscar su nombre entreverado en las primeras líneas del *Quijote* aragonés, y como Menéndez y Pelayo extirpó su Lamberto a pellizcos, D. Cayetano A. de la Barrera desentreveró su Aliaga a puñados. Véase:

«El sabio *Ali-solan*, historiador no menos moderno que verdadero, dice que siendo expelidos los moros *aga-renos...*»

¡Basta! «Ali» en «Alisolan» y «Aga» en «agarenos»... ¡Ali-aga! ¡Ni una palabra más! ¡He aquí el famoso licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas!...

***

Teníamos dos Avellanedas permanentes; pero en este momento ya somos tres: Alfonso Lamberto, Fray Luis de Aliaga y Tirso de Molina. En Lamberto no concurren aquellas circunstancias señaladas por Cervantes, ni las que dejó caer Avellaneda en su prólogo; y cuanto a Fray Luis de Aliaga, no es razonable que un inquisidor general, priva-

do y confesor del Monarca, árbitro de los destinos y de las conciencias de los españoles y de las españolas, mimo y regalo de las damas y dado y entregado a ellas en los *camerinos* de los corrales y aun en los muelles de los *camerinos*, perdiese su tiempo y consumiese su ingenio, si lo hubo, en contestar algún mal ataque bien encubierto de Cervantes nueve años después de publicado y quince más tarde de haberse conocido, ya que la primera parte del *Quijote* estaba escrita en 1598 y se mantuvo inédita, por penuria de Mecenas, hasta 1605, ya que el duque de Béjar aceptó la dedicatoria; pero no pagó la imprenta ni dió a Cervantes un puñado de maravedises. Y cuenta que Cervantes andaba entonces a pie, trompicando, hambriento, y con Isabel a cuestas por tierras donde no los amaban. Hablan así sus «Memorias»:

Vuelve Isabel a encarecerme esté presente para sus esponsales. Yo derramo lágrimas copiosas y no respondo, dando así testimonio que estaré presente en la fiesta de su felicidad, aunque mañana llore por aquella que hube llevado a pie y hambriento por tierras donde no nos amaban y nos rechazaban furiosamente porque éramos peregrinos de la vida, sin que nuestras necesidades fuesen parte a domeñar en algo el rigor y el odio.

***

Descartados Lamberto y Aliaga, que no tenían de común con *Avellaneda* más que el haber nacido en Aragón, queda sólo de pie en las trincheras de la lógica, y arrogante y solo en las avanzadas de la razón, el que *osó* hacer e *hizo el vano alarde* de querer confundirse con Cervantes en esencia y en potencia, según mi exacta, mi luminosa interpretación anagramática de la primera línea del *Quijote* maloliente del *Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda*.

***

Si D. Cayetano Alberto de la Barrera en sus buenos tiempos cervantinos, o si D. Marcelino Menéndez y Pelayo en los suyos gloriosos, hubiesen desentrañado mi *Tirso*, en vez de su *Aliaga*, y su *Lamberto*, el verdadero *Avellaneda* dormiría para siempre en el misterio en que quiso Cervantes que viviera su nombre, porque todos, sevillanos y matritenses, que aceptaron por buenas las soluciones baladíes de la Barrera y de Menéndez y Pelayo, habrían cerrado los ojos ante la luz radiosa de mi mejor habilidad, y dando de mano a sus investigaciones, suposiciones y conjeturas, con un amén se hubiera cerrado el período de investigaciones cervantinas, que duró tres siglos, y *Tirso* gemiría bajo la pesadumbre de su pecado y de su baldón.

Afortunadamente, yo no dije a nadie mi secreto, y así, nadie humilló su pesquisición y su criterio ante mi éxito. Todos los buzos ilustres que me precedieron buscaron «un hombre» en el Siglo de Oro y trataron de acomodarle el proceso incoado, espetándole las circunstancias de tiempo y nación a tente bonete; pero yo, que buscaba un proceso para un hombre y no un hombre para un proceso, no transigí con el que me saltó a las narices en la paz medrosa de una noche de vigilia... Es verdad que salté, brinqué, hice piruetas, zapatetas y tres más, que a tanto mueve la ventura de un hallazgo glorioso; pero es cierto también que al día siguiente, acodado en la mesa, fijos los ojos en aquel *Tirso* saltarín, osado y vano, me desdije de las gansadas anteriores e hice propósitos de hombre pensador, reposado y sereno... «Vamos, amigo, con paso tardo, que este *Tirso* de agora anula, destruye y sume en la nada mis pesquisiciones de algunos años.» Porque has de saber, lector hermano, que cuando topé de manos a ojos con el buen *Tello Téllez* ya llevaba yo clavado en la frente al «aragonés» que, como áspid venenoso, llevara Cervantes por el resto de sus días clavado en el corazón.

Tirso de Molina era del estado eclesiástico, y esto concuerda con algunas frases, giros y latinajos de Avellaneda; pero *Tirso*

de Molina no era *aragonés*, y esto le pone a diez leguas de la orientación señalada por Cervantes. Tirso de Molina era autor dramático, y esto acredita que Cervantes tomase por medios de composición del *Quijote* el ofender a él junto con Lope de Vega; pero *Tirso de Molina* era autor de comedias públicas y Cervantes le llama «autor moderno», es decir, de poca edad, o que nunca compusiera un libro, ya que como a tal le describe cómo se hincha un perro. Tirso no fué amigo de Cervantes, puesto que Cervantes no le cita nunca, y esto pudo promover dares y tomares de dardos y saetillas; pero, *última racio: Tirso de Molina* no era aragonés y aquí murió Sansón. No admití a Tirso y me volví a mi entrecejo, al aragonés que yo tenía clavado allí desde hacía algunos años, y que era el mismo que Cervantes llevare clavado en el alma desde el advenimiento al mundo de aquel inclusero, hijo de muchos padres, que se llamó *Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda*. ¿Cuántos, dentro del pellejo de mi éxito, hubiesen desdeñado el Tirso de mi anagrama? Nadie; porque es perfecto, en cuanto cabe la perfección anagramática que usaron nuestros clásicos. Admiraos una vez más:

«El sabio Alisolan historiador no menos...»
«Tirso Molina osso y hiso el vano alarde...»

Comparad mi conclusión con las de D. Cayetano Alberto de la Barrera, que halló su *Ali-aga* en *noventa y cinco* letras, siendo ellas *seis* solamente, y comparadla, para gloria mía, con el *Alonso Lamberto* de Menéndez y Pelayo, interpolado entre *veintiocho* letras, de las cuales huelgan catorce y no han comparecido dos: la *efe* y la *eme*. Uno encontró un apellido; otro, un apellido y un nombre; yo, de treinta y tres letras aprovecho las treinta y tres y hallé el nombre, el apellido, la afirmación rotunda del hecho y la calificación de vana y osada... Casi, casi la condenación de *Avellaneda* por sí mismo y la glorificación de Cervantes por *Avellaneda*...

Pero ¡ay! también esto es falso. Alegrémonos de que yo no esparciese la noticia: todos concluiríamos que Tirso había sido *Avellaneda*, y esto fuera el Evangelio por los siglos de los siglos... Mi triunfo fué más estupendo: mi contumacia tuvo un fin más glorioso: España gozará las «Memorias» de Miguel de Cervantes y Saavedra. No en vano se secaron mis ojos clavados siempre en *Don Quijote:* no en vano partí con él mi hostia en el fondo inquietante de las «Barrancas» mexicanas, junto al Sol en los Andes, y a la luz del volcán «Izalco» en la bravía república salvadoreña. ¡Gloria a Dios!

***

La primera vez que Don Quijote entrara en una venta, a sabiendas que era venta y no castillo, fué para encontrar en ella a Don Jerónimo, el cual, echándole los brazos al cuello, le dijo: *Sin duda vos, señor, sois el verdadero Don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, a despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aquí os entrego.* Y puso en sus manos uno.

Cervantes tomó el libro, y sin responder palabra comenzó a hojearlo, y de allí a un poco se le volvió diciendo: «En este poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprensión. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra que el lenguaje *es aragonés,* porque tal vez escribe sin artículos, y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad...»

Un dato «cierto» y otro «indeciso» nos deja Cervantes en estas palabras para comenzar el proceso del crimen: *Avellaneda* no era una figura intelectual del Siglo de Oro, puesto que la tercera cosa digna de reprensión que halló Cervantes al hojeo del *Quijote* apócrifo, le confirmaba por «ignorante»... El dato indeciso es que «el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin articulos...» Es aragonés el lenguaje; pero no el autor.

Más adelante abandona Cervantes su vaguedad en este punto, y afirma categóricamente: «Estos bien nos han conocido, dijo Don Quijote a Sancho; yo apostaré que han leído nuestra historia y aun la del *aragonés*, recién impresa.

En el capítulo LXII dice Cervantes que «la *segunda parte* del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* está *compuesta por un tal vecino de Tordesillas.*» No existe, pues, el temeroso respeto con que se dice que trata Cervantes al bellacón *Avellaneda,* puesto que al llamarle *un tal* más indica desprecio que respeto y temor. En el capítulo LXX ratifica Cervantes: el falso *Quijote* está escrito por *un aragonés*, que él dice ser natural de Tordesillas; después le compara al donoso Orbaneja, y a vuelta de hoja dice de *Avellaneda* que es *autor moderno.* Termina el *Quijote* llamando al «apócrifo» *disparatado,* como antes le llamara *impertinente.*

En el prólogo de su «segunda parte» dice Cervantes al lector, para que el lector se lo diga a *Avellaneda,* si llegare a conocerle, que «una de las mayores tentaciones del demonio es ponerle a un hombre en el entendimiento que pueda *componer* e imprimir *un libro*»...

Finiquito: Avellaneda era *un tal aragonés*, *autor moderno, disparatado e impertinente,* que *encubría su nombre, fingía su*

patria y no sabía lo *que era hinchar un perro.* El demonio le había metido en la cabeza que podía *componer un libro.* Cervantes no dice más del hombre que amargó su vida tratando de poner en ridículo el *Quijote* intangible, inviolable, imperecedero.

Del «prólogo» de *Avellaneda* no se saca mucho en limpio. Afirma, en son de queja y de justificación a su plagio, que Cervantes tomó por medios de componer el *Quijote* «el ofender a mí», y no da más de sí el famoso y nebuloso *Licenciado;* pero algunas circunstancias de su «prólogo» son dignas de examen. Según esa diatriba, disparatada, lenguaraz y escrita sin sentido común, el *prólogo* de la *primera parte* fué *cacareado* y *agresor* de sus lectores, y esto es falso. Del cacareo nadie ha oído ni aun el eco en los trescientos años transcurridos, y la nota de agresión a los lectores por sí sola se derrumba leyendo aquella página limpia, tersa, pulida, brillante, una de las páginas literarias donde más plácidamente se discurre y donde el ingenio se ejercita con serenidad augusta y con absoluta seguridad de su poderío y encanto. Si Cervantes hizo ostentación de sinónimos voluntarios, pecado es—si acaso fué pecado—de que le absuelve nuestra ignorancia, ya que *Avellaneda* dice y no demuestra; pero que Cervantes haya ofendido a alguien en su «primera parte»,

puede negarse a pie juntillas, ya que el *Quijote* es el espejo del optimismo español del siglo de Carlos V y en él no se advierten reticencias, ni agresiones, ni ensañamientos; sino humorismo sano, alegría pura y óptimo contento y esperanza. A continuación de esta insinuación malévola, dice que cuando Cervantes «quisiera ahijar sus libros con sonetos campanudos, había de ahijarlos (como él dice) al Preste Juan de las Indias, *por no hallar título quizá en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca*». Esto es incomprensible: antes de publicar Avellaneda este embrollado y mentiroso «prólogo» había publicado Cervantes—después de la «primera parte» del *Quijote,* que con ramplonería ducal ahijó Béjar—las «Novelas Ejemplares», ahijadas por Lemos, el más culto y el más literario de los Mecenas de su tiempo; el «Viaje del Parnaso», que apadrinó D. Rodrigo de Tapia, caballero del hábito de Santiago, hijo del famoso, inflexible y riguroso D. Pedro, oidor del Consejo Real, poco tiempo después perseguido y encarcelado, y que salvó a Cervantes de las garras de Villarroel en la causa de Ezpeleta, y las «Comedias», que Lemos recibió en su beneplácito y como miel en hojuelas. Item: «*Don Quijote de la Mancha queda calzadas las espuelas en su segunda parte para ir a besar los pies a Vuestra Excelen-*

cia.» Así avisaba Cervantes en su último libro, que el conde de Lemos, visorrey de Italia, admitía la dedicatoria del famosísimo andante. Era, pues, falsa la aseveracion de Avellaneda.

En la «Dedicatoria» del falso *Quijote* «*al alcalde, regidores e hidalgos de la noble villa del Argamesilla de la Mancha*», llamaron poderosamente mi atención estas palabras: *Reciban, pues, Vs. Ms. baxo de su manchega protección el libro y el celo de quien, contra mil detracciones, le ha trabajado...* Esto me hizo creer que mientras trabajaba su plagio sufrió Avellaneda ataques de Cervantes, pues no es posible que se conteste con aquel prólogo acre, venenoso, desconsiderado y violento a supuestas ofensas de *nueve años antes.*

No menos misterioso que estas palabras de Avellaneda es el *Soneto de Pero Hernández*, que siendo, como es, plácido insignificante, perfectamente inocuo y cuidadosamente carpinteado, como obra de un atildado poeta, ocupa el primer puesto en la primera línea de combate, y en vez de parecer una lanza agresora, parece una carretela de respeto. Lo copio por la dificultad en que pueden estar algunos lectores de procurarse el libro de *Avellaneda.*

DE PERO HERNÁNDEZ

SONETO

Maguer que las más altas fechorías
homes requieren doctos e sesudos,
e yo soy el menguado entre los rudos,
de buen talante escribo a más porfías.
Puesto que había una sin fin de días
que la fama escondía en libros mudos
los fechos más sin tino y cabeçudos
que se han visto de Illescas hasta Olías,
yo vos endono, nobles leyenderos,
las segundas sandeces sin medida
del manchego fidalgo Don Quijote,
para que escarmentéis en sus aceros;
que el correr quisiera tan al trote,
non puede haber mejor solaz de vida.

***

La circunstancia de ir solo este soneto y el haber encarecido *Avellaneda* en su prólogo que Cervantes, «si quería sonetos para sus libros, había de ahijarlos al Preste Juan o al Emperador de Trapisonda, por no hallar título quiças en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca», me movieron a creer que el Preste Juan no fué el autor de este soneto pulcro y limpio de todo espíritu agresivo, y que debió ser título, y de campanillas, el autor de él. Por

eso me pareció una carretela de respeto; vacía, pero solemne.

Bien poseído ya de que Avellaneda era *un tal aragonés, disparatado, ignorante e impertinente. autor moderno que nunca había hinchado un perro,* que ahijaba sus campanudos sonetos a títulos de Castilla, que fingía su nombre y encubría su patria cuidadosamente, y que sufrió mil detracciones mientras trabajó su aborto, echéme por los dos *Quijotes* adentro a buscarle y aprehenderle, con el pensamiento de sacarle a la vergüenza, alta la falda y baja la frente.

***

La firmeza con que dice Cervantes que Avellaneda encubre su nombre y finge su patria me hizo suponer que el nombre del autor envidioso, su patria y demás circunstancias relativas al segundo *Quijote* en relación con el de Cervantes, existían en el libro espurio en estado de anagrama. Si esto era así, Cervantes no podía quedarse atrás en esto de anagramizar las pruebas vergonzosas del robo espiritual, disfrazado de hurto de maravadíes. Benjumea descubrió en el nombre del Bachiller López de Alcobendas el anagrama perfecto de esta frase: *Es lo de Blanco de Paz.* En la palabra *Barcelona* «era blanco», y en el nombre del poeta *Roncesvalles* este anagrama imperfecto: *Es*

Allercon precisamente en la «Adjunta al Parnaso», donde parece que Cervantes alude claramente al «gachupín» dramático Ruiz de Alarcón, bufón y privado del conde duque de Olivares, que fué cruel y vengativo con Cervantes; y rencoroso e ingrato con Quevedo en la desgracia, pues aunque a Quevedo le debía favores incontables nunca le perdonó este párrafo en el que el fénix de los cultos exhibe con su sangrienta burla la vanidad y la facha de Alarcón. «Ayer se llamaba Juan Ruiz, añadiósele el *Alarcón;* hoy se ajusta el *Mendoza,* que otros leen *Mendacio.* ¡Así creciese de cuerpo!, que es mucha carga para tan pequeña bestezuela. Yo aseguro que tiene las corcovas llenas de apellidos, y adviértase que la D no es Don, sino su medio retrato.» Quevedo le llama «el pícaro».

A estos anagramas, traducidos por Benjumea, hay que añadir el incompletísimo «Alonso Lamberto», del eximio Menéndez y Pelayo, y el «Ali-aga», de Pellicer, que si no es anagrama no le falta un palmo. Dime yo a este deletreo y puse la mira en *Cide Hamete Benengeli*, donde topé de manos a boca con *Migel de Cevante* oculto en su anagrama, lo cual supuse no era obra del acaso. Continué mis pesquisas.

Cuando Cervantes se refiere al autor del *Quijote* apócrifo, dice siempre «*el arago-*

nés», *un aragonés*, *del autor aragonés*, etc.» Llamó mi atención esa insistencia. Ser escritor aragonés en aquel tiempo en que escribía Zurita y en que los Argensolas, según Lope, habían llegado a Castilla a enseñar el castellano a los poetas de este reino, no era baldón. Sin embargo, en lo del *aragonés* repetido, acaso media docena de veces, había cierto retintín. Abrí el *Quijote* de Cervantes y leí con atención esta frase de Don Quijote: «*Yo apostare que han leido nuestra historia, y aun la «del aragonés» recién impresa»*... Ahondé un poco y lancé un grito: ¡Ya te tengo! Las palabras «del aragonés» son este anagrama exacto: *De Argensola,* y, así, el párrafo denunciador era luminoso: «Yo apostaría que han leído nuestra historia y aun la *de Argensola* recién impresa.»

Suspendí los trabajos de investigación, que ocupaban mis noches, y durante quince días rumié mi triunfo a pierna suelta. *El aragonés*, *Argensola,* me debía muchas veladas y habría de deberme aún muchos desvelos. Dormí, pues, como Anníbal en Capua, y dormí, pese *al aragonés,* que palpitaba en mis sienes. Tenía «al aragonés» de Cervantes, y esto era el primer paso en firme que se daba con rumbo a la fe de bautismo del bellaco Avellaneda. Y esto bien valía un descanso.

Pero una noche me levanté sobresaltado y

me senté abatido ante mis papelotes y mis libros clásicos. Durante una vela había pesado las razones que abonaban a «Argensola» como autor del *Quijote* tarraconense. ¡Ninguna! Aparte lo del anagrama, ninguna. Lupercio y Bartolomé eran aragoneses y pare usted de contar. Lupercio, cronista del Reino de Aragón, sabía lo que era escribir un libro, y Bartolomé, rector de Villahermosa, autor de «La Conquista de las Islas Molucas», sabía lo que era hinchar un perro. De ninguno de ellos podía decirse: *moderno autor,* ni autor ignorante, ni impertinente, ni disparatado. Además, ya otros habían rascado la artesa, y convenían en que Bartolomé, que fué el presunto entre los dos, era demasiadamente pulcro, demasiadamente limpio, demasiadamente espiritual, para que escribiese aquellas suciedades de *Avellaneda*, que sólo debió conocer el bacín. ¡No tanto, no tanto!... Bartolomé es perfectamente limpio, y pulcro y bien oliente, como poeta que era, sin fuego y sin pasión, poeta de corte, artífice del verso, pulido, remirado, remilgado, endomingado, sin ceño y sin entrecejo, sin corazón y sin bilis; pero en su vida de hombre, en la vida de la camarada era un tanto licencioso y no nada tímido. Gustaba de representar farsas vestido de hembra y recitaba, entre gestos equívocos y ademanes de fémina de trasiego, versos

que tienen muy poco que ver y muy mucho menos que les vea el pulcro amigo de «Don Juan» el cantor un tanto alambicado de «aquel blanco y carmín de doña Elvira».

Este terceto, que copio, aunque indigno, no me dejará mentir:

«Soy Proserpina; estoy en la morada
del horrible rabioso cancerbero
que me quiere morder por el trasero!»

Si en el teatro es preciso que el ademán y el gesto acompañen a la dicción, y si la voz debe acreditar el sexo del personaje, figuraos al rector de Villahermosa,

«ancho de tripa y semblante»,

hilando la voz y deshaciendo el corpachón en extorsiones chavacanas. ¡Reíos, pero convenid en que esto no es limpio, ni pulcro, ni espiritual! Ya sé yo que no siempre se está en el templo, ni siempre se está escribiendo sonetos sotiles y almidonados; pero sé también que el que viste un traje talar se obliga a llevarlo con dignidad en todo tiempo.

No, no habría de asustarse Bartolomé Leonardo de Argensola por los excesos escatológicos de *Avellaneda*, y cuanto a su ética, que podría sentir vergüenza de disputarle a Cervantes la ganancia en mendrugos de su libro, no era tan celosa de su pulcritud como su musa de la limpieza de sus sonetos.

En 1615, Bartolomé, secretario en Nápoles del Virrey conde de Lemos, cuya vida en el virreinato tocaba a su fin, fuése a Roma a pretender una canonjía de Zaragoza, *que no estaba vacante, que ocupaba otro*. Don Francisco Fernández de Castro, hermano del de Lemos, embajador de España cerca del Papa y sustentador y padrino de la pretensión de Bartolomé, fingió que Argensola había muerto y le dedicó este «epitafio», acaso para dar lugar a algún donaire rimado del corpulento Rector:

«Siste el paso, caminante,
porque derrienga esta losa
al Rector de Villahermosa,
ancho de tripa y semblante.
De Zaragoza un instante
fué canónigo, y más fuera
si caminara en litera;
mas del agua se fió
y el Tibre lo zambulló
por dar nombre a su ribera.»

Bartolomé, siguiendo la chunga, y aun mejorándola, que no era hombre de cacarear y no poner huevo, contestó con la siguiente décima a la más mala aún de Fernández de Castro:

«No te pares, caminante,
en lo que dice esta losa,

que el Rector de Villahermosa
navega Tibre adelante.
Dale tú que la vacante
le salga tan verdadera
como él andara en litera;
mas pienso que no vacó,
que no muere nadie, no,
cuando conviene que muera.»

He aquí un limpio, un pulcro, un espiritual, deseando los Santos Óleos a un canónigo zaragozano, por tal de cogerle la canonjía. Menos bravo hubiera sido hinchar la faltriquera de maravedíes a costa del lisiado, del estropeado de Lepanto... Bartolomé Leonardo Argensola podía ser, sin inconveniente alguno, el escritor escatológico calificado por Menéndez y Pelayo. Bajo esta impresión, hija del examen desapasionado, continué mis investigaciones.

***

Se advierte en el *Quijote* de *Avellaneda* que no es todo de una mano, y que una de las que en él se posaron con más ahinco fué mano eclesiástica. Este acuerdo de todos los que bucearon en el misterioso asunto del falso libro, me hizo fijar mi atención en la *Academia de los Ociosos*, que Lupercio y Bartolomé fundaron en Nápoles, patrocinada por el conde de Lemos en cuanto tomó posesión del Virreinato, en 1610. Bien pudie-

ron los españoles de esta Academia, poetas todos de segunda fila, escribir en burlas la parodia del *Quijote*, y bien pudo ser que las cañas se tornaran lanzas merced a alguna circunstancia no conocida.

Contra esta suposición me advertía la nobleza del conde de Lemos, la protección que a Cervantes dispensaba y la cacareada amistad que los Argensolas profesaban a Cervantes. Contra aquella protección del Virrey pudiera alegarse que no fué bastante a llevar a Cervantes en su compañía, ya que hay pruebas de que lo ofreció el conde y de que el Ingenioso Hidalgo lo solicitó más tarde con ahinco, dejándole en España miserable y maltrecho; y de la amistad de los aragoneses protesta el «Viaje del Parnaso». En este punto advierto la obsesión de la obcecación y la atracción de la reata. Dijo uno, quien quiera que fuese, que los Argensolas eran buenos amigos de Cervantes; copiólo otro; encareciólo un tercero, y así, éstos tras aquéllos, fueron exaltando estas amistades hasta acreditarlas de verdaderas, puras y hondas. Y no hay nada, absolutamente nada, que justifique la incementada fraternidad de los poetas tersos y atildados afinadores de sonetos, con el autor estropeado de cuerpo, sano de espíritu y arrinconado por la penuria.

En las «Novelas ejemplares», en las que por primera vez habla Cervantes al Virrey

de barba a barba, no le merecen los Argensolas ni una leve alusión, y era lógico que se la mereciesen, ya que los «aragoneses» eran secretarios del Virrey y habían prometido a Cervantes llevarle a Italia en la canasta. Por el contrario, en la dedicatoria al conde de Lemos, teme Cervantes que, a pesar de haber puesto su libro a la sombra del egregio conde, no han de dejar de darse un filo en su vituperio los Zoilos, los Cínicos, los Aretinos y los Bernias, y en el «Prólogo» pide a Dios le dé paciencia para llevar bien el mal que han de decir de él «más de cuatro sotiles y almidonados...» Así me salve Dios como esta calificación de almidonados y sotiles va directa a la vana suficiencia de los Argensolas y a sus cofrades de Academia.

Como prueba de la buena amistad reinante entre Cervantes y los Argensolas, copian los cervantistas contumaces algunos tercetos del «Viaje del Parnaso», que a mí me parecieron el desencanto, la decepción y el despecho de Cervantes hechos látigo:

***

Mandóme el del alígero calzado
que me aprestase y fuese luego a tierra
a dar a los *Lupercios* un recado
en que les diese cuenta de la guerra
temida, y que a venir les persuadiese
al duro y fiero asalto, al cierra, cierra.

«Señor, le respondí, si acaso hubiese
otro que la embajada les llevase,
que más grato a los dos hermanos fuese
que yo no soy, sé bien que negociase
mejor.» Dijo Mercurio: «No te entiendo
y has de ir antes que el tiempo más se pase.»
«*Que no me han de escuchar estoy temiendo*,
le repliqué, ya si el ir yo no importa,
puesto que en todo obedecer pretendo.»
«Que no se quien me dice y quien me exhorta
que tienen para mí, a lo que imagino,
la voluntad, como la vista, corta.»
«Pues si alguna promesa se cumpliera
de aquellas muchas que al partir me hicieron,
lléveme Dios, si entrara en tu galera.»
«Mucho esperé si mucho prometieron;
mas *podrá ser que ocupaciones nuevas*
les obligue a olvidar lo que dijeron.»
«Muchos, señor, en la galera llevas
que te podrán sacar el pie del lodo;
parte, y excusa de hacer más pruebas.»
«Ninguno, dijo, me hable dese modo;
que si me desembarco y los embisto,
voto a Dios que me traiga al conde y todo.»
«Con estos *dos famosos* me enemisto,
que habiendo levantado a la poesía
al buen punto en que está, como se ha visto,
quieren con perezosa tiranía
alzarse, como dicen, *a su mano*
con la ciencia que a ser divinos guía.»
«Por el solio de Apolo soberano
juro... y no digo más»; y ardiendo en ira
se echó a las barbas una y otra mano.
Y prosiguió diciendo: «El doctor Mira

apostaré, si no lo manda el conde,
que también en sus puntos se retira.»
«Señor galán, *parezca;¿a qué se esconde?*»

***

¡Brava amistad la de Cervantes, y los Lupercios! Brava, por Dios, ya que la primera vez que se registra, habla de ella Cervantes con despecho y pesar, en verso acre, insidioso y reticente. De entre esas comedidas razones brota la protesta de un agravio; no es sólo el olvido de las promesas lo que mueve la pluma de Cervantes. Se advierte en los tercetos el deseo de herir y se hiere. Al llamar a los Argensolas *los Lupercios* agravia a Bartolomé, puesto que le niega personalidad, y se concede a Lupercio, ya muerto cuando se publicó el «Viaje», la significación literaria, política y social de la familia. Pudo Cervantes decir los «Leonardos», pero no lo dijo, porque esto no hería ni agraviaba. Después de este dardo, avisa que él *no es grato a los dos hermanos,* y que cualquier otro negociaría mejor con ellos, ya que teme *no le han de escuchar.* ¡Reid ahora de las amistades de palabra y azadón! En fe de la que le liga a ellos, Cervantes les llama «miopes», que no hacía al caso; y para terminar la «loa» dice de los Argensolas que tienen para él la voluntad más corta que la vista. Palabras de amigo, ¡¡de amigo probado!!...

¡Acaso decía por esto *Avellaneda* que contra mil detracciones había hecho el trabajo! Hay entre estos tercetos uno que, acaso por baladí, no llamó la atención de los críticos ni la de los investigadores de los misterios cervantinos. A mí me pareció misterioso, y sin duda el terceto-clave de estas reticencias contra los sotiles y almidonados *ociosos:*

> Mucho esperé si mucho prometieron;
> mas *podrá ser que ocupaciones nuevas*
> *les obligue a olvidar lo que dijeron.*

¿Qué clase de *ocupaciones nuevas* podrían *obligar* a los Argensolas a echar en olvido lo que prometieron a Cervantes? Sus tareas en la secretaría del Virreinato podrían embargar la atención y ocupar el tiempo de los aragoneses, a tal extremo de olvidarse de aquel buen amigo que desde España les pedía una mano; pero esas *ocupaciones* ¿por qué habían de ser nuevas, sino las corrientes en todo tiempo? ¿Y por qué habían de obligar, aun siendo *nuevas, al olvido* de las promesas hechas algunos años antes a Cervantes? ¿Podría tratarse de que el aragonés se ocupaba en escribir las vergüenzas del *Quijote* escatológico y que Cervantes lo sabía? Esto es lo único que pudiese mover a Mercurio a hacer ante Nápoles este desplante de valentón de espátula y greguesco:

«Por el solio de Apolo soberano
juro... y no digo más»; y ardiendo en ira
se echó a las barbas una y otra mano.

¡Campuzano clavado!

Aún hay otros versos misteriosos en este tremendo desahogo recriminatorio de Cervantes:

Y prosiguió diciendo: «El doctor Mira
apostaré, si no lo manda el conde,
que también en sus puntos se retira.»
«Señor galán, parezca; ¿a qué se esconde?

¿A qué podría esconderse el doctor Antonio Mirademescua, y por qué se lo preguntaría Cervantes tan a deshora, a boca de jarro y tan sin venir a cuento? Después de aquellas *ocupaciones nuevas* que a través de los mares *obligaban* a los Argensolas a olvidar las promesas hechas a Cervantes, esta pregunta disparada a quemarropa parece una acusación de complicidad. El doctor Mirademescua era amigote de los Argensola, secretario del Virrey después de la muerte de Lupercio, y como Bartolomé, gente de cogulla, canónigo y arcediano de Guadix. Era, además, autor dramático de nota, y pudo ser censurado, que no ofendido por Cervantes en la primera parte de *Don Quijote de la Mancha*. De haber nacido en Aragón no habría más que pedir, ni más que

huronear; sería el arcediano un candidato de empuje a la fe de bautismo de *Avellaneda*. ¿Por qué la crítica que ha estudiado durante un siglo este punto cervantino no paró mientes en el arcediano de Guadix, ya que era autor dramático, autor de comedias y amigo de Lope, sol que entonces calentaba? Sin duda por la misma razón que se usó para excluir a Bartolomé Leonardo Argensola de la «candidatura»; porque el doctor Mirademescua no estaba en España cuando se escribió ni cuando se imprimió y publicó el *Quijote* de Tarragona. Como si en Nápoles no sobrasen mimbres y tiempo para empeño tan bajuno... Esta *Academia de los Ociosos* y estos ociosos de la Academia quedan envueltos en mi papel sellado. Un dato grave: en el «Viaje», escrito antes de la muerte de Lupercio ocasionada por «un mal gago», y publicado después de su muerte, no dedica Cervantes ni una sola palabra a tan notorio suceso. Deja los tercetos con la intención con que fueron pensados y con las mismas reticencias con que fueron escritos. Esto demuestra cuán gravemente ofendido estaba Cervantes de los secretarios aragoneses del Virrey de Nápoles. No habrá sido el único motivo de esta inquina, el abandono en que ellos y Lemos dejaron a Cervantes en Madrid, aunque bien pudo.

La *Academia de los Ociosos,* fundada en

Nápoles por D. Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, y por el marqués de Vila, contó, entre otros académicos españoles, con los siguientes, que de exprofeso habían ido de España con la lira al hombro, teniéndole la cola a su excelencia y pujando en su honor el chiste, el equívoco y el retruécano:

Lupercio Leonardo y Argensola.
Bartolomé Leonardo y Argensola.
Doctor Antonio Mirademescua.
Gabriel de Barrionuevo.
Antonio de Laredo y Coronel.
Francisco de Ortigosa, y
Gabriel Leonardo de Albión y Argensola.

Al llegar a este nombre el corazón me dió un vuelco. He aquí un Argensola impertinente, contumaz, acaso disparatado y, sin acaso, autor moderno, *aragonés* más que su padre, que tuvo pujos de catalán, y capaz de osar al *Quijote,* ya que sólo por ser hijo de Lupercio, sobrino de Bartolomé y encarecido por el autor de sus días, en latín, a Justo Lipsio, como joven «de mejor padre y de mejor siglo», digno, sería el centro de todas las deferencias y adulaciones. Tenía el tal un memorión inconcebible. «Habiendo compuesto en cierta ocasión—dice D. Diego Duque de Estrada en sus «Comentarios del Desengaño»—diez décimas para recitarlas

en la Academia, se las enseñé a D. Gabriel, el cual me dijo que las tenía escritas y que las sabía de memoria. Enojóme tanto, que quise desafiarle, y empuñé la espada, diciéndole que no era yo hombre que vendía por mío lo que él sabía de memoria. Rióse de mi cólera, diciéndome: Pues escuche; y díxome las diez décimas sin que faltase un tilde. Yo, entré más en cólera, jurando que había de matar al paje que me había tomado el original; pero viéndome determinado, me dixo: Fuera cólera y seamos amigos, que lo mismo hago con una comedia y con un sermón.»

¡El bárbaro se las había aprendido de una sola lectura! Este, pues, antojadizo como niño mimado, y presuntuoso por el incienso que quemaba la adulación bajo sus narices, y atrevido por la distinción y estima en que siempre lo tuvo el Virrey, fué capaz de *pretender hinchar un perro* a costa de Cervantes... No era autor dramático, que pudiera ser ofendido por Cervantes, y cuando se escribió la «primera parte» del *Quijote* andaba en faldeta; pero me aferré a este mozo porque la juventud es de suyo arrojadiza, y porque la adulación estaba en su punto sugiriéndole el atrevimiento de anublar el *Quijote* y asegurándole que el de él, el de don Gabriel Leonardo Albión y Argensola, habría de vivir para las edades futuras, arrumbando para siempre el de aquel molesto

gago pedigüeño que alardeaba en letras de molde, con poco respeto de los «nobles leyenderos», de haber dado al mundo un libro inmoral «único y solo».

Creí ver claro en el feo negocio. Gabriel Leonardo Albión y Argensola era el autor, era el eje; alrededor de él los oficiales de la Secretaría colaboraban en el «espurio» haciéndolo todo, dándoselo mascado y poniéndoselas de estrellahuevos, como los cortesanos de Fernando VII le ponían las carambolas a Su Majestad. El mozo de Lupercio no hacía más que ordenar, intercalar, hilvanar, interpolar lo que otros hacían... Crecía el libro, y por los buques que directamente comerciaban entre Nápoles y Tarragona iba el original y volvían las capillas. El secreto fué fácil. Así era: así me forjé yo el engendro del *Quijote* de Avellaneda, y añadí con la fe de un creyente musulmán: «Si esto es así, el soneto pueril, remirado y relamido, que a la cabeza de una batalla encarece a los nobles leyenderos las fazañas segundas, es de Pero Hérnández...» de Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, Visorrey de Italia, protector de Cervantes en España; pero más protector de los Argensolas en Nápoles. ¡Sin duda, eran estas las *ocupaciones nuevas* que *obligaban* a los Lupercios a olvidar lo que prometieran a Cervantes!... ¡Sin duda a esto se escondía

el arcediano de Guadix, Antonio Mirademescua!

Todo ello, pensado en caliente, en la abstracción de una idea fija, más fija y más intensa en la paz de la noche, me parecía a mí habas contadas; pero a la mañana siguiente, pensando en frío y oponiendo las razones «porque no» a las razones «porque sí», sentía vacilar mi fe; la carne se me ponía de gallina; los pelos, de punta. Llegué a pensar medrosamente que yo no había hecho otra cosa «que divagar a la mexicana» en tantos días, en tantos meses, en tantos años robados al descanso, al éxito diario, a mi dedicación a la vida, que reclamaba mi actividad y mi inteligencia en la lucha por el pan. Pero yo sentía que entre ceja y ceja llevaba clavado al *aragonés*.

***

Siguió a esta fiebre inquisitiva un período de frialdad y decaimiento. Pretendía yo conocer al indigno *Avellaneda* y las circunstancias en que se concibió y fué mal parido su *Quijote;* pero el autor, el facedor del entuerto se escondía en los repliegues literarios de tres siglos. Gocé la posesión de una nueva conjetura; la más explicable, la más razonada, la más lógica, la más amplia y la más completa de todas cuantas...; pero me faltaba un rayo de luz. Ese rayo de luz esta-

ba velado, oscurecido, encubierto, según Cervantes, y yo no era lo suficientemente venturoso para hacerlo esplender en el pleno misterio del crimen. Por otra parte, la solución de *Tirso de Molina* me requería con solicitaciones abrumadoras. Nadie, en estos trescientos años, había llegado a sospechar *ni a exigir* una solución tan ajustada a lo que yo hube de esperar de mis pesquisas: *El sabio Alisolán* era *Tirso,* y buscar otro que no fuese *Tirso* en el escondrijo del *sabio*, era desviarse de *Avellaneda,* perderlo acaso para siempre. La cosa, el anagrama, era completo: «el sabio Alisolán, historiador no menos»... respondía perfectamente a la solución encontrada por mí en las primeras rinconadas del *Quijote* apócrifo:

Tirso Molina ossó y hiso el vanno alarde...

¿A qué buscar más? Mi voluntad adestrada en los empeños de tesón, se oponía con firmeza al abandono de la otra pista. Mi lógica, la acomodaticia, la lógica que decimos y no la que nos guía, impulsa y mueve en las determinaciones escabrosas, tendía perezosamente a la proclamación de *Tirso.* Nunca tuve a *Tirso* por un criminal vulgar. Su literatura fluye, plácida e insignificante, de un cerebro anémico, que no recibe oleadas de sangre del corazón. El corazón, educado en el disimulo de las pasiones, late a compás,

sin inquietudes ni turbulencias. En su rostro de asceta alumbra sin resplandores la luz opaca de los horizontes encalmados, y yo no veo en *Avellaneda* la mirada apagada, el rostro exangüe ni el corazón hecho razonamientos. En *Avellaneda* todo es pasión, sangre, osadía. Mi *aragonés* es un mocetón digno de Barbastro. Pero...

Si Pellicer descubrió al fraile *Ali-aga* enigmático, y tal descubrimiento hizo prosélitos, al extremo de aceptarse como bueno su *Avellaneda,* y si Menéndez y Pelayo desentrañó su *Alonso Lamberto,* tan incompleto y baladí, y loan su triunfo a coro hombres discretos y entendidos en estos lances, ¿por qué no he de conformarme yo con mi *Tirso Molina,* tan confeso y tan entero y apañado? El secreto de toda mi vida estuvo a punto de darse a los cuatro vientos; mas mi voluntad lo apresó de nuevo y lo arrumbó en los desvanes del cerebro, donde descansan los pensamientos que vivieron en demasías de troteras. Pasó mucho tiempo, un año acaso, al cabo del cual tiempo volví, como el loco de Cervantes, con mi intención y con más carga sobre el perro de *Avellaneda.* Conocíle podenco; pero no exclamé ¡el guarda!; púseme junto, y a plomo dejé caer sobre él el peso de mi canto... No hay bonetero que le salve. *Ecce Homo.*

Cervantes era para mí hermético: acudí a

Avellaneda, que si estaba satisfecho de su libro habría encubierto en él su nombre y su patria, como afirmaba el ingenioso hidalgo, y tal vez dejase alguna señal por donde se entreviese su fe de bautismo. A pesar de haber topado tan abiertamente con Tello Téllez en los primeros renglones del *Quijote* falso, el *sabio Alisolán* me atraía. Mucho tiempo viví con la vista, la voluntad y el espíritu clavados en aquellas primeras palabras. Un día de atracción premió Dios mi contumacia: se ofuscó mi espíritu, la sangre se escapaba de mi cabeza; palidecí... Había visto al *aragonés,* estaba escondido allí en la primera línea del *Avellaneda,* mirándome quieto, frío, sin parpadeo, como miran los lagartos, desde el misterio de su nombre y de sus tres apellidos:

«*El* sa-*bio* Ali-*Solan* histori-*ador*.»

Con el leve cambio de lugar de una *ene* y de una *erre,* resulta:

«*el* sa-*bion* Al-*i*-*sola* histori-*ardo*»,

es decir: las cuatro terminaciones del nombre y de los tres apellidos de Argensola el mozo:

Gabri-*el* Leon-*ardo* Al-*bion i* Argen-*sola*,

disimuladas en las cuatro terminaciones de

las cuatro primeras palabras del libro de *Avellaneda*

...el ...ardo ...bion i ...sola.

y tomando el *Al* de Alisola, y dándole su puesto lógico, queda:

...el ardo ...Albion i ...sola

Era el *aragonés,* el *Argensola;* de los tres, el más malo; el autor moderno, impertinente y disparatado, que no sabía el trabajo que costaba componer un libro, que no sabía el trabajo que costaba hinchar un perro. Arrojé el bastardo *Quijote* lejos de mí y me acosté en la cama. Mis nervios se habían agotado y mi espíritu se adormía con las últimas solicitaciones de una ira dulce, suave, melancólica.

Don Gabriel Leonardo Albión y Argensola hijo de Lupercio Leonardo y Argensola y de doña Bárbara de Albión, aragonés, autor moderno que nunca había hinchado un perro, digno de mejor padre y de mejor siglo, según el autor de sus bellacos días; que contaba a la sazón veintitrés años y que a los quince dominaba la lengua latina y no ignoraba el griego; brillo y esplendor por su ingenio festivo, de la *Academia de los Ociosos,* de Nápoles; memorión inconcebible que retenía y recitaba, con sólo una lectura, y sin que faltara un tilde, diez décimas, una co-

media o un sermón; secretario, por muerte de Lupercio, del egregio Visorrey de Italia; sobrino de su tío, presuntuoso y vano, fué el ladrón que entró a saco en la propiedad intelectual de Miguel de Cervantes y Saavedra, autor del *Quijote* eterno y grande. Quede, pues, reivindicado de toda culpa en tamaño desafuero y de traición tamaña, el intrigante inquisidor general Fray Luis Aliaga, llamado *Sancho,* si no por su simplicidad, por parecérsele en ancas y en tripas y acaso en la fruición con que espumaba en la olla de los españoles, ya que de la vena del arca fué en Osuna sangrador, andariego, mujeriego y egoísta; quede también reivindicado y vuelva a su oscuridad el famoso Alonso Lamberto, que nunca las soñara tan gordas como verse en circunstancia propingua de valer presunto, y quede en su buena fama y hombría *Tirso,* el inofensivo, el festivo, el plácido Tirso de Molina, a quien yo tuve deseos de dar media docena de pescozadas y a quien aquí y para siempre le beso la corona en desagravio al agravio que le hice con traerlo en trotes de villano.

No había más que pedir: ¡...el ...ardo Albión y ...sola! Este era el autor de la felonía, visto por la espalda. Sólo faltaba mostrarlo cara a cara, frente a frente de la posteridad engañada y herida. Yo estaba seguro de arrancarle la careta y señalarle con el

dedo. Si *Tirso,* por un capricho anagramático, me dijo su nombre y aun la calificación del crimen, también este *Albión* estaba obligado a confesarme las misteriosas circunstancias de su alevosía. Tengo la cueva, y en la cueva el zorro y del zorro el rabo... un esfuerzo más y le veré el hocico.

No me fué muy difícil. Las palabras *arábigo* y *agarenos* que encontré un poco más adelante me hacían a pluma y a pelo para completar los nombres de *Gabriel* y de *Argensola.* Allí estaba, indudablemente, la confesión completa. Tomé todo el párrafo y comencé, lleno de fe y de alma benedictina, a extraerle la entraña a *El sabio Alisolán.* Mi éxito fué asombroso, portentoso y maravilloso. Dígalo quien lo lea:

«*El sabio Alisolán, historiador no menos moderno que verdadero, dize que, siendo expelidos los moros agarenos de Aragón, de cuya nación él decendía, entre ciertos anales de historias halló escrita en arábigo la tercera salida que hizo del lugar del Argamesilla el invicto hidalgo don Quixote de la Mancha para ir a unas justas que se hazían en la insigne ciudad de Çaragoza, y dize desta manera.*»

La entraña enigmática de este párrafo es ésta, de asombrosa diafanidad:

«*Esta es historia anónima, continuazión del* Don Quixote de la Mancha, *q en su an-*

zianidad dirigió al duque de Béjar Miguel Cervantes y Saavedra, de Alcalá de Henares, q la ossaron componer Gabriel Leonardo Albión Argensola, secretario del Estado y de la guerra, y el Dr. Antonio Mirademescua, arcediano de Guadix, y que está escrita p.ª leer al egregio visorrey Conde d Lemos en la Academia de los Oziossos.»

Enganchado en la chupa del mozo Albión salió el arcediano de Guadix Antonio de Mirademescua (con la Iglesia hemos tropezado, Sancho), autor dramático, que con serlo y estar agazapado tras el mozo de Lupercio, confirma todos los indicios que en sus libros sembraron Cervantes y *Avellaneda.* Pero, ¿habría más aún? Quién lo duda. Cervantes conocía este escondite, y conociendo los encubiertos en él, era justo pensar que marcaría a los criminales con el fierro de su indignación. Busqué, ahondé, investigué, desentrañé... Mi éxito no tuvo límites. Se buscaba un nombre, una noticia, y yo doy a España una historia maravillosa de concisión y sencillez; portentosa de interés y de valía. Es la resurrección del Siglo de Oro, la reliquia que guarda la autografía genial del genio español.

Estás, lector, frente a un portento. Has oído hablar al fingido *Avellaneda,* el impertinente Argensola, el procaz Mirademescua: ahora, a través de tres siglos, oirás la voz

adolorida, gimiente, quejosa o airada de Miguel de Cervantes. Cervantes dividió lo que quiso encubrir por el mismo sistema que desentrañamos en *Avellaneda,* en períodos anagramáticos, cortos. Yo desfloré, en bien de la luz y de la justicia vejada, toda la obra de Cervantes; y en las *Novelas,* en el *Viaje,* en las *Comedias* y en la sublime *Segunda Parte de Don Quijote de la Mancha,* encontré su huella: la huella amarga de un dolor sin consuelo, de una resignación forzada, de un secreto que bulle airado por romper los diques de la discreción prometida, y gritar la infamia y poner su grito en el más alto cielo.

Te doy, lector bueno, el texto en que Cervantes encubre lo que tanto y tantos, y durante tantos siglos hemos perseguido con tesón loable y firme empeño:

En la *Dedicatoria* de las «Novelas ejemplares» dice Cervantes al conde de Lemos: «En dos errores casi de ordinario caen los que dedican sus obras a algún Príncipe. El primero es que en la carta que llaman dedicatoria, que ha de ser breve y sucinta, muy de propósito y espacio, ya llevados de la verdad o de la lisonja, se dilatan en ella, en traerle a la memoria, no sólo las hazañas de sus padres y abuelos, sino las de todos sus parientes, amigos y bienhechores.»

Pues bien; este párrafo, vuelto del revés,

desentrañada la *traza* con que Cervantes lo compuso, dice así, exactamente, con las mismas letras, dejando a salvo las diferencias ortográficas entre la primera edición y la última que yo poseo, que entorpece obstinadamente mi labor:

Es lo de los Leonardos, secretarios del Conde de Lemos, q escriben, sin avisarme, un libro plagiando la «primera parte» de D. Quijote, q con privilegio dl Rey acabo d publicar, y q cuando se marcharon para Italia se burlaron de mi diciendo me llevarían en la canasta, y desde estos alardes de buen año no hicieran hasta ahora nada por sacarme desta situación insostenible.

En la misma *Dedicatoria* de las *Novelas*, y en el período que va desde la frase: *Es el segundo decirles...* hasta *la duración de los tiempos*, encubre Cervantes lo siguiente, que confirma el anagrama anterior, como este acredita el ya copiado de *Avellaneda:*

Es lo d los Leonardos, que siguen escribiendo la «Segunda parte d D. Quijote, sin mi permiso, como si el Privilegio d mi primera parte no tuviere nada q ver con ellos, o se usara acabar las obras diferentes autores que los que las comenzaron. Ya la paciencia se agota, y uso el antiguo procedimiento denunciándolos a la autoridad d Su Excelencia el Conde d Lemos, fiando sus altas virtudes dejarán las cosas en la misma si-

tuación en q el prilegio dl Rey quiso se pusiesen, sin burlas para sus buenas, sabias y sanas leyes.

Cervantes, que conocía su ingenio y que gustaba de ponerlo, como suele decirse, en calzas prietas, no dudó en ocultar la prosa de su protesta bajo los tercetos del *Viaje del Parnaso*. Los *tres* primeros tercetos del capítulo III del «misterioso» *Viaje*, dicen en su entraña lo que el amigo lector puede desentrañar, si gustase, y que es esto:

«*Es d Mira Amescua y dl hijo de Lupezio Argensola: secretaios del Ilust e Code d Lemos; le len la Segunda Pa te d mi libro p.ª adulale. La d. ellos, ya sea broma pesada, o se haga en b oma y resulte d veras, no podrá salir a la luz, pues tengo pri-ilegio de S. M. p.ª todos ss reinos, y todos los vasallos temerosos le mantendrán en tanto no se pase todo el plazo.*

Lo dije en mis «Novelas»: no abandonando el juego haré se acate esa ley uni.amente p. asegurar mis buenas obras bajo su aparo, como ella encarec. No es cosa d jugar en la esca.a hazienda dl villano ls caballeos, ni la gente bn intencionada con los titulos d otros hasta su confusión.»

En toda la *Dedicatoria* de las *Comedias* prosigue Cervantes su acusación contra el de Albión y el de Mescua, aprovechando el anagrama. Dice así la *traza* de la *Dedicatoria:*

Es d Gabriel Argensola y d Antonio Mira d Amescua q no contetos co ler en la Academia d los Oziosos una Seguda Parte de D. Quijote, quieren ofrecerla a su Excelencia el Visorrey, q no aceta el ofrecimiento, ya q fuese en desacato dl privilegio q hube d S. M. el Rey Aún se burlan sn ver la razón q me asiste D buena gana se avendrían a no sacar esa obra si un autor de farsas no les aplaudese desde estos reinos Reconocen no puede el egregio Conde d Lemos autorizar se usurpen ls derechos q sustentó, q su obra daña, pues nada se gana en q sean hurtads la traza y el nobre d D. Quijote pra una Seguda Parte mala, si resulta excelete la primera. Aunque esta queja no consiga parar las gestiones q hacen pra aprovecharse d lo q no es suyo la elevaré al honorable Conde, ya q no se contiene en el punto en q fuera honroso, pues yo no qiero llevar mi agravio hasta él, no lo elevaria si ellos pensase q el egregio Conde no se halla dispuesto a permitr se lleve nadie la gala d mi ingenio, alargado el juego hasta se haga burla d mi privilegio: ms será en vano supuesto el Visorrey desdeña acetr su dedicatora como desagravo y honra en q me favorece y me amp.ra Su Excelencia.

***

En este amargo punto se hallaban las pro-

testas de Cervantes cuando su *aragonés,* su *Argensola,* injerto en andaluz por Mirademescua, inyectado de castellano por Lope, y acaso de suero índico por Alarcón, la bestezuela de Quevedo, que clavó su alfiler hasta la cabeza en el corazón de Cervantes; en este punto, digo, se hallaba el pleito cuando en Tarragona se dió a luz el *Segundo Tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha,* que contenía su tercera salida y era la quinta parte de sus aventuras. Parecía compuesto por el *Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda,* natural de la villa de Tordesillas, y se dedicaba—por las razones que presto se verán—al alcalde, regidores e hidalgos de la noble villa de Argamesilla. Cuando vino a manos de Cervantes sintióse ahogado de indignación, confuso y estupefacto. Nunca creyó que el solemne mamarracho había de venir a la vida a despecho y pesar de su generoso protector el conde de Lemos, Visorrey de Italia, de quien Cervantes tenía cartas condenatorias del plagio y que entendía los *anagramas,* sin duda alguna.

Las tres cosas que en el segundo tomo halló Cervantes dignas de reprensión eran piñones mondados comparadas con las que por dentro manaban hiel. Jamás tales infamias pudieron ser dichas de un hombre grande, de un ingenio sin segundo, reconocido y perseguido y desamparado por tal en su

tiempo, ya que el duque de Sessa, Mecenas de Lope y su admirador y adorador más exaltado, negó cuando conoció todo el *Quijote*—el *Quijote* y *su traza*—que Lope de Vega fuese el mejor ingenio de España. Las crueles torturas que sufrió Cervantes se las debió principalmente a Lope y a Alarcón, por acción directa, y por acción refleja a los Argensolas y al doctor Mirademescua. Lupercio apadrinó, alentó y ayudó en sus principios la obra del *hijo único,* y Bartolomé, además de ayudarla, defendió el *plagio* de Gabriel delante de Cervantes, *con grave continente y ademán enfadoso.* Lope y Cervantes eran enemigos desde el 1580, en que Cervantes envió un reto a Lope, que Lope rehusó. De este *cartel* desconocido fué portador Rodrigo de Cervantes, alférez de Milicias, muerto en la batalla de las Dunas *con el valor que él supo poner en todos los combates,* y hermano del que Cervantes no tuvo ninguna queja. Se explican los ataques de Lope y aun las infamias de Alarcón; para el bárbaro, para el villano ensañamiento de los Argensolas y de Mira no hay explicación lógica posible. Los Argensolas eran amigos de Cervantes—o se vendían por tales—cuando en 1610 embarcaron en Vinaroz rumbo a Nápoles. Su odio es imbécil, como lo que responde a inducción externa, al cultivo del ruin sentimiento ajeno en el propio corazón.

Los Argensolas, llamados por Lemos para asistirle en la Secretaría del Virreinato, no querían enemigos cerca de Fernández de Castro. Sabían el «ascendiente» que Lope de Vega gozaba sobre él, porque sabían que todos los hombres del mundo son, cuanto más enérgicos y severos oficialmente, más débiles y complacientes con sus ayudantes y secretarios particulares. Lope de Vega lo había sido de Lemos, y aunque ya no lo era, seguía utilizando, en contra de Cervantes, el «ascendiente» de su privanza; y tanto pudo, que habiendo ofrecido Lemos a Cervantes, sin solicitaciones del Ingenioso Hidalgo, llevarlo a Italia, se embarcó en silencio y a escondidas de él, *como si se tratara de un enjuague,* según gráfica, exacta y justísima expresión del autor del *Quijote* único y solo.

Los Argensolas, por complacer a Lope, que era un aliado poderoso y un contrario muy terrible, le ayudaron a conseguir del *Conde de Lemos* no le llevase consigo «por entonces»; «si acaso, más adelante...»

Y forzaban el argumento con *los pecadillos de la cárcel de Sevilla* y con el crimen de la puente del Esgueva, de Valladolid, donde, por ayudar a bien morir al petulante caballero, paseante en corte, D. Gaspar de Ezpeleta, amante de la mujer del escribano Galbán, y muerto por éste o por quien obedeciéndole, peleó como bueno, según el mo-

ribundo, fueron «envueltos en papel sellado» Cervantes y su familia. Conociendo como conoce nuestra edad, *ad pedem litere,* una parte del proceso de Valladolid, podemos proclamar la inocencia y el martirio del torturado Miguel de Cervantes, y podemos proclamar, porque a la soga sigue siempre el caldero, la canallesca intención, la miserable conducta, la villana resolución de los Argensolas, que hieren por adular y calumnian por complacer. No los movió al *plagio* de Cervantes su envidia, sino la envidia de Lope, sentimiento inexplicable si a la tristeza moral del bien ajeno no acompaña la necesidad de destruir ese bien como condición del bienestar propio.

Cervantes, amenazado en su propiedad intelectual, perjudicado en su bienestar, y confuso en su gloria con la anunciada publicación de otro libro titulado como su *Don Quijote,* se tiene en buenas: declara el hurto, pero respeta la honra de sus autores, en cuanto se puede respetar la honra de un ladrón, los Argensolas, Mirademescua y Lope reunen materiales equívocos, y poseídos de la infamia que las circunstancias y el desamparo de Cervantes echaron sobre su nombre esclarecido de patriota, de mártir y de genio, le ultrajan en su honor y ultrajan el honor de sus hermanas y la honra de *su hija.* El «prólogo» con sus dos infamias: la que va

por dentro y la que va por fuera, está escrito por Mirademescua, indudablemente, quien con estos alardes granjea la firme amistad que después le unió a Lope, y el agradecimiento de Gabriel Albión, que ve, enternecido y satisfecho, con cuánto ímpetu y valor emprende el arcediano de Guadix su defensa contra aquel miserable hidalgo, soldado y pobre, a quien España no mantiene de su tesoro, que vive de las migajas del Visorrey, migajas que ellos le envenenan al trasegarlas de Nápoles a Madrid, y autor de aquel libro—que él y los suyos parodian chocarreramente, sin limpieza, sin gravedad, sin idealidad, sin estilo, con intención porcina y chistes legos—llamado en su edad y en las futuras edades a nutrir nuestros cerebros, a encalmar nuestros espíritus, a dulcificar nuestras pesadumbres y a ser gala y prez del renombre de España en el orbe.

Escribo estas líneas para preparar al lector a conocer las villanías de *Avellaneda,* que desde hoy en adelante envilecerán la historia de los *dos famosos* afinadores de sonetos, pulquérrimos, esquemáticos, fríos, ecuánimes, tal vez anémicos, cortesanos siempre, sotiles y almidonados en todos sus conceptos e impecables en la forma... cuando escribían para la corte, que cuando escribían en familia bien vimos a Bartolomé, rector de Villahermosa, andar en faldeta en la *Aca-*

demia de los Ociosos, y rimar con el trasero, como bellaco.

Desinfectado ya el ambiente e inmunizado el espíritu, éntrese sin miedo el lector por este campo de la injuria a mansalva, y lea de un tirón la famosa diatriba.

La *Dedicatoria* no tiene desperdicio; pero el *Prólogo* le va a la mano y le gana por ella y por nueve más. Sólo una advertencia he de hacer antes que el lector se enfangue en la injuria: no crea lo que por adulación inconcebible dicen Mira y Argensola del *Soneto* del conde de Lemos; este *Soneto,* que es por fuera artificioso, inocuo y frío, es por dentro un latigazo que cruza para siempre en la cara de *Avellaneda,* la fisonomía moral de los Argensolas, de Mirademescua y de Lope; es el hierro rojo de indignación con que el espíritu justiciero y rectilíneo del Virrey de Italia, el severísimo *Buho Gallego,* marca las frentes de esta cuadrilla de perversos capitaneados por Lope, y desenmascarados por mí, obedeciendo el mandato del genio, que a través de tres siglos *manda* que publique *la traza* de su *Don Quijote* el *poeta feliz* que sea capaz de descubrirla, aunque teme no haya quien dé en ella.

He aquí, punto por punto, letra por letra, *la traza* con que Mirademescua y Albión encubren sus indignos ataques a Cervantes:

PRÓLOGO DE AVELLANEDA

Este livro está compuesto de la misma manera que el de Cervantes, el cual lo escribió así con propósito de decir algunas de las muchas desgraciadas peripezias de su vida.

Su Excelencia el Señor Conde de Lemos también quiso componer, para honrar esta Segunda Parte, el hermoso Soneto *que va después de este Prólogo, y que más que alabanza es ejemplo y modelo de poesías satíricas injeniosas. A nadie se dió razón quienes son los autores désta obra, ni lo haremos nunca hasta q el egregio Conde de Lemos lo autorice y anpare, ya que la razón de conponela fué q la leyese Su Excelezia, y su fin matar los gigantes que andan en los libros de caballerías, no dejando que Miguel de Zervantes los mate él solo, pues se quexa que quedó manco d una mano hace muchos años y no puede manejar más arma qne su poderoso ingenio, pues dixo desta obra no podremos ponerla fin hasta dentro un siglo entre todos los q ficieron la Academia de los Ociosos, pues es imitación indigna de su libro, el cual no encuentra par ni rivales, si bien confiesa se enjendró en una cárcel que fué Argamesilla, en donde estuvo preso con su hermano Rodri° por aver torcido totalmente la marcha del río.*

Es extraño esto y tan estupendo como la pretensión de Cerbantes, después de tantos años de mutismo, de estimar gente miserable, y entremetida y funesta a los q pueden azer un libro titulado como el suyo y q persigue el fin de iniziar una empresa interesante.

SEGUNDO PERÍODO

Esto es lo mismo por la pretensión de Cervantes de incomodarse y emplazanos sin medida diciendo de nosotros le ofendemos haziendo este livro para adular al Conde y disputalle su proteción, sin que siquiera nos haga la merzed de oinos ny de suponenos amigos de Su Escelencia, antes nos fustiga de detentadores de su «privilegio» por haver proseguido su tan venerada, famosa y encantada obra. De ciertas gentes no se ha de lograr diferente suceso. Así le sucederá a la vanidad humana en tanto no sea sola.

TERCER PERÍODO

Esto es lo mismo—pues ningún título de Castilla, ni el d Béjar, se dina acetar los livros d Cervantes, por su mal carácter y q es en su daño, pues q todos los esfuerzos d su ingenio se estrellan ante la falta d protetores, d modo q como no aya Obispo ni conde a quien enviarlos los ahija a jóvenes, como

izo cuando dedicó a D. Rodrigo de Tapia el Viaje del Parnaso, *que por la traza tapoco le recibió de buen talante, ya q fué escrito el año doce y no se imprimió hasta el quince. Así van sus asuntos mal y los príncipes no desean amparar d buen grado al murmurador quexoso y al escomulgado d la iglesia.*

CUARTO PERÍODO

Esto es con el mismo Cervantes, que nos ataca en pago de las limosnas de Su Escelencia, que nosotros enviamos a sus hermanas, q es trabajar en su daño y contra ellas, ya q no tienen nigún otro Conde de Lemos, y andan tan necesitadas que uvieron de tomar por ija una del pecado y ntilizala en algo ilícito y grosero para salvar su vida. A los ojos d Dios déxese esto, ya conocido, i plegue a él sea muy próximo el suzeso de su bindicación a esta penosa vida.

QUINTO PERÍODO

Esto es con Cervantes: por fin d faltas nos acusa ante el escelente Conde Lemos d todo lo q a cada criatura, asi dina como baxuna ocurre sin distinción de sexos, y es lo primero para salir proponiendo entrar él en este virreinato, si le valen sus pecados d la cárzel de Sevilla y tratar de traer dedicado

a él su Quixote *y q se marchen Leonardo y Mira Amescua para humillarlos.*

SEXTO PERÍODO

Esto es de Cervantes, q indignado al parecer por la impresión desta Segunda Parte envió un memorial al Conde d Lemos tratando se opusiera o evitare co su autoridad y poderío fuere motivo para atacarle, y nos incapacitare p.ª dicha impresión en tanto él no saca la suya de pecado, más el fin q le compete p.ª tata quexa como le da es el de q lo lea.

SÉPTIMO PERÍODO

Es el mismo que mandó un memorial al Rey pidiéndole privilegio p.ª su Segunda Parte seis meses antes de aver terminado su obra sin enseñarla ni haberla escrito todavía. Hizo secretas demandas en no se supo qué sentido, y pretendió supender nuestro privilegio hasta imprimir su Quixote, *proponiéndose acabar su obra antes q esta comenzase a conocerse. En fin, no cesa en estas enajenaciones.*

***

Bastan estos botones para muestra del cariño que tan insistentemente se reconoce en los Argensolas hacia el manco sano, el famo-

so todo, el regocijo de las musas, orgullo y blasón de nuestra enjundia intelectual. He dicho que los Argensolas injuriaban a Cervantes por bailarle el agua a Lope, y una prueba de esta adulación está en que en el capcioso segundo tomo se llama famoso a un epigrama latino que los Lupercios diputan por de Lope... Y de estos *latines* de Lope dijo Cervantes en la *traza* de una de las décimas de cabo roto:

Esto es contra L de Vega en su libro «El Peregrino», que no sabe el latín, de suerte que acudió a Latino que le compusiese alguno a la memoria con el fin de ponello en la novela. Y el negro dixo con flema:

«¡Pallida mors æquo pulsat pede!»

No es esta ocasión ni lugar acomodado para intentar una crítica del *Quijote de Avellaneda,* mas como quiero hacer justicia en estos apuntes a la memoria gloriosa del maestro de todos, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, tomo de él lo que dijo de ella y hágolo mío, *pro domo mea:*

«...El chiste es grosero, pero abundantísimo y espontáneo; la fuerza cómica, brutal, pero innegable, el diálogo, aunque atestado de suciedades que levantan el estómago en cada página, es propio y adecuado a los figurones rabelesianos que el novelista pone en escena. Lo que decididamente rebaja tal libro a una categoría inferior, no sólo respec-

to a la obra de genio que *Avellaneda* toscamente profanaba, sino respecto de otras muchas de aquel tiempo, que no pasan de ingeniosas y amenas, es el bajo y miserable concepto que su autor muestra de la vida, la vulgaridad de su pensamiento, la ausencia de todo ideal y de toda elevación estética, el feo y hediondo naturalismo en que con delectación se revuelca, la atención predominante que concede a los aspectos más torpes, a las funciones más ínfimas y repugnantes del organismo animal.

No es un escritor pornográfico, porque no lo toleraban ni su tiempo ni el temple de su raza; pero es un escritor escatológico y de los peor olientes que pueden encontrarse.»

¡Magister dixit!

***

Si por fuera es esto, por dentro es todo el libro una diatriba espantosa: el ultraje y la sinrazón echadas a correr en torpe sátira al alcance de la honra de Cervantes, de su pan y de su vida, ya que Lope le persiguió en su concepto, en su salud y en sus mendrugos con pechero encono. Contrasta con esta obstinada persecución el hecho de que nunca en público se defendiera de los graves ataques de que fué objeto, encubiertamente, por el *Ingenioso Hidalgo,* circunstancia que supo desde el 1610, en que Lemos, con inconcebi-

ble indiscreción, descubrió a Lope y a los Argensolas la maravillosa *traza* con que está *compuesto* el libro de *Don Quijote de la Mancha*.

Miguel de Cervantes, en una *nota* que encubre en el capítulo III del *Viaje del Parnaso,* se queja así:

Esto es d Lope: Me horroriza creer que pueda conocer la traza *d mis libros. No tuve intención se supiese, ya q solo lo dije a S. E. el Conde de Lemos, quien me prometiera nunca se sabría. Fuí débil con quien tantos favores me hace. Su propósito no lo entiendo. Si era bueno debió oponerse al agravia indino d Argensola para que yo no dudase d su buena intención.*

Al conocer que el libro de Cervantes era dos veces maravilloso, y maravilloso originalmente, ya que antes de él no se había usado esta *traza* de *componer* libros, creció la envidia en Lope, que blasonaba de ser *solo en la poesía, solo en la espada y solo en la bondad,* y nació en el mozo de Lupercio la idea juvenil, pueril y desastrada de montarse de un salto en el burro del gran *Belorofonte* y rendir el Parnaso a su talante. Ya hemos visto cómo el mitológico rocín le echó por las orejas.

Del encono y de la sinrazón con que fué unida la *traza* de *Avellaneda* da una idea esta *nota* o *período* aportada por Lope, que

es el farsante de todas las demasías misérrimas que le siguen:

Esto es d Lope, q hubo de residir en Sevilla adode dexó preso a Miguel Cervates por haber burlado las recaudaciones, lo cual no confesó ante el jueç d la Madalena, pero hubo ponerlo d buen grado en su tan inverosímil y alabada istoria.

La pena, q consiguió no pasase d un año, pensaban costase tanto como sus sustraciones, puesto q por sus pecados acababan juzgalle y condenalle, y osó volver a delinquir. Viéndose favorecido en sus osadías uvo pensar así sucedería siempre, asta q encontró un jnez q no se conmovió ante la maliciosa gaguez q sabe usar con maña y así no uvo lágrimas ni uvo ebustes q le defendiesen. Pero en él no pudo tanto el castigo: absuelto y en libertad apuró el veneno y se encanalló en la cárcel, pues parece remedar con sus barbas el verdadero Olofermes, y, con tantos bigotes, un sevillano, pero d esos sevillanos dañados y vulgares desonra d la celevrada, grade y alegre Sevilla.

Aparte lo de la cárcel de Sevilla, ya que no está claro si hubo o no hubo condena (firme no la hubo), lo de llamar «canalla» a Cervantes porque en la cárcel y después de la cárcel usó aquellas barbas de plata, que no hacía muchos años fueran de oro, es estupendamente insensato.

El arcediano de Guadix, Mirademescua, doctor en cánones, no debió ignorar que las barbas son la mejor característica de Jesús, y que el arte sacro pinta siempre al Todopoderoso Señor de cielos y tierra solemnemente barbado. Figuraos un Cristo con bigote y mosca, rasurado como histrión, o con patillas de boca de hacha... No hay devoción posible.

***

Si Cervantes, «antes del *parto*», dijo lo que dijo, era lógico suponer lo que diría «después del *parto*». La infamia, que lo acredita y encarece de villano, no fué parte a hacer que perdiese su ecuanimidad el gran hombre: recibe el libro, lo hojea y lo rechaza con algún despecho... En seguida vuelve a su *Quijote,* lee lo escrito, y su espíritu se serena de la breve turbación que en él engendrara tan incomprensible bellaquería. Torna a su trabajo y se defiende y ofende sin traspasar los límites hidalgos que han sido el cuidado de toda su vida *Caballero he nacido y caballero he de morir*, *pese a quien pese*. Pensando en este propósito, que asienta en una de sus *notas,* toma la lanza y embraza la adarga y cierra con la cáfila de sotiles y almidonados que ya sabía él no habían de respetar sus obras aunque las pusiese a la sombra de la clava de Hércules.

Cuán cierto resultó lo que dijo en la *Dedicatoria* de las *Novelas ejemplares:* los Zoilos, los Cínicos, los Aretinos y los Bernias no dejarían de darse un filo en su vituperio. A todos ellos les contesta ahora. Oid su palabra, poderosa de razón y clamante de justicia, en el capítulo LIX de la segunda parte:

Es d Gabriel Argensola y Antonio Mira: Tratan d perseguir mi Segunda Parte a pesar del privilegio q se me concediera. No queda de la alabada obra ni la cubierta q sea dellos. Vuelven a ver q su Quixote *no pasa de ser un robo. Los fueros y los privilegios se llaman así en tanto la autoridad q los concede no halla en ellos alguna prueba palpable d estar acabado el efeto q se había perseguido. Sin duda es cómoda la manera de hazer libros plagiando a otros a penas se acabó el privilegio; pero no crean q, en tanto, desespere d ver el libro en la calle así q vuelva a Madrid su Ezelencia, si los sucesos pasados no le quitaron el buen juicio q tenía espresado quando tanto me apoyara el buen Conde. Haga Dios le halle a su vuelta sin el pesar q ellos labraron en la ausencia.*

Y más adelante, en el mismo capítulo:

Es d los Argensolas: Llegaron a creer cierto q su Segunda Parte encontraría buena acogida en el pueblo, y esperaban q la celebrasen desde q supiesen q yo no podía

hacer se me diese el privilegio q había quedado en suspenso desde que se acabara el tiempo por q se me habia espedido. Ellos lo sacaron y desde su ardid estaba la querella en este estado hasta ahora q al insistir en mi derecho me sorprenden con la publicación que los osados secretarios se permiten. Fío q viniendo el Señor Conde de Lemos se me hará todo el honor q se me debe, puesto q se propone prohibir la insostenible situación solo por ellos creada.

Mas adelante aún del mismo capítulo, sigue así:

Es del Señor Conde d Lemos: A penas uvo d saber la mala pasada del ixo d Lupercio dispuso reprenderle. Mientras, prepara se, me dé una buena encomienda, ya que uve d adeudar el papel y la encuadernación. Espero quede todo finiquitado sin q Su Excelencia admita la farsa orrorosa y envenenada.

Pr carta se propone desahuciarle, puesto q ahora pensava darme lo abonado a la librería. Veremos si se obedece o no se ace nada. No me es posible oponerme a sus osados secretarios, q no dudan d representar esta farsa sin q los buenos deseos d todos los buenos discursos puedan ipedir lo q ellos entienden q está en el buen respeto q se me debe, ya q yo no he proseguido el livro y q el privilegio q tengo ha cesado en la primera

parte d D. Quixote, *y así se le dice a su egregia eszelencia.*

Así termina en el *Quijote* de Cervantes su protesta contra *Avellaneda.* Cuando pensó estorbarle el «Privilegio» se vió Cervantes cogido y a punto de que no se le concediese a él para su legítima, sin par y grandiosa *Segunda Parte.* El conde de Lemos hizo posible esta publicación, y es un mérito más por el cual debe «la posteridad alzarle sobre el pavés y proclamarle benefactor del Siglo de Oro de la literatura española.»

En el *Prólogo,* en la magnífica, ingeniosa y feliz réplica a los *Lupercios,* encubre aún sus últimas protestas y su último gemido:

SEGUNDA PARTE.—PRÓLOGO

Esto es lo de la segunda parte q me hurtaron en Nápoles y q el Conde de Lemos me pide no descubra a sus autores puesto que él no ha aceptado ni piensa aceptar la Dedicatoria *que quieren dirigirle los excelentes Leonardos y Mira Amescua, y no me es posible perseguillos por este atrevimiento, pues caducado el privilegio concedido a la primera parte d* D. Quixote, *no les castiga la ossadía con q se me despojó después de mentille a su Mecenas a modo que no huviese conocimiento q yo me oponía a la impressión dessa*

obra, eu la q han lamentado no pasase a nueva vida, esos Leonardos, sólo en esto generosos.

Esta, que suena a lamento acibarado, a queja amarga y a sollozo doliente, es la última palabra que exhala el espíritu torturado del genio de nuestra literatura. Con esto terminó su agravio con *Avellaneda:* pero las persecuciones siguieron, las intrigas le rodearon, apretóle la pobreza y estrechóle, con la edad, el achaque de la hidropesía. Las liviandades y la traición de su hija Isabel, que se unió a Lope para perder al padre bueno y mártir, colmaron su infortunio. Murió Cervantes pobre, sin sosiego, sin la paz que demandaba su espíritu, sin la quietud y el descanso que merecía su martirio. La suma caridad de Sandoval, restringida por bellaquerías maquiavélicas de Alarcón, y la protección del Conde de Lemos, siempre escatimada por demandas alevosas de Lope, tuviéronle en pie; pero herido, confuso, turbado y tambaleante. Cuando murió Cervantes desaparecieron de su casa, entre otros manuscritos, el de la *Segunda Parte* de *La Galatea,* el del *Bernardo* y el de *Las semanas del jardín.* Con más y con mejores datos, que no dudo encontraré, podráse acusar a Lope de Vega Carpio y a Ruiz de Alarcón ante nuestra edad y ante las futuras edades del miserable despojo, crimen de lesa patria.

Parece agotado este curioso pleito literario que se mantuvo soterrado por trescientos años y que yo descubrí, ahora, completo, terminante y elocuente; pero no lo está. Falta algo de lo más sustancioso de él: el *Soneto* artificioso, inocuo e impecable del conde de Lemos, *Soneto* que parece afinado por los sotiles afinadores aragoneses, la *carretela de respeto* destinada a honrar el cortejo de ultrajes con que se pretendió anonadar a Cervantes, ridiculizar su *Don Quijote,* engaitar al Visorrey y obligarle a que retirase al *Ingenioso Hidalgo* de Alcalá la ración de migas que su bondad le asignara. Sin este *Soneto,* la conducta equívoca del Visorrey quedaría inexplicada, y acaso—y sin acaso—la posteridad le culpase de mañoso y vario en sus relaciones con Miguel de Cervantes. El *Soneto* de *Pero Hernández* es un fallo, un laudo, una sentencia abrumadora para Lope y los *Lupercios:* esplendente y radiante para *Don Quijote de la Mancha,* y para su autor sano, legítimo y glorioso una ejecutoria de honor y de nobleza.

El conde de Lemos, con quien Cervantes fué débil a fuer de agradecido, descubrió a sus secretarios y a Lope el secreto del donoso y no visto artificio del *Don Quijote de la Mancha.* Esto es inexplicable, ya que el de Lemos sabía que los resultados de esta indiscreción serían *fatales* para Cervantes, pues-

to que Lope de Vega, enemigo rencoroso de él, conocería las *Memorias* del feliz ingenio y el lugar que él ocupaba en ellas. De este conocimiento nació el *Quijote* de *Avellaneda,* pasquín de difamación y cartel de deshonra para Cervantes. Si entendía que era así, ¿cómo permitió que se escribiese, que se leyese y que fuere impreso? Todo se explica: a Lemos le leían en Nápoles el libro, no *la traza*. Que esto era una villanía lo supo tarde y con daño de Cervantes. Por la *Dedicatoria* y por el *Prólogo* de las *Novelas ejemplares* supo que Cervantes tenía noticia puntualísima de lo que tramaban los secretarios del Virreinato en la *Academia de los Ociosos;* pero de la *traza* no se enteró hasta que Cervantes se lo dijera en su *Memorial* de agravios.

Cuando esto supo el conde de Lemos, se negó a admitir en su protección el libro y sus hieles; pero, en fin, advirtió a Gabriel y a Mirademescua que no podría oponerse a la publicación de su *Quijote,* ya que se hacía al amparo de un privilegio del Rey. Ellos, gaiteros y solapados pidiéronle para su tranquilidad y para brillo de su engendro un «soneto», y el de Lemos asió del cabello la ocasión con que, a mi ver, honra a Cervantes tanto como Cervantes se merece, y al honrarlo y decirlo, como lo dice, desgarra y hace trizas todas las calumnias, todas las

injurias todos los ultrajes que babean entre los renglones de *Avellaneda*. Copio el *Soneto* tal como se publica en el *Quijote* apócrifo:

DE PERO HERNÁNDEZ

SONETO

Maguer que las mas altas fechorías
homes requieren doctos e sesudos,
e yo soy el menguado entre los rudos,
de buen talante escribo a mas porfías.
Puesto que había una sin fin de días
que la fama escondía en libros mudos
los fechos mas sin tino y cabeçudos
que se han visto de Illescas hasta Olías;
yo vos endono, nobles leyenderos,
las segundas sandeces sin medida
del Manchego fidalgo Don Quijote,
para que escarmenteis en sus aceros,
que el que correr quisiere tan al trote
non puede haber mejor solaz de vida.

Oid ahora lo que en realidad dijo el egregio Conde a los nobles leyenderos de las futuras edades. Cambiando el orden de las letras, dice así exactamente:

DE PERO HERNÁNDEZ

SONETO

«*Do Pedro Fernandez d Castro q es Virrey d Nápoles Conde de Lemos, compuso*

este SONETO a instanzias que le ficieron sus secretarios que son Gabriel Leonardo Albión Argensola y Antonio Mira Amescua q son autores injeniossos d las famosas aventuras del q es invencible heroe del Tobosso D. Quixote de la Mancha, y que fueron leídas en las Academias de los Ociossos. Son seguda parte del libro inmortal que escribió Miguel Cervantes y Saavedra, que será seguramente admiración d las edades futuras, y al que, viviendo, se deben fama y honores.»

El anagrama es tan perfecto como todos los que acreditan este trabajo, y acaso el de más valía para la posteridad. Téngase en cuenta que este *Soneto* lo escribió el *conde de Lemos* siendo *Virrey de Nápoles;* a pesar de sus secretarios, en la *traza*; a su «instanzia» en la forma externa. Adviértase que en él se dice que a Cervantes *se le deben mientras viva fama y honores*... Esto que dice el *conde de Lemos,* lo dice después de la muerte del alguacil Sigura, después de las prisiones de Sevilla y después del homicidio del caballero de Santiago D. Gaspar de Ezpeleta, del que Cervantes fué acusado y por el que ocupó la cárcel con su familia al principio, y él solo después, hasta que la intervención del severísimo magistrado D. Lui de Tapia en el proceso lo proclamó inocent

lo puso en libertad y lo volvió a su buena fama, aunque ésta no suele recuperarse bajo el peso de una tan gravísima acusación. Después de tales deplorables y dolorosas ocurrencias, el *conde de Lemos* cree, y lo dice a las edades futuras, que a Miguel de Cervantes y Saavedra se debía fama y honores; y como no fué nunca doctrina de un Virrey tan entero y justo como Lemos que el honor y la fama se deban al ladrón y al dos veces homicida, he aquí echadas por los suelos todas las calumnias, injurias y ultrajes con que Lope de Vega, Mirademescua y los Argensolas minaron la honra de Cervantes, antes y después del glorioso *Soneto,* en el libro infame y mal oliente. Por algo al conde de Lemos se le llamó siempre, y por todos, *el egregio.* Con sólo este *Soneto* ha ganado el título, en que deben confirmarle y ratificarle las edades futuras, a cuya admiración somete el *Quijote* de Cervantes por boca del mismo *Avellaneda,* lo cual es convertir la sonrisa complaciente del soneto pulido en un mentís de cara de perro y de boca de lobo.

¡Y aún queda el rabo por desollar!

***

Con el revelador y honroso soneto del Virrey de Italia termina la época de sinrazo-

nes, injurias y quejas encubiertas. La *Segunda Parte* de Cervantes venció del *Segundo Tomo de Avellaneda,* arrumbándole para siempre en los rincones del desprecio nacional; Cervantes vivió un año aún su miseria y sufrió la persecucion de Lope hasta en su mismo lecho de muerte, según relata en la traza de *Persiles y Sigismunda;* Albión se retiró a Zaragoza; Lemos, a Monforte; Mirademescua siguió frecuentando los centros de actividad literaria: Corrales, Academias, antecámaras, mentideros... y aquí paz y después gloria.

Así debió ser; pero por casualidad cayó en mis manos la relación atropellada de un vejamen que le hicieron a Alarcón el año 1623, en el que lo vapulearon de lo lindo casi todos los poetas célebres en aquel tiempo. Una *décima* de *once versos* compuesta por Mirademescua, el 0,50 de *Avellaneda,* solicitó mi atención con requerimientos obstinados.

La examiné cuidadosamente y me persuadí de que tenía gato encerrado. Dos versos, que subrayaré al trascribirla, fueron los delatores de *la traza*, y la traza se ostenta en ella con el mismo despego de que alardeó el arcediano de Guadix ante la vida y las obras del Manco de Lepanto. Préciase Mirademescua de haber *inventado el escribir de consuno* y pide por la invención su

correspondiente barato. Esta declaración y el texto de la *traza* vienen a confirmar lo ya confirmado y ratificado en sus libros: que Mirademescua y Albión fueron los autores del grave y descocado hurto que a Miguel de Cervantes se hizo. He aquí la décima:

VEJAMEN A ALARCÓN

Del doctor Mira de Amescua

Alarcón Mendoza Hurtado
don Juan Ruiz, ya sabeis
que la mitad me debeis
del dinero que os han dado.
Porque soy el que ha inventado
el componer de consuno...
– No pienso daros ninguno.
—Si las leyes son iguales
esa cuenta no es muy diestra,
pues cada comedia vuestra
no saliera a doce reales.

La traza no puede ser más clara, ni más exacta, ni más elocuente. Dice así:

TRAZA

De mi vida: Huve componer el segudo D. Quijote de la Mancha *a medias co un aragonés, Leonardo Albion, y hubimos de-*

dicarle, en su oportunidad, al insine Code d Lemos q no consintió en recibirle si no se reservaban los dos nombres, sin q se sepa todavía el por q desta rareza. No se sabe amase a Zervantes.

Don Gabriel Leonardo de Albión y Argensola, que no era el menos padre de todos los que hicieron aquel libro, sino el que cargó con la penitencia de haberlo compuesto contra mil detracciones y merced a mil agravios, publicó allá por el año 1634 las *Rimas* sotiles de su padre Lupercio y de su tío Bartolomé. Púsoles al frente una *Dedicatoria* al Rey y un *Prólogo* que debiera excusar, ya que no revela nada nuevo, ni él se revela, ni es más que «tripa». Lo que va por dentro es otro cantar. Sospeché que estuviese escrito con traza, y como en América no es fácil encontrar libros raros de amena literatura... a Madrid me vuelvo. Salté el inquieto océano y me colé en la Biblioteca Nacional. El señor Rodríguez Marín, con la cortesía que le acredita y ensalza, me facilitó el libro y habitación caliente donde yo pudiera husmear su texto a todo talante. Convencido de que la *Dedicatoria* al Rey tenía tripa, y que el *Prólogo* proseguía por dentro la intención doble de la *Dedicatoria,* busqué un hombre bueno que me asistiese en tal cuita, ya que yo con 39,2 grados de

calentura y una muy desusada perturbación de mis pulsos—que, como se ve, no concluyeron en efemérides—no podía tomar la pluma.

Encontréle hidalgo, y navarro de gloriosa añadidura. Estudiaba la carrera de Telégrafos, aprobó y está ahora en la montaña machacando piñones, como yo los machaqué gloriosamente en mis verdes, que aún no están maduros. Dios le pague al buen Garijo su gallarda bondad.

Copié la *Dedicatoria* y el *Prólogo*, di media vuelta, y a la Habana me voy. Con estos mimbres y el buen tiempo que en la Perla de las Antillas me volvió a la normalidad acompañada de mis pulsos, descifré el último enigma de este otro 0,50 de Avellaneda, curiosísimo por saber lo que decía de Cervantes, si acaso de él trataba, a los dieciocho años de rendir su alma a Dios el atenaceado y escarnecido, pero nunca humillado genio de nuestra raza.

Estas confesiones de Albión son luminosas y fuertes, ya que en aquellas fechas no era fácil le fuesen a la mano si acaso la *traza* se acreditaba como el mentir de las estrellas.

Copio «ad pedem litere» la *Dedicatoria* de las *Rimas* que Albión dedica al Rey por si algún lector paciente y pío gustase de contrastarla con *la traza* que va más abajo:

«Señor:

Aunque el Secretario Lupercio Leonardo, mi padre, i el Doctor Bartolomé Leonardo su hermano evitaran siempre la impresión de sus versos: no afectando humildad (presupuesto que no parece que debe ser juzgado por arrogancia el conocer uno en sí aquello bueno de que Dios le dotó) sino porque nunca se dieron a este género de letras con otro fin mas que de excitar el ingenio, he tenido por conveniente (más antes por necesario) no seguir en esto su dictamen, sino librarlos, dándolos yo a la estampa, del riesgo a que están expuestos de salir a luz con los daños que generalmente padecen las obras manuscritas que no se reciben de sus mismos autores.

Y para que consigan la misma honra los pongo a los pies de V. Majestad, a los cuales yo también me postro, no sólo con la reverencia que debe un vasallo fiel, sino con el afecto a que me obliga lo mucho que V. Majestad ha favorecido siempre los escritos de ambos hermanos. Guarde Dios a V. Majestad como sus vasallos deseamos i la Christiandad ha menester, etc.

Don Gabriel Leonardo de Albión.»

La grave acusación que se encubre en *la traza* está perfectamente desarrollada por Albión, que, como no escribiera en su vida

cosa de más sustancia, ni de menos, que esta *Dedicatoria* y este *Prólogo*, amén de su culpable contribución al *Quijote* de *Avellaneda*, pudo tomarse, y se tomó seguramente, todo el tiempo que quiso, ya que en su mano estaba el escudillar.

He aquí la interesantísima *traza* de la *Dedicatoria* de las *Rimas:*

Esto es d mi vida: en la q uve recibir no pocos desengaños del dotor Mira d Amescua al q mi buen padre nombrase Secretario del Virrey d Italia, Conde de Lemos, por creerle un perfeto caballero. Sus propósitos eran monopolizar el gobierno. Uve d enojarme con él puesto q uve averiguado q nos ofendiese quando se opuso a q yo continuase en el cargo d secretario q dexase vacante el inesperado, hororoso y triste envenenamiento d mi padre; envenenamiento del q, según creo, no está inocente su hororoso secretario. Las leyes no le alcanzaron puesto estuviese de su parte los xueces d toda España llegando en su cinismo a alegrarse d la muerte. Sus maniobras no se supieron hasta que él mismo sin q nadie lo apurase me confesó los graves cargos con q me puso de mala inteligencia con mi protector. Los buenos deben olvidar las ofensas en el ato quando ellas no oculten la falacia como uviese guardarla la q me debe mi amigo espantoso Mira d Amescua.

No he hecho uso de mis investigaciones quado uve saberlo gracias al deshoroso entremetimiento d algunos de sus deudos.

Como ve el lector, la pintura que hace Albión de su compinche Mirademescua es de mano de maestro. La contumacia del arcediano de Guadix lo hace repulsivo a los ojos de la posteridad, ya que con osada audacia asegura que el conde de Lemos no amase a Cervantes, y conociendo la historia del falso Avellaneda, no se explica el castigo que a él y al hijo de Lupercio les impuso el Buho Gallego, obligándoles a dar a luz un hijo hospiciano que circuló por España, solapado como villano y afrentado como ladrón.

El *Prólogo* es, a mi propósito, de más valía en la *traza*. Del texto visible hago gracia al lector, ya que su literatura es árida e insignificante, su estilo seco, sin jugo y sin verba, sus conceptos alambicados y pobrísimos y su importancia nula. Aunque prescindo de publicarlo por no hacer interminable estos trabajos, que tocan ¡ya! a su fin, siempre estoy pronto a contrastarlo en público en ocasión que se me dé y que valga la pena.

TRAZA EXACTA DEL PRÓLOGO DE LAS «RIMAS»

Esto es d mi vida: la cual carece d interés, puesto q desde la dolorosa y hororosa muer-

te d S. E. el Conde de Lemos acaecida en una prisión, todo mi trato lo guardo para mi familia. Rezo por el egregio político q uve venerado tanto, ya q él se lleve el horible secreto. No me propaso a dezir lo q an mal hablado, puesto asegura murió de repente, envenenado, sin q se le permitiese despedirse d su madre, q solo lo logró en los instantes en que el glorioso Virey agonizaba, despidiéndose d ella. Tanta era la adoración d sus familiares por el Conde, q todos se asustaron, y huvo disgustos para verlo y poder decir lo q pudiera pasarle. El empeño q uvo para ocultarlo fué causa q moviera a la Condesa a sospechar un envenenamiento. Xuzgo q el ororoso suceso pudiera ocurrir sin preparación, pues la madre no mentó cómo el hijo expirava.

Esto es d mi vida: La envidia q el poco hábil secretario Mira d Amescua hubo sentir en su alma d los libros q publicase en su vejez el espantoso asesino d Ezpeleta y del q uvo abusar en Sevilla del dinero q sus amigos dejaron en las arcas nacionales, ya q lo pusieren como fiadores y hubieron cancelar con ello mucho menos q lo q él defraudase, me indispuso con el escelente y no poco pendenciero autor. Huve acusarle q cometiese los más graves delitos, d q me pesa, ya q uve querido anonadarle sin tener derecho, d acuerdo con lo qual me propuso co-

poner un libro q no debió componerse, puesto q desde q se haya vivo el autor y a nadie ceda su invenzión está patente el derecho q le conzede el Privilegio. *Como pasasen las causas q nos movieren a oponernos a q quedase vencedor el desdichado, de cuya anzianidad hemos abusado, pésame mi abuso.*

Esto es d mi vida: la q espero no tarde en acabar. Vuelvo a buscar entre la inutilidad d mi vida algun suceso digno y vuelvo a hablar d mi infeliz obra D. Quixote de la Mancha, *en la q tienen no poca arte el indigno Secretario Antonio Mira Amezcua y los poetas q fueren a Nápoles con el Virey, pues q todos hubiere referido lo q ellos supieren hubiese humillar el buen ingenio d Cervantes. Tales indignos despropósitos se hubieron escrito q uve advetirles d la responsabilidad q si el autor les demandase tuviesen q atender. Todos contestaron encontraban enojoso el intencionado e ingenioso libro d Miguel Cervantes el qual fué despreciado desde su publiçazión y por q al daño d sus amenas aventuras amenazaba agregarse el que él se viere en Italia ya q se lo hubiere ofrezido el Virey. En quanto el celebrado manco se puso al habla con los q le envenenan y persiguen, cediendo a lo q fueren confesaron q todos tenemos parte en el grave pecado q huve en penitencia.*

Esto es d mi vida: no me propongo hablar

en favor mío, ya q en el libro Segundo Tomo de D. Quixote *se halla la esplicación en esta traza... Fuese el gusto de ellos o que Cervantes les ganara la voluntad, es lo mismo; es un caso q se pretendiera hacer insensible y se acabase diciéndoselo, agravándolo así, pues creyeron con sus tretas servirse, puesto se sustraían a las palabras airadas dl manco Cervantes, sin sospechar las tretas q él usare defendiendo sus intereses sin mostrar sus intenziones. Me es muy penoso reprender a los q hube preferir. Si cada vez q pidiese algún jurameto tuviese un Cristo presete, tal vez se hablara co más cuidado. Tan fuerte es este caso d abuso y las hablillas ubieron legar a tanto q cada dia trae el Conde d Lemos avisos dl manco q hubo amenazarme con acudir ante el Soberano, puesto me qulpa a mi solo d seguir sus curiosos libros, q son suyos mientras no se acabe el tiepo por q sacase su tan cacareado* Privilegio. *Nunca dudé q tuviese razón; no sostengo lo contrario: si se sacara* D. Quijote *se dañarían sus derechos honrosos: no lo sacaré ahora.*

***

Aquí terminan las confesiones de D. Gabriel Leonardo Albión y Argensola, y aquí puse punto a mi investigación del asunto misterioso del *Quijote* de *Avellaneda*.

Téngola por la más acabada y elocuente que pudo soñarse. Si acaso crees, hermano lector, que algo vale y que algo se me debe, págamelo ya, que por averiguar este misterio, en el que se estrellaron los más altos ingenios españoles y muchos extranjeros, amén de apagarse las luces de mis ojos, reduje a retiro mi vida pública; a austeridad, la alegre y vana; mi comodidad, a estrechez; mi popularidad, a olvido, y la alegría del vivir fácil y cómodo, al dolor de una lucha de apreturas, sobresaltos e inquietudes. Propúseme no cejar en mi alto y patriótico empeño de noche ni de día, y no cejé; pero por la noche o por el día era necesario y urgente ganar el pedazo de pan que los míos habían menester para ir tirando hasta que yo pudiese fijar esta maravilla en letras de imprenta y darla al orbe en un alarido de jubiloso regocijo. Y esto fué dolor; pero no fué descaecimiento ni humillación. Cuando necesité una mano buena a que asirme en los días malos, el general Mario Menocal, presidente de la animosa y gentil República de Cuba, me la tendió hidalga y noble. Déjame, lector hermano, que ponga aquí todo el fervor de mi reconocimiento a Cuba y a los buenos cubanos, dame albricias y *¡Dominus tecum!*

CONTESTANDO A LOS IMPUGNADORES

ACLARACIONES

Cierto día, llegando yo a la Puerta del Sol, ví que mi decidido devoto Domingo Blanco departía con un elocuentísimo diputado por mi pueblo. Estuve paseando a la capa mientras duró el diálogo, y cuando el caballero se fué, vino Blanco a mí y confirmóme que aquel era Vázquez de Mella, y que decía, refiriéndose a un particular de mis andanzas, que la muerte del alguacil Sigura, atribuída por mí a Cervantes, no llevaba camino, ya que el que mató al dicho alguacil fué otro Miguel Cervantes, de Alcázar de San Juan...

Existió, en efecto, ese Miguel Cervantes López, de Alcázar, y está *perfectamente comprobado* que nació en 1558; la muerte de Sigura ocurrió en 1569... No pudo un niño de diez a once años tomarse con un alguacil a cuchilladas y romperle el cráneo y

arrancarle la vida, porque entonces los niños de esa edad no usaban espada—y si la usaran cualquier perro les meara la contera—y los alguaciles no se dejaban sopapear tan gentilmente de los mocosuelos, más ocupados en acibarar las horas del *Licenciado Vidriera* para obligarle a argüir, que en dispersar a mandobles las rondas de corchetes alguacilados.

Cervantes, el glorioso y único Miguel de Cervantes, cuenta el suceso con todos sus pelos y señales y lo deplora y no se asusta de él, y pone al juez bárbaro cual digan dueñas avinagradas. No copio el texto *de su puño y letra* porque vine al solar suebio a besar a mis hijos y a jugar con ellos a los payasos, y dejé mi bagaje de erudición en la freidera madrileña; pero a la memoria, a salvo la puntualidad, diré lo que dijo Cervantes:

«*...Quisieron prenderme bajo pretexto que mi amo el Cardenal Acquaviva había faltado de palabra a un hijosdalgo. Saqué la espada y huyeron todos. Así hubiera terminado este lance sin que nadie me ofendiera ni yo ofendiese a nadie, si no hubiera salido de una casa el alguacil Sigura y me acometiese con un horroroso fierro ardiendo, atacándome y cercándome con tal decisión que hubé tirarle nna cuchillada, sin la cual nada ni nadie hubiese sido parte a salvar mi vida del fierro del horroroso alguacil. No me*

asusto dello. Hice lo que otro hubiese hecho en mi caso...»

A mayor abundamiento, pongo a la disposición del Sr. Vázquez de Mella el cap. IX de *la traza del Quijote*, en el que el manco, el gago, el Cristo de la literatura, cuenta, con el donaire que subyuga al mundo, este desgraciado suceso que torció el rumbo de su existencia y de su dicha.

Si el Sr. Vázquez de Mella se conforma con mi explicación y con mi ofrecimiento, miel en hojuelas; si no se conforma, apuraré el motete, que aún hay sol en las bardas. Y en caso de disconformidad o discrepancia, sepa el batallador diputado por mi pueblo que ello no será obstáculo para que yo le dé mi voto cuando lo tenga y cuando no se presenten en la lid electoral y frente a frente de su candidatura el bueno de Alvarez Valdés o el bonísimo Pumariño, que no olvidan al que—aunque indigno—les acompañó en sus buenas obras de camaradería cuando ésta se llamaba «correr la tuna».

Por apurar «la consonansia», como dicen los catalanes, he de decir que en Madrid se dijo, y se dice aquí, en Caldelas de Tuy, que yo aseguré que Cervantes no había sido manco en Lepanto, sino en Madrid, por virtud inflexible de la airada sentencia. Temí haber escrito mal, ya que en Caldelas y en Madrid se lee bien; rebusqué el texto de la

bulla, halléle, cópiole y ratifícole. Dice así lo que yo dije:

Siendo paje de Aquaviva, en Madrid, mató Cervantes al alguacil Sigura de una gran cuchillada... Aunque el lance fué en defensa propia, el juez condenó a Cervantes a que le cortasen la mano derecha. Ausentóse a las partes de España, y por fin alzóse de ella el desgraciado mozo; pero ausentóse solo y alzóse solo, por su cuenta y riesgo. No era posible que un cardenal tan diplomático como monseñor Julio Aquaviva aumentase su servidumbre con un extranjero que había muerto a un corchete, ya que ello, en tiempo de Felipe II, y en cualquier otro tiempo, más parecería amparo de delincuentes que protección de ingenios. Entre la luz de Italia y las sombras del cautiverio de Argel, prescribió la sentencia; pero Cervantes tuvo siempre buen cuidado de hacer constar que su manquedad había sido en la gloria de Lepanto, temeroso de que si otras edades descubrían la *Real Provisión* pudiesen creer que su estropeamiento era hijo de la sentencia y obra del verdugo.

A otra cosa.

***

He recibido algunas cartas en las que se me advierte, en son de queja, que el *doctor Thebusen*, no recordado por mí entre los

honrosos cervantistas andaluces, lo es, y de nota. Lo sé, y le rindo sobre la marcha, mi respetuosa pleitesía. No pude olvidarme, ni podría quien se precie de haber leído algo curioso, jugoso y puntual, del celebrado, original y agudo Pardo de Figueroa, que desde su Huerta de la Cigarra, en Medina-Sidonia, nos enseñó las más graves menudencias del servicio postal y nos aclaró misterios de la habla castellana, amén de iniciarnos con apasionada constancia en el amor a Cervantes. Desde sus artículos del *Señor* y el *Don* en *La Ilustración Española y Americana* de hace treinta años, hasta sus poco conocidos y menos celebrados *Anuarios postales*, modelos de su curiosa perspicacia y de su amena sabiduría, he gustado y regustado cuanta literatura del *Dr. Embusthe* ha caído en mis pecadoras manos. No le cité en mis citas por no ser prolijo y por no copiar a cada repiquete la lista de pasajeros del cervantismo. Sé, y huélgome de decirlo, que al *Dr. Thebusen* hay que echarle de comer aparte y hay que citarle con tres y repique. Al decir, como dije, que a los andaluces buenísimos de 1600 les debemos el *Quijote*, y a los tan buenos de 1900 la *Biografía* de Cervantes, incluí *in mente*—mal pecado—entre todos estos buenos a los que cité y a los que omití. Entre los omitidos está el celebrado y agudo *Doctor*, que don-

dequiera sea citado u olvidado será cabeza. Vaya hasta la Huerta de la Cigarra toda mi devoción.

***

Dije en mis artículos sobre el *Quijote* de *Avellaneda:* «... A través de tres siglos *manda* Cervantes que se publiquen sus «Memorias». Los que la pujan de leer entre líneas y la pican de perspicaces quisieran que este desdichadísimo *manda*, subrayado como está y remitido al mandato de hace tres siglos, indique a las claras que en mis andanzas anda muy acreditado el *espiritismo...»* *¡Fugite, partes adversa!* Nunca asistí a evocaciones de ultratumba, porque, además de tener miedo a los muertos, paréceme cosa que desdice de la cultura y de la religión de Cristo, que profeso, eso de llamar con los nudillos a las puertas del otro mundo para preguntar a las ánimas en pena cómo andan por allá de mujerío, o si hacen llagas las bragas de la muerte, o si la vida de acá la vivieron a trompetazos o en plena paz y mansedumbre. Desde que oí asegurar a un compañero de *El Día,* de la Habana, que él es el Hermano Mano, en cuya ergástula craneana aposentó el alma de un médico japonés que en sus días terrestres sangraba al Nuncio y ponía ayudas al Preste Juan, díjele al espiritismo: *¡Fugite, partes adversa!*

Cristiano soy a la asturiana; creo en el *Credo* como el *Credo* manda, sin propasarme a mayores y sin creer otras exaltaciones que el *Credo* no acredita. Y no se me hurgue más, que se me verá el pelote...

A DOMINGO BLANCO

Pasado ya mi *período de prueba,* no hay para qué escriba yo tan largo y tendido como hasta ahora, lo cual aseguro a ojo de buen cubero, interrumpe, trastueca y desordena el texto interesante de que los muchos lectores nutren su curiosidad devoradora. Aún queda el rabo por desollar y, además, *in caude venenus.* A punto y seguido enviaré a usted la continuación de éste, en la que aclararé que yo hasta la fecha, y desde la Cruz, no hablé todavía de las *Memorias* de Cervantes, sino de *un punto* en discusión y en averiguación desde hace un siglo: del secreto del *Quijote* de *Avellaneda.*

Otrosí.—Digo que le agradeceré a usted me remita y tenga al corriente de cuanto de este asunto se diga o se escriba, ya que yo estoy presto y pronto a contestar objeciones, a desvanecer dudas, a corregir errores y a atender y a contender con cuantos replicadores pertinentes repliquen de buena fe a

mis aseveraciones. Si usted piensa en el peso de estos encargos, piense también que a tanto se obliga quien, conociendo el fin de Cristo, se ayunta espontáneamente el cargo—sin nómina—de Cirineo. Siga usted en su hidalgo papel de mi valedor más inmediato y de mi más reflexivo devoto, que por lo menos se lo dirán de misas si perece usted en la demanda. Su apoyo leal me fortifica; sé que si hubiese lugar a la crucifixión y si yo murmuro en el éxtasis del martirio la amarga palabra *¡Tengo sed!*, será usted el que refresque mi espíritu sin vinagre ni hieles, y el que rogará conmigo, si hubiera lugar a que yo exclame con el del Gólgota: *¡Perdónalos, Señor!...*

Pero lo mejor será que este maravilloso asunto vaya sobre ruedas para bien de todos y que de él se derive una mayor gloria para las gloriosas letras hispanas y una satisfacción de por vida para usted y para este su seguro servidor, que no firma con una cruz porque sabe firmar, como un gerifalte, con todas las letras de su nombre.

Y, repito, *¡Dóminus tecum!*

LOS IMPACIENTES

Algunos, que no quiero decir, se consideran defraudados en sus esperanzas, porque

yo no les descubrí de golpe y porrazo, como quien enseña al que no tiene nada que ver con las témporas ni nada que las témporas le vean, las «Memorias» de Miguel de Cervantes. Apenas tuve tiempo de firmar y refocilarme por el éxito de mi primer artículo, cuando un *Corresponsal* de aquí para provincias hizo gemir las ondas hertzianas, si si ya no fué el telégrafo «pedáneo», que es ahora el Morse, anunciando *urbi et orbe* mi fracaso, y que era vaciedad lo que yo creí preñez. Un *Corresponsal* puede equivocarse, y, si quiere, debe desacertar en esto y en lo de cómo el huevo parió la gallina, sin que le vengan a la mano ni logren tenerle en buenas la razón, la justicia y el santo temor a Dios. No tiene importancia esto, y déjese.

Pero sí la tiene, y elocuente, el hecho de que otro autor—autor, por no citar nombres—, de reconocida sapiencia y de bien propuesta ejecutoria, se nos haya venido con la salida de pavana de anunciar a pregón y a tambor batiente que ya tenía escrito y en las cajas un artículo *contra* Atanasio Rivero, antes que Atanasio Rivero haya echado ante el público la cuenta de sus habas contadas. Lástima es que no le haya publicado tan a destiempo, para replicarle yo a la hora horada, ya que a mí, *en asuntos literarios,* me gusta saber pronto y claro «cuánto debo y quién lo cobra; porque pago a tocateja». Y

más, que tanto trabajo y apretura cuesta replicar a un fraile descalzo, de cabeza monda, como a un poeta pelón, estrecho de pecho y bragado.

El no haber dicho yo oxte ni moxte respecto de las «Memorias» de Cervantes, responde, como dijo muy bien mi primera lanza Domingo Blanco, a un plan cuidadosamente preparado. Con todo, si yo hubiera prometido dar las «Memorias», memorias tendría el lector curioso que le hincharan las medidas, ya que estoy en posesión de ellas, y son—como que son de Cervantes—donosas, realistas, leales y tan amargas y desconsoladoras que ponen carne de gallina. Consideré que este grave negocio requería una sanción oficial definitiva, y existiendo en España una entidad literaria tan gloriosa como la Academia de la Lengua, a ella me someteré y a su laudo me atengo.

Los avisados, los amantes de Cervantes y de sus obras de maravilla, han visto ya por dónde viene la gloria y cómo pueden ser habidas, sabidas y gustadas estas «Memorias», que no quiero aún poner en concejo por evitar que *los impacientes* me roan el zancajo y se den un filo en su vituperio... ¡Mañana ayunará Gálvez!...

Los hombres que saben algo de lo que traigo en mi zurrón quedáronse atónitos y suspensos al oir de mis labios las *maravillas*

de lo que Cervantes, primero, y *Avellaneda,* después, llamaron libro inverosímil. Estos hombres están al acecho de la verdad, para declararla, y a la espera de la mentira, para escarnecerla. Yo paso por su lado tranquilo y contento, sin apresurar el paso ni dar traspieses; firme en mi convicción, seguro de mi mismo y un poco orgulloso de traer allá adentro algo divino porque la patria me alabe y note de bueno. Y no necesito más. Si los *impacientes,* los que quisieran taparme la boca antes de que termine de desarrollar metódicamente mi programa, y si los que me empujan a que sólo en una palabra diga yo todo lo que en largos años junté en mi hucha espiritual, creen que vine a España a pedir ayuda de costa y a llevarme los cuartos, engáñanse de medio a medio: traigo las «Memorias» de Cervantes, la obra insospechada y primorosa del genio de la literatura española; vine a mostrársela a la España culta y a la opinión de buena fe. De la opinión iletrada, de la que pone el corazón en sus resoluciones, respondo: está conmigo. Sabe de la fuerza creadora del *raro inventor* y no le asustan las maravillas, por maravillosas que sean, de su héroe más admirado. Los que saben, callan discretamente y esperan. Como su juicio ha de suponer una consagración definitiva o una repulsa radical, meditan y caminan con paso quedo y espíritu reflexivo.

Así los quiero, ya que la baraúnda de parabienes sin meditación ni estudio no dejaría en mi espíritu otra huella que la del paso de una mascarada vocinglera y ramplona. Pero estos que se retraen, y de estos los que sistematicamente niegan que la maravilla sea de Cervantes para echarla sobre un trabajado e hirsuto intelecto, me han tendido sus brazos y me han dado albricias... A eso vine con la carga intelectual de un trabajo que espanta: a llamar a vuestras conciencias, a solevantar vuestros corazones, a pediros albricias que fortifiquen mi ánimo, a pediros vuestra sanción y a recibirla entre vuestros brazos, cerca de vuestros pechos...

Para juzgar mi obra no es necesario ser cervantista, ya que este grave negocio fué desconocido hasta ahora de frailes y legos: basta tener inteligencia, corazón y buena fe. La fe popular se ha puesto a mi lado y estoy satisfecho. No tardarán los que estúdian y meditan en unirse a la opinión y en darme ánimos para llevar a término la grandiosa obra, la que ha de admirar al orbe y ha de aportar al acervo genial de Cervantes la calificación de maravilloso, que nada ni nadie en el mundo y en el tiempo podrán disputarle. La grandeza de este asunto, espanta... La reacción no se hará esperar, y dirá su palabra honrada y definitiva. Sereno, feliz e impávido la espero en este lugar apacible,

jugando a los payasos con mis niños mientras me fortifico para la lucha que, aún no principiada, amenaza ser cruda y acaso amarga. Tanto monta.

Para muestra de las «Memorias» de Cervantes os di el botón de *Avellaneda*. No me obligué a más; no me pidáis más por ahora. Ya os dije, hermanos lectores, que mi plan lógico y metódico ha de desarrollarse pleno de lógica y de razón. Con otro unto no rueda mi carro. ¡No empujar!... No empuje el *Corresponsal* ni el literato que venía lanza en ristre con un papel en la lanza escrito contra Atanasio Rivero... ¿Contra *mí* por lo que dije, o contra lo que dije, porque no dije más? Vamos paso, vamos paso. Es inútil querer alcanzar y pasar la borrica del señor Miguel de Cervantes, *que es algo que pasilarga...*

PARA EL SR. ICAZA

El artículo que el Sr. Icaza opone a mis conclusiones respecto del *Quijote* de *Avellaneda,* no merece que yo pula mi estilo y pida prestados a la eufemia vocablos sutiles y sonoros que atenúen y alivien las asperezas de la réplica. El lugar en que me hallo y la presencia ante quien estoy tienen y atan las solicitaciones de mi desabrimiento; pero, pues la primera virtud del polemista es la

ecuanimidad, conservaréme ecuánime, a pesar y despecho de los que quieren hacer bastarda pepitoria del grave negocio que me trajo a España. Contesto, pues, la morondanga del Sr. Icaza, para que los lectores de *El Imparcial* se enteren de que todo ello es morondanga, y no otra cosa, y no para que el Sr. Icaza entienda que le contesto, ya que no vale la pena.

***

Comienza diciendo el ilustre colaborante de *El Imparcial* que «no hay en las literaturas antiguas y modernas muestra de una obra, buena o mala, escrita como *se supone* en esos artículos que el *Quijote* de Cervantes y el de *Avellaneda* están escritos»... ¡Es cosa, señor cervantista, de llevarse una y otra mano a las barbas, que no tengo!... Pues si se conociesen otros libros escritos con *la traza* que yo declaro de Cervantes, y ustedes reputan por mía, ¿qué maravilla nueva sería el *Quijote* sino una imitación servil o un plagio, indigno de la facultad que de *raro inventor le diera el cielo* al astro de nuestra literatura? No vale decir puerilidades ni remacharlas con esta otra grave afirmación, que sólo pudo dictar la soberbia envanecida: «*Tal obra ni se ha escrito ni se puede escribir.*» Ese libro, señor

mío, se escribió, y es el *Quijote* de Cervantes. A mayor abundamiento entre las dos partes del libro portentoso metió el enemigo malo, la bastardía de *Avellaneda,* con el doble fin de rebajar ante el conde de Lemos el alto concepto que Cervantes le mereciese y aumentar a esta costa la valía de su ingenio en el buen ánimo del atildado señor de Monforte. El libro de *Avellaneda* está escrito con la misma *traza* con que Cervantes *compuso* su *Quijote*. Lo demostré y lo demuestro en cuanto escribo o trato sobre el mismo tema. Pero para que vea usted lo aventurado de su afirmación categórica, le pondré ante los ojos el mejor argumento. Tengo escrito y pronto para la imprenta un tomo de *la traza* del *Quijote,* que contiene la minuciosa, leal y realista historia de Miguel de Cervantes, escrita por «aquellas pulgares». Pues bien; *debajo* de esta autobiografía genial y maravillosa descansan con la serena majestad de las cosas muertas *once capítulos de Don Quijote de la Mancha.* Lea usted mi libro, hurgue usted en el anagrama perfecto, y el *Ingenioso Caballero* asomará el lanzón por el entramado de las letras y le recitará a usted el soneto de Amadís, que termina declarando a Cervantes *sabio autor, único y solo,* no sólo por su *Quijote,* sino por el *Quijote* y su *traza.*

Si la alta, sabia y gaya crítica que me

aporrea se encastilla sistemáticamente en la negativa rotunda de que Cervantes *no pudo escribir el Quijote* con la dicha *traza,* habrá de convenir en que pude hacerlo yo; ya que si Cervantes muestra el *Quijote* y oculta su *autobiografía,* yo presento la *autobiografía* de Cervantes y oculto en ella, como *traza,* el portento del *Quijote*. Si quiere usted más, se lo daré mascado.

Niego, cuan firmemente, rotundamente y redondamente se pueda negar, que «*de una página del* Quijote *podrán inventarse infinitos anagramas como los que el articulista viene haciendo*». Si esto pudiera ser, ya se hubiera hecho, puesto que este asunto ha causado, por su grave importancia, tanta sensación en el público que lee y en el público que escribe, que no hay a la hora de ahora café, ni barbería, ni «tupi», ni archivo, ni Redacción, ni biblioteca donde no se haya bailado el «jarabe» al anagrama. Si se encontrase que en una página del *Quijote* se hace un anagrama exacto, tan exacto como los que Cervantes hizo para decir a la posteridad su vida «amagada de olvido», ya la sesuda y honda crítica me hubiera clavado el hallazgo en la frente.

Más pueril y más fantástica es esta otra conclusión del Sr. Icaza:

«Terminada la tirada de un libro, repártese la letra en la imprenta, compónese otro

nuevo y a nadie se le ocurrirá que este último es del propio autor que compuso el primero, aunque el material empleado fuera exactamente el mismo.» ¡Dios me asista! En una imprenta donde haya *veinte mil letras* puédese imprimir un libro que contenga *cinco mil,* acaso sin que se agote el caudal de varias letras, pero pensar que con estas *cinco mil letras* se puede componer otro libro de todo en todo diferente del primero y que contenga también *cinco mil letras,* no se le ocurriera al más esquinado aprendiz de cajista de todos los tiempos. Consulte usted, señor Icaza, no con el regente ni con los cajistas, que soltarían el trapo a reir; consulte con el *motil* más lego, y le dirá a usted el bien de la verdad.

Sólo en un caso puede ocurrir esta maravilla: en el caso que el primer libro se haya escrito con *traza* y el segundo sea la *traza* exacta del primero; pero esta posibilidad la ha negado usted en redondo y no le sirve ahora el cable que le tiendo.

Habla el Sr. Icaza:

«Y viniendo a los hechos, es indudable que el articulista en cuestión, autosugestionado por su propia labor, se engaña en absoluto. Cervantes no pudo decir lo que le atribuye. No lo pudo decir porque las palabras que usa en su nombre, no sólo no son del léxico cervantino, ni del léxico de la época, ni aun

siquiera del vocabulario español corriente hoy día en la Península.»

(Ni «aun siquiera» «hoy día» ¡Cómo apesta el Sr. Icaza a gay saber!)

Lo de la sugestión no está mal inventado para divertir párvulos; pero lo otro, lo que le sigue, acusa la cuidadosa atención de un maestro en crítica gaya. Cervantes no pudo decir lo que dice en sus *trazas*, porque sus palabras no son del léxico cervantino, ni del de la época, *ni aun siquiera del vocabulario español corriente hoy día en la Península.*

Cervantes, Sr. Icaza, escribía la *traza* con un limitado número de letras, y así no podia hacer literatura; la literatura está *encima* de la *traza*, en el *Quijote*. En la *traza* le bastaba hacerse entender, y escribió sus *Memorias* como mejor pudo; sin embargo, en algunos pasajes hay tanto o más cervantismo en la *traza* que en el *Quijote*, lo cual ocurre con la *Dedicatoria* al duque de Béjar, que copiaré cuando conteste al Sr. Oliver, director de *La Vanguardia*, de Barcelona, en cuyo artículo sobre *Avellaneda* corren serenas la razón y la cortesía y se acredita y encarece la importancia de este asunto.

Todas las palabras desentrañadas por mí, y que son de Cervantes, pertenecen al léxico de Cervantes y de su tiempo. Puede usted comprobarlo, ya que dispone de tiempo y de

mimbres... Pero, Sr. Icaza, dice usted, queriendo demostrarme que no sabe usted lo que dice, que las palabras que yo uso en nombre de Cervantes no son *ni aun siquiera del vocabulario español corriente hoy día en la Península.*

No he visto en mis años mayor negación de la perspicacia crítica que esta frase, que tan elocuentemente nos habla del profundo tesón con que el Sr. Icaza trata este negocio. De modo que si el vocabulario que usa Cervantes en la *traza* perteneciese «aun siquiera» al español corriente «hoy día» en España, se pudiera creer que fuese de Cervantes... ¡No, varón ilustre, colaborante consulto, no! Si el vocabulario de la *traza* fuese el que usamos «hoy día», ¿qué mejor prueba de que la *traza* es farsa y la farsa obra de mi pobre magín, aunque escritores inteligentes y discretísimos y no envanecidos la hayan declarado «maravillosa?» Pero no es de «hoy día» ni «aun siquiera»; se escribió hace trescientos veinte años, y la escribio Cervantes en una galera que ocupaba con Mateo Alemán en la cárcel de Sevilla. Póngale usted el sello seco.

Pude decir, y dije, sin duda, que Herrera, Mal Lara y Jáuregui visitasen a Cervantes en la cárcel de Sevilla, y no debí decirlo de Malara. Lo dije yo al correr de la pluma, y *no en un texto de la* traza; el *lapsus plume*

es mío; pero porque se vea que aunque recojo esta vela no la apago, diré que el soneto conocido y honrado por de Cervantes: *Maestro era de esgrima Campuzano*, se refiere a un curioso accidente de la vida de Mal Lara y fué escrito por amistosa apuesta contra otro soneto del *alegre Baltasar de Alcázar*, que debe existir en sus obras poéticas (1). Que Jáuregui hizo el retrato que conocemos de Cervantes es incuestionable, y que se lo hizo en la cárcel de Sevilla eminentemente cierto. En la *Dedicatoria* al duque de Béjar, documento admirablemente cervantino *por dentro*, y frío, falso, anticervantino y deslavazado *por fuera,* y en otros admirables textos de la *traza*, hace Cervantes intervenir «al buen Hernando de Herrera» y a Lope en el ánimo del duque: Herrera, de ángel bueno; Lope, con la perversidad *que malogró el buen suceso y la merced que Cervantes esperaba del duque de Béjar.* Es necesario, pues, resucitar a Herrera por tres o cua-

(1) No dije yo que Malara visitase en la cárcel a Cervantes, sino que habían sido amigos en Sevilla; pero creyendo que Icaza me argüía con verdad, no releí mi trabajo, y de buena fe hice, en descargo de mi conciencia, la confesión que antecede. No me pesa; porque, como todo en el mundo está compensado, dije en mi réplica a Rodríguez Marín que yo ni la *traza* no dijimos *juez* ni *cárcel* de la Macarena, y aunque no dije *cárcel* sí dije *juez*, y allá se vaya mocha por cornuda, cuantimás que el error de *Macarena* por Madalena está en su punto debidamente aclarado. (N. DEL A.)

tro años, o fijar el viaje de Lope a Sevilla mucho antes de lo que se fija... El Sr. Icaza, que parece haber recibido las esquelas de defunción de Mal Lara y de Herrera y criado a sus pechos al mozo Jáuregui, puede hacer este milagro, ya que la condenada erudición no respeta la paz de los sepulcros y obliga a los buenos de la Historia a morirse en diferentes épocas cada y cuando le conviene.

En esto de la farsa de las certificaciones de los sepultureros quédese este alegato. Después diré, sobre lo que resta del famoso artículo del Sr. Icaza, que al fin y al cabo se convencerá, aunque no lo dirá nunca (ni él ni la gaya crítica) de que *la traza* del *Quijote* la escribió Miguel de Cervantes y Saavedra en una galera de la cárcel de Sevilla, en presencia del grave filósofo sevillano Mateo Alemán y bajo la protección del jefe de todos los valentones del Andalucía, Bernardo Valdés Castro, quien, cuando llegó Cervantes a la cárcel, *le rindió homenaje*, *le festejó y protegió y le enseñó a no pagar el barato y a tener paciencia en las adversidades...* Vea el Sr. Icaza cómo en Sevilla hasta los bandidos prestaban protección a Cervantes y a sus obras.

Levantemos el corazón en alto en loor de los andaluces y sintamos que un autor mexicano pretenda murciarle al preclaro genio es-

pañol la novela más gráfica de las «Ejemplares»: *La tía Fingida*, que es la primera que Cervantes escribió con la maravillosa *traza*.

Quede usted con Dios.

***

Pasemos por alto la infantilidad de discurrir si Cervantes era flaco o lucio, tuerto o con pecas. Con los datos fisonómicos que nos lega en el *Prólogo* de las *Ejemplares* se puede reconstruir un loro, un patriarca o un doctor en Medicina. *Avellaneda*—Gabriel Leonardo y Antonio Mirademescua—le llama Holofernes. Como antes se protestaba al pintor la fealdad del modelo, le decimos ahora al fotógrafo amigo que nos enfoca: «¡Cuidado, no salte la lente!» En discreteos vacuos y pueriles no hemos adelantado gran cosa. La fisonomía de Cervantes es, en el retrato de D. Juan de Jáuregui, tal como dice en el *Prólogo* de las *Ejemplares* que es en realidad: «de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada».

«Y cuenta—dice el Sr. Icaza, para demostrar que Cervantes no era feo cuando lo pintó Jáuregui—que esto lo escribía muchos años después de la fecha en que quiere co-

locarse el episodio...» Y pudo haberlo escrito igualmente diez años antes; ya que porque pasasen diez años injuriando la fisonomía de Miguel no dejaría por eso de ser aguileño el rostro, desembarazada y lisa la frente, alegres los ojos y corva la nariz. ¿Cree usted, Sr. Icaza, que cada diez años se embaraza la frente, se entristecen los ojos y se achata la nariz corva? ¡Nunca! Cuando el hada que preside los nacimientos está de buen humor, le tira por la nariz al mocoso y lo hace aguilucho; cuando está de humor pésimo, le calca la yema pulgar en la nariz y le deja por nariz un botón para eterno vituperio del infantico.

En *la traza* de la *Adjunta al Parnaso* habla Cervantes del *miserable Alarcón* muy por menudo y con todos los pelos y señales que denotan al hombre perverso, solapado y cruel. Las infamias cometidas con Cervantes por Alarcón y Lope ocurrieron en 1605, en la cárcel de Valladolid, a raíz del homicidio de D. Gaspar de Ezpeleta. Se conoce este proceso hasta el punto en que la familia de Cervantes se excarcela y queda encarcelado el *Manco de Lepanto*. Aunque el proceso no lo dice, se echa de ver bien claramente en que doña Andrea pide, en nombre de su hermano Miguel, le sean recogidas a éste unas ropas «que tiene en depósito» del caballero muerto, y Cervantes

nunca pensó que su hermana *pidiese* en su nombre gozando él de libertad. Ahuyentado Alarcón, al que quiso dar de palos en la cárcel, y al que libró del buen humor de los presos, «que querían columpialle», presentó escrito al alcalde de Villarroel proponiendo ciertas diligencias en nombre de Cervantes un *José Gaspar*, que sin duda perteneció a la curia valisoletana de entonces...

Las villanías de 1605 las cuenta Cervantes en 1613... ¿Qué tiene que ver que estuviese hecho *El Viaje* desde 1612? Importa tres pepinos. Además, la *Adjunta*, que trata sólo de Alarcón—y de Lope—en la *traza*, es posible se escribiese a la llegada de Alarcón. No olvide usted, Sr. Icaza, si acaso lo presumió algún día, que en *El Viaje del Parnaso* la *Adjunta* es un remiendo. Ya ve el Sr. Icaza cómo pudo Alarcón ser, y fué, pues Cervantes lo dice, la aguja que durante su larga prisión en 1605 hirió más hondo en su entraña.

El hecho de que «el miserable Alarcón» haya sido paisano de usted no le vale para la posteridad; porque para *trazar* verdades, Miguel de Cervantes Saavedra, y para *destrazarlas* y decirlas, yo, paisano, aunque indigno, del gran lisiado, del gran perseguido, del gran atormentado por la envidia de los que tenían nombres imperecederos.

No es exacto que yo mezcle a Alarcón en sucesos anteriores a 1600.

Y no es exacto, por no decir algo más rotundo, que yo traiga a Rodrigo de Cervantes en andanzas de España cuando él estaba en Flandes. Rodrigo fué portador de un reto de Cervantes a Lope, cuando Lope comenzó su labor dramática, que arrumbó la de Cervantes. Esto ocurrió en los años de 1580 a 1584... Entonces no estaba Rodrigo en Flandes.

Rodrigo de Cervantes fué «*fogoso escudero*» de Miguel cuando Miguel tiró la cuchillada al alguacil Sigura, hiriéndole, de resultas de la cual herida murió el alguacil. Esto ocurrió en 1569, y en 1569 no estaba Rodrigo en Flandes... ¿Se va enterando el Sr. Icaza de que todo su artículo es morondanga inflada de gay saber?

Vamos, y vamos despacio, a lo del alguacil Sigura, que esto es más serio y grave e importa más. Antes de comenzar noto que usted escribe entre comillas la frase «Cervantes asesino»... Dejo a su responsabilidad de usted, Sr. Icaza, esta grave calificación, y si acaso la entrecasilló usted aparentando tomarla de mis artículos, yo la rechazo y la devuelvo a usted con toda la intención con que pudo ser concebida, escrita y publicada. Cuando yo hablé de este sensible accidente de la vida de Cervantes, siempre ad-

vertí que Cervantes se batió en defensa propia. Conste, por lo que pueda llover.

En 1569 hirió Miguel de Cervantes al alguacil Sigura. Cervantes lo relata así en *la traza* primera del cap. IX de la primera parte del *Quijote:*

«Esto es lo del alguacil Sigura: Quiso »prenderme baxo el pretesto q mi amo el »Cardenal Aquaviva avia faltado a un hijo-»dalgo. Saqué la espada y, asustados, des-»aparecieron todos antes de q yo hiriese a »nadie ni a nadie ofendiese. Ese fin tuviere »si uno de ellos no me acosare con un ororo-»so fierro ardiendo, sin baxarlo ante mi »espada desnuda, y con tanta decisión q uve »tirarle una estocada para evitar ser herido »sin que nadie fuese parte a salvarme. No »me asusto dello, no dudando hice lo q cual-»quiera uviera echo. El abuso pasa hasta »tanto da en peligro. El alguacil abusó de »su poder y uve de ponerme a salvo de sus »ataques. No pudo matarme, pero no faltó »mucho: tan cerca uvo acosarme su fierro.»

El juez condenó a Cervantes a que le cortasen la mano derecha y a ser expatriado, y Cervantes protesta en los períodos 3.º y 4.º de la *traza* del cap. IX de la primera parte de *Don Quijote*, que dice así:

«Esto es lo del alguacil Sigura: Por pare-»cerme tontería esperar se supiese tan bár-»baro atentado, me acomodé el mismo día

»de soldado raso en una compañía q se es-
»tuviese formando y q avia reunirse en Bar-
»celona en cuanto se cubriesen sus menes-
»teres y terminase de alistar el contingente
»de soldados. Así hubiese salido de España
»si el xuez no hubiese infamado mi dinidad
»arteramente, ya que me condenase a q me
»corten la mano derecha y fuese espa-
»triado»...

***

«Esto es lo del alguacil Sigura: No me
»ofende que los alguaciles, q no conocen la
»ley, hayan apelado a un abogado contra
»un caballero; lo que me ofende es q el xuez
»hubiese apelado igual, sustentando, no sólo
»que yo apalease al alguacil, sino q también
»soy responsable de su muerte. Desdeñando
»tanto furor, hube mandarlo a mala parte.
»Desde q un xuez se propone motexar sin
»respeto a un caballero, todos debemos obli-
»garnos a mitigar todos los abusos q cometa,
»y nunca dejarle abusar de ningún caballero
»ni de ningún page que estuviese limpio de
»falta. El abuso que se hiciere contra la ley,
»ya que no fuere indino, bastará para que
»yo mude patria y familia, como si un caba-
»llero no estuviese seguro en su patria desde
»que a otro mal intencionado le pesase y se
»opusiera a ello.»

¿Comprende ahora el Sr. Icaza porqué a Rodrigo de Cervantes—padre—le convenía probar la pureza de sangre de su hijo Miguel, estante en corte romana? ¿No se le alcanza? Oiga: En aquellos felicísimos tiempos había diferentes leyes—y diferentes modos de aplicarlas—para juzgar a los caballeros, a los fidalgos, a los siervos, a los libres, a los esclavos, etc. Miguel de Cervantes se tenía por fidalgo, y conocía los fueros y las leyes que por su pureza de sangre podía oponer a la bárbara sentencia. Y esas leyes eran estas:

«CÓDIGO DE LAS SIETE PARTIDAS

LEY XV.—TOMO VIII.—PARTIDA 7.ª

Qué pena meresce aquel que mata a otro a tuerto

»A tuerto matando vn ome a otro, si el ma»tador fuere Cauallero, o otro fidalgo, deue »ser desterrado para siempre en alguna Isla; »e si non ouiere de los parientes que descien»den, o suben por liña derecha, fasta el ter»cero grado, deuen ser sus bienes de la Ca»mara del Rey. E si tales parientes ouiere, »deuenlos heredar luego los mas propincos »dellos, bien assi como si el fuese muerto. »Mas si el matador fuesse de vil lugar, deue

»morir por ende, e sus bienes deuen auer sus »parientes, aquellos que han derecho de los »heredar.»

LEY VIII.—TOMO XXXI.—PARTIDA 7.ª

Qué cosas deuen catar los juezes ante que manden dar las penas; e por qué razones las pueden crescer o menguar o toller.

»Catar deuen los Judgadores, quando quie»ren dar juyzio de escarmiento contra algu»no, que persona es aquella contra quien lo »dan: si es sieruo, o libre, o fidalgo, o ome »de Villa o de Aldea; o si es moço, o mance»bo, o viejo: ca mas crudamente deuen escar»mentar, que al libre; e al ome vil, que al »fidalgo; e al mancebo que al viejo, nin al »moço: que manguer el fidalgo, o otro ome »que fuesse honrrado por su sciencia, o por »otra bondad que ouiesse en el, fiziesse cosa »por que ouiesse a morir, non lo deuen matar »tan abiltadamente como a los otros, assi »como arrastrandolo, o enforcandolo o que»mandolo, o echandolo a las bestias brauas; »mas deuenlo mandar matar en otra manera, »assi como faziendolo sangrar, o afogandolo, »o faziendolo echar de la tierra, si le quisie»ren perdonar la vida.»

Como ve el Sr. Icaza no podía el juez de

Madrid condenar a Cervantes mas que a destierro y a la enajenación de sus bienes; pero no a la pena infamante de que se le cortase la mano derecha. Abusó el juez—o no abusó, ya que no se había demostrado ante él la pureza de sangre de los Cervantes—, y su barbarie y la de su tiempo estuvieron a punto de robar a España la reliquia del *Quijote*. Ahora comprenderá el Sr. Icaza por qué a raíz de la muerte del alguacil Sigura, y en rebeldía Cervantes a la sentencia del juez de Madrid, *denunciaba* D. Rodrigo que su hijo Miguel estaba en corte romana, acaso por fórmula curialesca, o ya porque sobre Italia no tenían jurisdicción los alguaciles de Madrid; se trataba de repeler, de anular una sentencia villana, dictada cruelmente contra un esclarecido hidalgo.

La otra versión, inventada por cervantistas pudibundos que ignoran que a la verdad histórica se ha de sacrificar todo hondo afecto retrospectivo, es inocente. Apuntaba Benjumea que aquel Miguel de Cervantes nacido en Alcázar de San Juan pudo ser héroe de algunas aventuras que se le cuelgan al *Manco de Lepanto*, y el descontentadizo y batallador cervantista D. José María Asensio le salió prontamente al paso, advirtiendo que el Miguel Cervantes de Alcázar, *nacido once años* después que el glorioso Miguel de Cervantes de Alcalá, no pudo ser, a la edad de

trece años, el héroe de Lepanto. ¡Muy bien!... Y menos pudo ser, a la edad de *once*, el que acuchilló, en defensa propia, al alguacil Sigura, andante en Madrid.

Todo esto, que es vino añejo en odre nuevo, queda en pie... A menos que el Sr. Icaza nos salga con otra *esquela de defunción*, demostrando que el Miguel Cervantes de Alcázar de San Juan había muerto mucho antes de nacer; que tanto es posible a la alta erudición y a la serena, cortés, comedida y sabia crítica que me aqueja y no me agobia.

PARA EL SR. OLIVER

Porque en el artículo que el Sr. Oliver dedicó al descubrimiento de *Avellaneda*, corren serenas la razón y la cortesía y se acredita y encarece la importancia de este negocio, quiero corresponder a su cuidadosa atención con algunas explicaciones de la *traza*, que yo no puse aún en concejo, y que *insignes* cervantistas, buscándole el pelo al huevo, han declarado a horcajadas en su suficiencia dogmática, ser pelo de cochino.

No admito la paridad entre mis descubrimientos y *El Buscapié*, de Castro. Es *El Buscapié* un libro hospiciano, pobre de invención, ruin de estilo y avieso y presuntuoso de intenciones. Fué lanzado a la plaza

pública con medido impulso y cayó en corro amigo, que le recibió y consideró y comentó como a cosa llovida del cielo. Entre sus comentadores estaba el autor anónimo, y no es posible sino suponer que a su influencia personal y a la sensación de su presencia se debió el buen acogimiento. *El Buscapié,* por sí, no engañaría a nadie: tan raquítico es y tan desmedrado y tan inútil. Mi descubrimiento está sustentado por mí con la visera alta, y es de Cervantes, y él mismo se acreditara por de tan glorioso origen con sus hechos, si ya no se encareciese y firmase por mis dichos.

No puedo admitir que de buena fe se niegue la existencia de la *traza,* ya que los anagramas demuestran *palpablemente* que la combinación o *composición* es verdad indiscutible. Quiero rechazar también la especie, muy válida ya, de que a mi *labor de benedictino* se debe la existencia del anagrama. No hay tal. Los años que yo distraje en este asunto no discurrieron *destrazando* textos; los empleé con verdadero tesón en descubrir la verdad de la *traza,* el *modus operandi* que siguió Cervantes y el orden que yo debía seguir en correspondencia con aquel *modus*.

En posesión de estas circunstancias, el desentrañamiento de los textos es para mí coser y cantar, ya que yo desgrano un

anagrama de mil letras en menos de dos horas, y, por regla general, en una hora y media. Esto no es bravatería: me doy a cata y a cala, y me obligo, naturalmente, a que el anagrama resultante sea cervantino, se refiera a la vida de Cervantes y esté de acuerdo y no desmienta en ningún caso la verdad biográfica conocida por auténtica documentación. *Item más.* Todos los anagramas de cada capítulo del *Quijote* tienen entre sí conexión literaria y de sucesos, y todos ellos juntos refieren la historia de Cervantes, y muy por menudo la de Isabel, desde su nacimiento hasta después de su matrimonio con Luis Molina; los horrores del cautiverio, las prisiones de Sevilla, el homicidio del alguacil Sigura, el de D. Gaspar de Ezpeleta, Lepanto, etc., etc.; con más, además de las etcéteras, los negocios literarios con Lope, desde los corrales madrileños, en los que las comedias de Cervantes se representaban sin ruido de silbos ni ofrenda de cosas arrojadizas, hasta el feo negocio de *Avellaneda,* del que di al público las primicias como el más interesante litigio cervantino de cuantos están sobre el tapete de la intelectualidad curiosa y sabia.

Yo no di a discusión la *traza,* que requiere más detenida exposición y más cuidadosa probanza; ofrecí el misterio de *Avellaneda,*

investigado desde su origen, en 1610, hasta la última palabra que escribió Albión, en 1634; pero los críticos sectarios, como si tuviesen prisa en arrumbar mis descubrimientos, no esperaron a que yo expusiese y explicase mis investigaciones, sino que, saltando por sobre toda discreción y mesura, me atajaron y condenaron en el atajo, sin razonamiento, sin crítica, sin examen detenido ni estudio cuidadoso, *ab irato,* como juzgan la violencia, la suficiencia y el endiosamiento, y, finalmente, me dieron por muerto a manos de Rodríguez Marín, pero el muerto está en pie.

El mismo Sr. Oliver, tan comedido y tan discreto, no paró mientes en el caso de *Avellaneda* ni en las firmes circunstancias que lo acreditan, y que por ende, acreditan la *traza* de verdadera e indiscutible. Y fué lástima grande; porque del examen de los términos probatorios de mis «conclusiones» bubiese concluído el Sr. Oliver, con su amplitud de miras y su espíritu crítico sutil y lógico y gallardamente expuesto, que no hay razón, ni dato, ni indicio alguno que mantenga la candidatura de *Lamberto* a la paternidad del *Avellaneda,* y que es ridículo y liviano el cimiento en que quiso sentarse la de Ali-aga. En cambio, en mi Albión y en mi Mirademescua concurren todas las circunstancias que explican el complejo y misterioso

negocio. Cervantes echaba el fardo de la culpa sobre Albión y aparentaba desdeñar al arcediano de Guadix: entonces, como ahora, cuando un escritor sufre la agresión de dos, escoge para repelerla al más considerado socialmente, al más visible, al que más puede envanecerle o al que menos puede humillarle con su condición de enemigo.

Cervantes dice que el autor es aragonés, y aragonés fué Albión; y cuando escribe *del aragonés* acusa exactamente: *de Argensola;* dice que era *señor,* y señor era el secretario del virrey de Nápoles; dice que el aragonés era moderno autor y que no sabía lo que era *hinchar un perro;* efectivamente, Albión era novato y no sabía lo que era escribir un libro; dice que finge su patria y encubre su nombre; la finge diciéndose de Tordesillas, aunque nació en Barbastro, y encubre su nombre en la *traza* del *Quijote* apócrifo...

Todos los críticos cervantinos han estado conformes en que el *Quijote* de Avellaneda no está escrito de una sola mano: Albión y Mirademescua escribían con dos manos; se supuso que en él tomó parte un autor dramático: la *traza* nos lo da mascado; autor dramático fué Mirademescua; por conjeturas, dijeron muchos atendibles investigadores, que estaba escrito por un hato de escritores enemigos de Cervantes; ahí está el

hato: la Academia de los Ociosos, que, por su distancia de España, explica que se haya guardado mejor el secreto y que el falso libro se haya impreso en Tarragona, puerto donde tocaban los barcos que navegaban entre España y su virreinato italiano.

La indiscreción del conde de Lemos comunicando a los Argensolas y a Lope la *traza* del *Quijote* de Cervantes, acredita la obligación del anónimo, y acredita, más aún, que a Cervantes se le haya concedido *Privilegio* para su *Segunda parte* cuando aún no era pasado un año de la publicación, con *Privilegio,* de la de *Avellaneda,* a pesar de que *Avellaneda* se vió obligado a esperar para la publicación de su libro el término del *Privilegio* que para su *Primera parte* le fué concedido por diez años a Cervantes, por el Rey nuestro señor, y digo *nuestro señor* porque fué Felipe II, el que aún padece España en impotencia y penuria.

Con los *tercetos* del *Viaje del Parnaso* demuestra Cervantes la honda enemistad que le separa de los Argensolas: les llama los *Lupercios,* lo cual va en demérito de Bartolomé y de Gabriel Albión; pero, principalmente, del gordo Bartolomé, enfadoso defensor de su sobrino; y aunque el *Viaje* se publicó después de la muerte de Lupercio, no quiso Cervantes rehacer el texto y borrar el ultraje. Dice en los *tercetos:* que *no*

es grato a los dos hermanos, que *no le han de escuchar* porque tienen para él *la voluntad, como la vista, corta,* que *esperó mucho* y que *no le cumplieron sus promesas:* que podía ser que *ocupaciones nuevas les obligase a olvidar lo que dixeron...* Después hace que Apolo se enemiste con los Argensolas, llevándose a las barbas una y otra mano, porque quieren alzarse *con la ciencia que a ser divinos guía* (la *traza)* y termina interrogando a Mirademescua: *Señor galán, parezca;¿a qué se esconde?¿Qué ocupaciones nuevas* podían ser parte a que los Argensolas olvidasen lo que prometieron a Cervantes? Las ocupaciones de *novelar* y *trazar* el *Quijote* apócrifo.

¿A qué podía esconderse Mirademescua si no fuese a escribir y trazar el mal *Quijote,* a hurto del manco de Lepanto?

En mis *conclusiones definitivas* se vió que Cervantes atacaba a *Avellaneda* en la *traza* de las *Ejemplares*, del *Viaje* y de las *Comedias,* y por eso, y sólo por eso, dijo *Avellaneda* en su *Dedicatoria* que había escrito *contra mil detracciones...* Detracciones, ¿de quién? De Cervantes. Y en el *Prólogo* se queja, o, mejor dicho, se justifica de que Cervantes escogió por medios *el atacar a él y a Lope...* Vea la crítica si en el teatro de Mirademescua hay algo que Cervantes haya atacado en el diálogo del cura y del canóni-

go... Más tarde, Mirademescua, en una espinela horrorosamente mala, confiesa ser *el que ha inveutado el escribir de consuno*... ¿Se quieren más circunstancias terminantes de que el *Qnijote* de *Avellaneda* se engendró en Nápoles y nació en España y de que fueron sus autores Mirademescua y Albión?... Si queréis más, ahí están las *mil detracciones* de Cervantes en la *traza* de sus obras; ahí está la *traza* del prólogo de Avellaneda; ahí está la *traza* del prólogo que el de Albión puso a las *Rimas* de sus mayores... Pero, ¿no creéis en la *traza* y decís que con las letras de estos *prólogos* y de aquellas *detracciones* se pueden combinar toda suerte de discursos?... ¡Niego!

Niego solemnemente que sea posible al ingenio humano desentrañar de un texto prefijo otro texto literario, lógico, de estructura cervantina, de absoluta conexión entre todas sus frases y palabras de modo que respondan a la exposición y desarrollo de una sola idea, y que la lectura resultante explique hechos históricos sin detrimento de la verdad conocida y que contenga exactamente las mismas letras que el texto prefijo, como lo hago yo, sin tardar más de una hora y media en la resolución de cada texto de ochocientas letras.

Dirá el Sr. Oliver si acaso pretendo que sea *imposible* para todos lo que es tan fácil

para mí... No, señor; para mí todo el monte es orégano, porque Cervantes me lo da hecho, y sólo conociendo el *modus operandi* se puede llegar a soluciones exactas y racionales.

Doy al Sr. Oliver dos textos prefijos por si el talentoso crítico, o algún lector curioso, gustase de ejercitar su ingenio:

DEDICATORIA

«En fé del buen acogimiento, y honra, que haze vuestra Excelencia a toda suerte de libros, como Príncipe tan inclinado a favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y grangerías del vulgo, he determinado de sacar a luz al ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha al abrigo del clarissimo nombre de vuestra Excelencia, a quien, con el acatamiento que debo a tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su protección para que a su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudición de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juyzio de algunos que no continiéndose en los límites de su ignorancia suelen condenar con más rigor y menos justicia los

trabajos agenos que poniendo los ojos la prudencia de vuestra Excelencia en mi buen desseo, fio que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.»

TRAZA DE ESTA DEDICATORIA

«No es esta la dedicatoria con q este libro debe ir a las manas magnifs. de S. Ex. el Duque de Bejar. Fué volunta i encarecimiento d sus cortesanos sevillans. q amenazaron no recibille en su agrado el poner este retacillo del ilustre Herera. Así determiné hacello. Pª remate y desgracia vino a la casa d Arguixo Lope d Vega Carpio buscando amparo pª su novela El Peregrino i hube malandanza, pues q a su censura sometieron tambien la dedicatorª con lo q quedé desahuciado. Cierto maldizente autor no conocido Alonso Alvare d Soria copuso un soneto osceno contra Lope d Vega, q aunque ninguno entendio fuese mio, engañando a todos echó sobre mi su venganza y malogró el buen suceso q esperaba y la merced del Duque de Bejar.

A nuevas solicitaciones del buen Hernando de Herera q encarece con interes mi inocencª en esta baxeza y la justicª de mis quexas, huiso el Duque de Bejar clemente e insigne envie a sus geneross. egregias manos este umillado y vencido livro».

DÉCIMA DE LA PRIMERA PARTE

Pues al cielo no le plu-
que saliesses tan ladi-
como el negro Juan Lati-
hablar latines rehu-
No me despuntes de agu-
ni me alegues con filo-
porque torciendo la bo-
dirá el que entiende la le-
no un palmo de las ore-
Para qué consigo flo-?

TRAZA DE ESTA DÉCIMA

«Esto es contra L. d Vega en su libro *El Peregrino*, que no sabe el latin, d suerte que acudió a Latino que le compusiesse alguno a la memoria, con el fin de ponello en la nobela. Y el negro dijo en flema:

¡Pallida mors aequo pulsat pede!»

Una aclaración todavía: Cervantes tampoco acometió ni resolvió *el imposible* de escribir su historia anagramando *textos prefijos:* mientras pudo, respetó los textos, y cuando no pudo más, los alteró. La décima transcripta, incongruente, oscura e incomprensible en los versos finales, lo dice con toda elocuencia... Y cuanto a la *Dedicatoria*, confiese el Sr. Oliver que hay más cervantismo

en la *traza* que en el texto del *Quijote:* parece que se hizo la *Dedicatoria* para la *traza* y no la *traza* para la *Dedicatoria.*

Haciendo el examen paralelo de esta *Dedicatoria*—toda sumisión, acatamiento y negación de la propia valía y de la valía del *Quijote*—y de la *Dedicatoria* de las *Novelas Ejemplares*—altiva, desenfadada e independiente—¡cómo se echan de ver el despecho y el pesar de Cervantes ante la noticia del atentado de Albión y de Mirademescua! Qué claramente le dice al conde de Lemos lo poco que le vale al estropeado autor su protección contra el vejamen de que sus secretarios hacen blanco a su preciado caballero *Don Quijote de la Mancha:* «*Tampoco suplico a vuestra Excelencia reciba en su tutela este libro, porque sé que si él no es bueno, aunque le ponga debajo de las alas del hipógrifo de Astolfo y a la sombra de la clava de Hércules, no dejarán los Zoilos, los Cínicos, los Aretinos y los Bernias de darse un filo en su vituperio sin guardar respeto a nadie.*»

Si los Bernias, los Aretinos, los Cínicos y los Zoilos no eran los *Oziosos,* que no guardaban en este punto el respeto debido al visorrey poeta, y si este desenfado no es despechado atrevimiento, que me lo claven en la frente y que me remachen el clavo a golpe airado de mandarria; porque sé decir que

en toda la literatura cervantina, ni en las cartas particulares de Cervantes, se encuentra un documento donde tan valientemente exprese el glorioso manco su fe en sí mismo y su desesperanza en la ajena ayuda.

Si estas consideraciones y aquellas circunstancias que dije y anoté no valían la pena de que se parase mientes en *mi Avellaneda*, me doy tres puntos y declaro que el inconcebible *Lamberto* y el exótico *Alí-aga* son dos fantasmas distintos y un solo *Avellaneda* verdadero, y tres más.

Unos han dicho que la existencia de la *traza* es *imposible*, que el pensamiento enloquece de sólo pensarlo; otros piensan que sí es posible, y, puestos en este burro, exigen una clave y que esta *clave* responda a unas reglas *matemáticas exactas*, de manera que yo destrace, desgrane o desentrañe los textos prefijos del *Quijote* o del *Rinconete*, guiándome por una tabla de logaritmos, y si no, amenazan que declararán esta *traza* problema sin solución, como el *postulado* de Euclides. Una bicoca.

El ponderado crítico Sr. Oliver, director de *La Vanguardia*, de Barcelona, me pide con urgencia dé a conocer la clave, el *modus operandi* que me guía en mi desentrañamiento... ¡Ah, Sr. Oliver! No puedo acatar su ruego ni obedecer su mandato; si yo diese al público mi *modus operandi* se multipli-

carían los *Avellanedas* y seríamos mil o cien mil, aquí y en América, los desentrañadores de las *Memorias* de Cervantes, lo cual daría margen a una espantosa confusión en detrimento de la buena literatura y en vituperio de mis proyectos económicos... Mi poca o mi mucha fortuna me puso en posesión de este hueso; déjeme usted que le roa, aunque me lo ladren. Apelo a la Academia y la Academia dirá, y si no, lo diré yo y lo dirán las *Memorias* con sus cien o mil referencias comprobables, y Dios loado.

Leyendo el poeta Camín el artículo del señor Oliver, se interrumpió y me dijo: «La única razón que replica a tus razones viene de Cataluña», y leyendo la firma del Sr. Oliver, añadió con unción: «¡Válate Dios por almogávar!»

PARA DOÑA BLANCA DE LOS RÍOS

Mucho antes de que la erudita doña Blanca pensara en dedicarme un cañonazo, y mucho más antes de que decidiera dispararme el segundo, por si el primero no había llegado a darme en la yema, leí yo con reposada atención la luminosa conferencia con que la ilustre erudita hizo merced al Ateneo de Madrid ha una década bien contada. En esta conferencia, en la que el modo de decir vale más que lo que se dice, confiesa con pesar

doña Blanca de los Ríos de Lampérez que los siglos XVI, XVII y XVIII no tomaron a *Tirso de Molina* en su alta consideración dramática, y que sólo en los albores del XIX, «cuando el grito de la independencia despertó el sentimienio nacional, volvieron con él al teatro las comedias del *maestro* Tirso, exhumadas por la noble iniciativa del *ilustre apuntador* de Máiquez, D. Dionisio Solís *consentidas de milagro por veleidades censorias* del pintoresco padre Carrillo, *protegidas por el capricho* de un Rey *chispero*, que dió en reir sus chistes y lozanias...» El cuadro es acabado, y los manes de Tirso deben palpitar en la sombra con vibraciones de agradecimiento al *apuntador ilustre*, al *censor pintoresco* y al Rey *chispero chulapón;* pero más acabada y más *luminosa* es para mí la pintura que merecen a la competencia de doña Blanca la literatura y los literatos del siglo de *Tirso de Molina* que, entre paréntesis, fué acusado por el eminente D. Alberto Lista *de haber falseado la moralidad de su época*. Dice así doña Blanca: «Como si la época de *Tirso* no fuese la época de Cervantes, de Quevedo, de Góngora y Villamediana, la época del naturalismo crudo, de los desalmados vejámenes, de la sátira desolladora, de las novelas picaresca y celestinesca, de la desvergonzadísima comedia plautina... y del licencioso naturalismo rufianesco

en que cayó Lope.» De manera que Cervantes, Quevedo, Góngora y Villamediana fueron crudos, desalmados y desolladores, y Lope, rufián, ya que «*licenciosa la obra, licencioso el autor*», como asienta sobre inverosímiles asentaderas el vulnerable criterio de doña Blanca de los Ríos de Lampérez. Y si es así, si Cervantes el pulcro, el limpio, el pulido, el inmaculado cabe dentro de un costal con Taxis el maldiciente, con Góngora el rencoroso, con Quevedo el sabio, el grande, el desaprensivo, y con Lope el rufián, ¿qué grave inconveniente hay en admitir que pudo denostar a Lope de *perverso* y a Alarcón de *miserable* después de 1605, año fatídico en que estuvo a punto de ser condenado a muerte por las miserables infamias de los dos ingenios *compinches*, y en que fué absuelto merced a la intervención personalísima del arzobispo Sandoval y de D. Pedro de Tapia, oidor del Consejo Real y consultor del Santo Oficio de la Inquisición Suprema?

Yo, señora, no *injurio* a los clásicos; me limito a transcribir lo que ellos dejaron escrito y dedicado a las edades futuras, muy al contrario de lo que hace usted, ya que el diablo no tiene punto por donde no pueda coger y prohijar sus detracciones de usted contra los grandes del Siglo de Oro, Tirso a salvo.

Quédese esto aquí; pero *quédese* en constancia de lo apasionado y ligero de la crítica

encendida con que usted defiende a *Tirso* de ataques ilusorios, y con que me ataca a mí por ilusorias injurias a los próceres que debemos y sabemos amar los que queremos anteponer a la novela de nuestros afectos la rigurosa verdad que hace de la Historia patrona rígida, severa, inmutable, intangible...

Dos artículos dedicó la culta señora doña Blanca de los Ríos de Lampérez a examinar y a rechazar mis *conclusiones definitivas* sobre el negocio de Avellaneda: en el primero, publicado en *El Correo Español,* se manifiesta de acuerdo con el *maestro* Icaza, y en el segundo, publicado en *El Imparcial*, dice algunas cosas que no son y otras que no vienen a cuento, amén de afligirme con el denuesto de que injurio a los clásicos...

A su tiempo rechacé y desacredité las primeras impertinencias con que se me agredió en *El Imparcial*... Puede la señora doña Blanca de los Ríos de Lampérez anotarse el tanto de réplica que corresponda a su tanto de culpa, y en paz y jugando; pero algunos puntos que la ilustre erudita toca y los sambenitos que me cuelga en su segundo artículo valen la pena, por su intrépida acusación, de nueva protesta y mejor probanza.

La señora doña Blanca no me ha leído, y si me ha leído no me ha leído bien. Niego rotundamente haber llamado *bestezuela* a Alarcón; es Quevedo, el verdaderamente

insigne, quien se lo llama en aquel *gráfico* que merece la reproducción inmediata:

«Ayer se llamaba *Juan Ruiz,* añadiósele el *Alarcón;* hoy ajusta el *Mendoza*, que otros leen *Mendacio.* ¡Así creciese de cuerpo!, que es mucha carga para tan pequeña *bestezuela*. Yo aseguro que tiene las corcovas llenas de apellidos. Y adviértase que la *D* no es *don*, sino su medio retrato.»

Esto más, dirá doña Blanca ahora. ¡Rivero llama *mentiroso* a Alarcón! De ninguna manera; es Quevedo, el caballeroso y verídico Quevedo, quien llamó a Alarcón *mendacio*, y por algo sería. No basta leer a los autores de la antigüedad para conjeturar por los conceptos, ideas y tendencias de sus obras que fueron desastrados, austeros o inmorales... Autores conozco capaces de escribir *El segur* y *El Kempis* que no pueden comenzar sus beatíficas labores matinales sin encomendarse a Dios y morder en vientres vírgenes, y otros que, en antítesis curiosa, escriben contra las glorias del cielo y los pudores de la tierra, aman el antro, califican de liviana la nitroglicerina, y no beben si no es chupando agua bendita por hisopo, y no comen si no se les depara oportunidad de hacer colación con recortes de hostias. De las *obras* de Lope no se desprende que Lope haya sido un amoral, y, sin embargo, lo fué, y de relieve. El mismo peregrino inge-

nio nos lo dice en sus cartas a Sessa, y si él no lo dijese lo atestiguaría Góngora con aquellos conocidos y comentados versos:

«Hanme dicho en una carta
que tu *cómica* persona
es en los manteles, *mona*,
y entre las sábanas *Marta*»,

aludiendo a la afición de Lope al vinazo y a su estado concubinario con la adúltera Marta de Nevares, de que Lope hacía chiste y comidilla. *Ergo:* motivos tendría Quevedo para motejar a Alarcón de *bestezuela* y *mentiroso*. Mirademescua le llama «Mendoza *Hurtado*» en la conocida décima de once versos, en la que declara haber sido *el que ha inventado el escribir de consuno;* es decir, *entre dos,* de común acuerdo con otro, como fué cierto que escribió el *Quijote* de *Avellaneda* en bastarda barraganía con Gabriel Leonardo Albión.

Niego, y también redondamente, haber dicho que Quevedo fuese bufón y privado del conde-duque de Olivares; por no ser *ni lo uno ni lo otro* pasó lo mejor de su vida en la Torre de Juan Abad, y murió en ella vencido y resignado del torpe abandono de Osuna y de la imbécil malicia aduladora de su tiempo. Niego haber incurrido en el anacronismo de *colocar* a Alarcón en España cuando

el autor de *La verdad sospechosa* se encontraba en Méjico; pero esto es harina de otro costal; del costal de verdades que dediqué al insigne Icaza y al que remito a doña Blanca de los Ríos de Lampérez, discípula de aquel preclaro ingenio coatzacoalquense, o quier guachinango.

Negar que existe la *traza*, y negarlo sin probarlo, es de ánimos arrojadizos y de ímpetus mozos, y acusarme de que injurio a los clásicos porque de la *traza* de Cervantes surgen epítetos gordos, es injusto. No quiero darle a doña Blanca el disgusto de examinar más detenidamente su conferencia del Ateneo para que después comparemos injurias; su amor a la literatura, su dedicación á la del Siglo de Oro y su pasión por *Tirso* disculpan en parte su acometimiento y la hacen acreedora a todo respeto y distinción. Sólo diré de lo que me dice de *Gabriel* Téllez que lo que a ella le parece yelmo de Mambrino, a mí me parece bacía de barbero y a otros les parecerá otra cosa, y que de la discusión de este «motivo» no habríamos de acabar llamándole, *de consuno,* baciyelmo.

Para terminar, felicito a doña Blanca de los Ríos de Lampérez:

Por su descubrimiento de que *Tirso de Molina* era un señor con toda la barba, o con toda la sotabarba negra, lo que le hace ídolo trigueño de la briosa escritora;

Por haberme regalado con su descubrimiento en pago del que yo hice y comuniqué de que *Avellaneda* se llamó en el siglo Albión y Mirademescua, y

Por habernos dedicado, a mi intrépido entrenador Domingo Blanco y a mí, el artículo de *El Imparcial,* en que me rechaza; porque aunque es verdad que me repele con más pasión que razonamiento, se descubre en él como hábil polemista, como respetuosa contendiente y como la más castiza y entusiasta pluma que rinde pleitesía eterna a uno de los grandes de nuestros inimitables del Siglo de Oro, entre los que figuran, en lo más alto de las avanzadas, Alarcón y Tirso, aunque yo descubra que al primero le llama *miserable* el genio atormentado de nuestra literatura, y aunque siga creyendo, como creo, que la literatura de *Gabriel* Téllez fluye plácida e insignificante de un cerebro anémico que no recibe oleadas de sangre del corazón. Sobre este *motivo* no llegaríamos nunca al baciyelmo.

Beso los pies a la ilustre escritora doña Blanca de los Ríos de Lampérez, y la envío con mi devoción cierta mi agradecimiento ilimitado por haberme descubierto que Téllez se llamaba *Gabriel*, circunstancia que no supe en veinticinco años de continuo peñolar, que sabían en su tiempo todos los perailes y porquerones y que sabe hoy cual-

quier *randa* que no sepa lo que es péñola; y no defiendo de sus *ataques* mi *Avellaneda,* porque la insigne escritora se olvidó de él en alas de su *sensacional* descubrimiento de que Tirso era barbado en negro, de lo cual quiere deducir que era escritor de pelo en pecho y de perilla y mosca en el corazón... Nada implica eso. Hay Tal que, siendo Maricuando, canta sus entusiasmos a Nerón y a Herodes, y Tal existe que piensa y escribe a lo *boquirrú* y es más peludo que Tirso y más barbado que el Padre Eterno... Es peligroso en literatura creer y escribir que *tal la obra, tal el autor,* y concluir que el tener el corazón barbado aumenta el brío y el mérito del que escribe. En Asturias decimos de alguien que *tiene pelos en el corazón,* cuando este alguien es desapacible, desalmado y aleve, y acostumbramos decir que es gran poeta el que hace versos graves, tiernos, poéticos, sonoros, sencillos...; pero nadie llamará versos de oro a los del arcediano de Guadix, doctor Antonio Mirademescua, por haber escrito con más trabajo que estro la siguiente *décima, de once versos* miserables y zapateros:

«—Alarcón Mendoza *Hurtado,*
don Juan Ruiz, ya sabéis
»que la mitad me debéis
»del dinero que os han dado.

»*Porque soy el que ha inventado*
»*el componer de consuno...*
»—No pienso daros ninguno.
»—Si las leyes son iguales
»esa cuenta no es muy diestra,
»¡pues cada comedia vuestra
»nos saliera a doce reales!»

Ahí tenéis, señora, los versos de oro del 0,50 de *Avellaneda*.

AL SR. RODRÍGUEZ MARÍN

Leí con templado detenimiento mucho de lo que razonó, arguyó, despotricó y opuso la crítica cervantina a mis «conclusiones definitivas» sobre el autor *Avellaneda,* de bellaca memoria, y quedé suspenso un buen espacio, ya que ninguno de los insignes cervantistas que precedieron a Rodríguez Marín en el uso de la péñola se ocupó seriamente en rebatir a conciencia y razón las circunstancias que acreditan a Gabriel Leonardo y al arcediano Mirademescua como coautores del plagio; a Lope de Vega, como inductor y cómplice; a Bartolomé Argensola, como sostenedor enfadoso; a Lemos, como causa ocasional, y a Lupercio como, el *menos,* padre de todos los que hicieron aquel libro, pero como babado y consentido autor de aquel mozo digno de mejor edad, que entraba en el Siglo de Oro royéndole el

zancajo al triste, al envenenado, al colérico autor del libro único y solo; solo porque no tuvo par en todas las literaturas de todos los tiempos y único en la *traza* maravillosa.

Algunos mezclaron, como berzas y capachos, burlas y veras y dijeron con gracia no estar conmigo ni contra mí; que ojalá saliesen adelante las *Memorias,* y que de ellas pudiera holgarse la patria. No me pesa que ellos se hayan holgado, ya que yo sé que sin la salsilla de la gracia saben a nísperos los más ricos manjares espirituales. Unos me llamaron *intruso;* otros me notaron de *indio,* y yo pude negar que sean ciertos el resurgir soñado de la literatura española y el renacimiento de la voluntad poderosa que engendra el nacionalismo santo, ya que cuando llega un español a Madrid anunciando las *Memorias* de Cervantes, se le apellida *intruso,* y cuando se atreve un indio a murciar del acervo cervantino la admirable *Tía Fingida,* se le nombra Presidente de la Sección de Literatura del Ateneo...

¡Oh, cives, plaudite!

***

Los más han echado por la calle de en medio y, liándose la manta a la cabeza, diéronse a discurrir sobre la *traza;* cómo es, cómo no es y cómo habría de ser para ser

traza y parecer escrita por Cervantes y desentrañada por mí; y dicen y peroran con tanto aplomo y tal suficiencia, que el lector que no las cace al vuelo los reputará por maestros en *trazas* y creerá que ellos han sacado de pila la de Cervantes, que la han criado a sus pechos y sustentado en el enfaldo, y que saben más que Lepe, Lepijo y su hijo, de lo que yo truje, y de cuyo velo levanté una punta, no con ánimo de ponerla en concejo—que entonces mostrara más y mejor—, sino para ayudar a la discusión del misterio de *Avellaneda*... Pero parece que no había intención de batirme palmo a palmo, sino de arrollarme violentamente, arrumbando mis averiguaciones y mandándome bajo partida de registro, amordazado con el desencanto y aherrojado con los grilletes de la decepción, camino del Trópico, de donde no debemos volver nunca—porque somos *intrusos* y porque somos *indios*—los buenos españoles que amamos a la patria con exaltación, porque creemos en ella y no esperamos que en ella nos reciba la alevosía potente y la ignorancia endiosada... Se dijo de mí que vine a Madrid *pane lucrando*... Ya he dicho—creo que lo dije—que no soy hombre de disputar mendrugos, y, a mayor abundamiento, sé, y sabemos todos, que de cada cien *indianos* que regresan de la Habana, los noventa y nueve vienen a

dar, y que de cada cien españoles que emigramos a la Habana, los noventa y nueve, más uno, vamos a pedir. Y cuando allá llegamos, amargados y melancólicos, no se cierran las puertas ni se aprietan las filas para que quedemos a solas con nuestra amarga desolación; los pechos se abren, los brazos se tienden y el mendrugo se reparte, y la paz es en los espíritus...

***

«*Si la idea de la gravitación universal hubiera lastimado algunos intereses particulares, de seguro que a estas fechas todavía no fuere admitida por todos...*» Si Macaulay no hubiese escrito esta sentencia para la generalidad de los casos en que, a tente bonete, se niegan la sal, el agua, el pan y el techo a quien osa decir o hacer algo nuevo, diríase que sólo para mi caso fué escrita. Al ver las caras foscas, los ademanes airados, las miradas aviesas y los ánimos hostiles que mis andanzas cervantinas movieron, se me ocurre preguntar como el borracho de la tradición: «¿He faltado a alguien?»

¡He faltado! Las *Memorias* de Cervantes, por mí descubiertas, y que por mí y por alguien más serán total y cuidadosamente desentrañadas, vienen a perturbar la apacible armonia en que tiempo ha viven los insig-

nes monopolizadores del cervantismo. Uno hizo la crítica *definitiva* de las *Novelas Ejemplares*... y nadie las mueva; otro mondó y escamondó el *Quijote*, y jura y perjura que todo lo que en lo sucesivo se hable de él, es irreverencia; éste pregunta *quién es Avellaneda*, y vase hinchado de misterio; esotro cree que debe dejarse en paz a los clásicos y trina contra toda averiguación o descubrimiento que no se materialice en pápiros apolillados o en pergaminos pringues. El espíritu ruin de la vanidad se ha enseñoreado en sus cerebros; tienen por suyo lo que es de todos; aseguran haber raspado la artesa y sostienen que todo espigar es espigar en sus gavillas. Y de mis descubrimientos resulta que la *Tía Fingida* es de Cervantes, que el *Quijote* no está mondo y lirondo, que toda la obra es del procomún y que aún no hemos desollado más que el rabo de la biografía del manco glorioso.

***

El Correo Español conoció pronto la importancia de este asunto y abrió palenque a la discusión de él. No puedo contestar una a una las opiniones que en sus columnas se han sustentado. Diré, en gracia a la verdad, que todas fueron contra mí y que en ninguna se opuso *al caso misterioso de Avellane-*

da la más leve contradicción a mis razonamientos. El ilustre Rodríguez Marín hizo el resumen de lo sustentado, y a él contestaré por todos los disertantes de *El Correo Español* y de otros periódicos, ya que todos, como obedeciendo, no a una confabulación moral, pero sí a un espiritual tacto de codos, se han amartelado en este subterfugio que no me cansaré de señalar a la consideración de los indoctos españoles y americanos que siguieron y siguen con usuraria atención tales preopinaciones. «Esto es locura; la *traza* no existe, porque es imposible que exista; pero si no es locura y es posible que exista, y existe... ¡daca la clave!» ¡Vamos paso, que aunque es largo el camino, aún hay sol en las bardas!

***

Muy por menudo, cuenta el Sr. Rodríguez Marín cómo y cuándo le visité, lo que le parecí en mis visitas y los obstáculos que opuso a mi «honrada obcecación»; pero no dijo, y no pudo decirlo, lo que él me pareció a mí, lo bueno que expresó de algo de la *traza* y lo trivial y poco sólido de algunas de sus objeciones. A su memoria, que flaquea en estos particulares, opongo la mía que guarda *a por b* la sazón minuciosa de nuestras pláticas. Es alto de cuerpo y de pecho, rapado de cabeza, luengo y cano de

barbas, afónico por defecto, asmático sin chiste y chistoso sin alarde. En los tiempos antiguos hubiera sido profeta; en los arábigos, muezin, y hoy dirige la Biblioteca Nacional y entiende de ello, lo cual casi es decirle a la nación: ¡bebe con guindas!

Me presentó a él el docto cronista de Oviedo D. Fermín Canella: *Marín: nuestro cervantista Atanasio.* Se fué el bueno y mientras nos estrechábamos las manos me interrogaba Marín con los ojos, indagando si yo era cervantista de ópera o de zarzuela; y yo, entendiendo la interrogación, contestaba *in peto:* «Del género chico: no hay más presunciones.» Hablamos; me entretuvo con una charla amena, netamente andaluza, y queriendo yo pagarle la graciosa plática le recité el *Soneto de Valladolid,* de Lope contra Cervantes, soneto impublicable, artera y villanamente compuesto, ruin arma para bribones y para caballeros, digna del más coprónimo de los poetas de todos los tiempos. Antes de terminar la recitación, me atajó Marín vivamente: *¡Eso es de Lope!*

Lo dijo entonces y no lo recuerda en su juicio contradictorio del mío; porque recordarlo, y recordarlo con verdad, le comprometería a no rechazar la *traza* en absoluto. Entonces no había yo alzado el velo de la *traza,* y el soneto era, por vehemente impulso, de Lope de Vega. Es posible que hoy

lo ahijara el ilustre Rodríguez Marín a Carulla, a Calaínos o a Montalbán. ¡Pero es de Lope, por más *móbile* que sea la *donna!*

Y para que se vea que, como la *donna e móbile,* lo es del criterio, ancho o estrecho, romo o agudo, liso o con barbas, va de cuento: antes de despedirme del Sr. Rodríguez Marín le prometí a mi regreso a España, si Dios fuese servido, algunas confidencias sobre Cervantes, y por adelantado le afirmé que yo conocía al verdadero *Avellaneda*...

—*Alonso Lamberto*—aseguró Marín.

—No; *Alonso Lamberto*, con perdón del gran Menéndez y Pelayo, no existió en la literatura española... (1).

Marín me miró entonces, sospechando que la fiebre—si yo no era brujo—me hacía loco. Yo estaba febricente; pero no tanto que no anotase en el *debe* cervantino del Sr. Rodríguez Marín la partida de Lope respecto del *Soneto de Valladolid,* y la de *Alonso Lamberto* cuanto a *Avellaneda*. Y no fué en vago.

---

(1) Si existiere por los siglos de los siglos en la historia literaria de un pueblo todo aquel que, como *Alfonso Lamberto,* escribiera unos versos pésimos para un certamen del que haya salido apaleado, debemos dar cabida en la alta cumbre de nuestro Siglo de Oro a «dos pregoneros, cinco escribanos, tres oidores, dos de los grados y uno de la contratación, dos abogados en ejercicio, seis médicos, cuatro plateros, dos fundidores, un sayalero, tres perailes, el asistente y el verdugo de Sevilla», que escribían versos en tiempos de Cervantes.—*Vale.*

Algunos meses después visité al señor bibliotecario, levanté en su honor un pico de la *traza,* y él, al ver que en vez de estar en pápiro mugre, estaban en anagramas las *Memorias* de Cervantes, me atajó con esta grave contradicción: *Los anagramas están muy desacreditados... Ya ve usted; Menéndez y Pelayo se puso en ridículo con su Alonso Lamberto...* Oí aquello como quien oye la trompeta póstuma del Arcángel... y aún me quedaba más que oir, o, dicho mejor, aún me quedaba otro estrépito que leer.

Hablando del *Quijote* de *Avellaneda* y de quién fuese *Avellaneda,* dice en *El Correo Español* el Sr. Rodríguez Marín: *A mi ver, de cuantas conjeturas se han aventurado acerca de quién sea el verdadero autor del de Tarragona, la mejor encaminada hasta hoy es la de Menéndez y Pelayo; Alonso Lamberto debió ser el autor de esa obra...*

Y más adelante remachaba la contradicción con este categórico... «*más razonable y bien fundada conjetura es ésta que todas las que antes y después han salido a plaza,* y de todo en todo preferible a la rotunda afirmación que en una *traza* obtenida por D. Atanasio Rivero, hacen hoy redivivos, en menos que mediana prosa, el doctor Mira de Amescua y Gabriel Leonardo Albión».

¡Ah, Sr. Rodríguez Marín! ¿Cómo se entiende? ¿Cuál es, a su parecer, el más pro-

bable *Avellaneda?* ¿Es *Alonso Lamberto,* como me dijo usted en la Biblioteca? ¿Se puso en ridículo Menéndez y Pelayo con su *Alonso Lamberto,* como me aseguró usted en una de mis visitas, o es el *Alonso Lamberto* de Menéndez y Pelayo la más razonable y bien fundada conjetura de las que antes y después de él han salido a la plaza, como ahora dice usted en *El Correo Español?*

Son muchos tres pareceres sobre un mismo punto en un opinante como usted, solemne, alto de cuerpo y de pecho, rapado de cabeza, luengo y cano de barbas, afónico por defecto, asmático sin chiste y chistoso sin alarde, que habla con chunga de mi pulmonía y de mi fiebre, y al que coge de alto a bajo y de medio a medio la dulzona ironía de este significativo epigrama:

«Dijo uno:—¡Pese a quien pese,
yo soy deste parecer!
Dijo otro:—¡No puede ser!
Y él dijo:—¡También soy dese!»

No quiero apurar el motete, ni apretarle a usted con esta grave y flagrante contradicción... ¡Más mal hay en la aldehuela del que se suena, y a ese mal vamos, y vamos paso, ya que aún hay sol en las bardas!

***

El Sr. Rodríguez Marín, como la gata de Pedro Ramos, halaga con la cola y araña con las manos; soile deudor de arañazos chicos y de lisonjas grandes; pero aunque los elogios, adentrados en el alma sin permiso del portero, que es la modestia, han puesto el tafetán de la vanidad sobre lo rojo de los aruños, no pegaron el parche tan cuidadosamente que no hayan dejado intersticio por donde respire la herida y alce la voz su cólera. Cuando le amago con ella no quiero lisonjear la vanidad del ilustre académico; el Sr. Marín es más conocido que el *Gallo;* ha fundado su estado civil sobre el cervantismo, y en él se cimentaron y asientan la curul académica que goza y la biblioteca que disfruta. Es guardia jurado del *Quijote*, y le da el alto y le para la jaca al mas barbado, si se le antoja merodeador del libro único y solo. A Cervantes lo maneja a su sabor: lo pule, lo repule, lo escamonda, lo estofa y lo aliña, y después de pulido y repulido, escamondado, estofado y aliñado, lo pone en un altarito, lo cubre con un fanal, escribe en la peana: «¡Ay, del que te toque!, embraza la adarga, ase de la lanza, y si algún osado osa, lo mata en el brocal... «Hay que dar paz al alma de Cervantes y a los huesos del ingenioso manchego; ambos están bien escamondados y en estofa... No queda nada que decir de ellos: todo lo ha dicho Marín, y boca abajo».

De este gallardo parecer son los insignes cervantistas que Cervantes padece: el comentario del *Quijote*, hecho; el juicio definitivo de las *Ejemplares,* hecho; la selección del acervo, hecha; el análisis de las higadillas, acabado; el centenario, en cierne, en ciernes, en cierna, en ciernas, en flor o en alto y aquietado vuelo, que a tanto obliga el talentoso y confuso cerner y discernir de los gloriosos filólogos que me aprietan y atacan preguntándome cómo Cervantes había de escribir «hallares» si ellos le tienen prohibido que diga otra cosa que «hallases». Pero no todos somos de tal parecer gallardo, y como todos en él pusísteis vuestras manos, queremos todos poner en él las nuestras pecadoras. De las mías puestas en el *Quijote* han salido las *Memorias* de Cervantes, que están patentes, pese a quien pese, y a pesar del *cervantista* que dice que si existiera la *traza* ya la hubiera descubierto algún ateneísta galgo, que no yo. Permítame, pues, el Sr. Rodríguez Marín—y la cohorte—que ose a sus pareceres contra el parecer de mi vanidad, lisonjeada por la cola de la gata de Pedro Ramos.

***

Los que no han parado mientes en la *traza* no saben ver que Cervantes la escribía torturado «por los garfios y cilicios de Rengifo»,

maniatado el pensamiento y atormentada la idea por la penuria de letras con que debieran venir a la vida digna del estilo los destellos de aquel espíritu todo luz, y ensombrecido y apagado en la infamante galera de la cárcel de Sevilla. De este dolor de renunciación nos dice Cervantes en la *traza* del *Prólogo* del *Viaje del Parnaso*, que habla así:

«Este libro está escrito, como el *Don Qui-*
»*jote,* para explicar algunos puntos veraces
»y secretos aún reservados. La ocasión y el
»no haberse entendido, al parecer, la *traza*
»esta, obliga a proseguir vistiéndole la mis-
»ma ropa que viste el padre de todos en tan
»aleve estilo.»

Explicado esto, ya que unos no ven en la *traza* el estilo cervantino y otros quieren ver en ella la luz del rayo de su genio, queda rechazada, *de facto,* la exigencia de todos los que pretenden que para que las *Memorias* sean de Cervantes han de parecer otro portento tan portentoso como el *Quijote*, y no ven que exigen al estro esclavizado en el texto prefijo, lo que no exigen a la verba libre, meditativa e independiente que escribió la *Galatea*, el *Viaje*, el *Persiles y Sigismunda*, libros en los que el cervantismo es muy relativo y los fulgores del genio más relativos aún.

Leí al Sr. Rodríguez Marín la *traza* de la *Dedicatoria* a Béjar, y no hubo que oponer a

esta *traza* sino que Hernando de Herrera, mencionado en ella dos veces, para su gloria, había muerto antes de la publicación del *Quijote*... Desde que Béjar aceptó la dedicatoria sin dar ayuda de costa para la impresión, hasta que Cervantes encontró en los buenos caballeros sevillanos pan, ánimo y dineros con que dar a luz su preciado hidalgo, pasaron acaso cuatro, seis u ocho años. No hubo aquí discrepancia, y pasé adelante leyéndole al Sr. Rodríguez Marín la *traza* admirable del *Soneto de Amadís de Gaula a Don Quixote de la Mancha*, que dice:

«Este testamento lo-ago el dia que vuelvo »a ser absuelto, despues de un año triste de »carzel; dañada la vida de luto, tormento y »horror por la desgracia que me persigue »con no vista ojeriza; viendo venzida la ver»dadera *iuventud*, umillada la alta frente, »abatido el ánimo, envenenado y colérico; »solo, errante y aborrecida la istoria de Don »Quijote que venderé en *subasta* por cuatro »reales, ya que ningun magnate o caballero »se atreve a permitir se la envie, aunque »basta leer la istoria para tenella por va»liosa.»

A esta *traza* opuso el Sr. Rodríguez Marín que Cervantes no diría «*iuventud*», sino «mocedad». Parecióme trivialísimo el cargo, y ahora me parece absurdo, ya que en un hombre colérico y aherrojado era ridículo hablar

de mocedad a los cincuenta y el pico de los años (1). La «mocedad» llega hasta los treinta años, y la *juventud*, que acompaña a la *mocedad* hasta los treinta, la sobrevive quince años más. A los cuarenta y cinco nos tira Natura el *cambiazo*, y si fuimos desgraciados nos torna coléricos, y si padecemos hambre de pan y sed de justicia nuestro ánimo se abate y se envenena. Pasando adelante, opúsome el Sr. Rodríguez Marín que la palabra *subasta* empleada en dicha *traza*, no se conocía en tiempo de Cervantes. Afirmé que sí, pues que estaba en las *Memorias*, y él me atizó un *no* redondo. Más tarde consulté con D. Mariano de Cávia si sabía, a la memoria, que la palabra *subasta* se empleara en tiempo de Cervantes, y él, amablemente, me contestó que en Aragón se usaba un siglo antes del *Quijote*.

Quise apurar el vocablo y acudí al incompletísimo Covarrubias, contemporáneo del manco sano, del glorioso todo, y en Covarrubias, hallé: «Almoneda: llámase comunmente *subasta*». No era, pues, la palabra *subasta* una dicción escogida y reservada a la erudición; pertenecía en tiempos de Cervantes al común. Tapo y sigo. Y para mejor

(1) ¿Y qué dirá el Sr. Rodríguez Marín cuando lea que Cervantes dice, hablando de la poca edad de un mozo, «La verdura de tus años?»

guardar los divinos, y para que todo este monte Calvario sea de orégano para mí, acude el ilustre académico al doctor Gómez Ocaña, y el doctor Gómez Ocaña le envía desde Cádiz este breve *récipe:*

»Para que a mis ojos *tuviera* valor la lec»tura descifrada por el Sr. Rivero *serían* »precisas tres condiciones:

»Primera. Que se posea una clave para »la traducción del anagrama.

»Segunda. Que lo traducido no se opon»ga a lo que documentalmente se conoce; y

»Tercera. Que el texto obtenido acuse el »estilo propio del autor.

»Esto amén de otra condición genérica »inexcusable: que el anagrama por descifrar »no *habría* de pasar de un brevísimo núme»ro de renglones.» ¡Y aún hay quien hace *chufla* de que el gañán pida gullerías en el golfo, y de que la monja exija los piñones mondados!

Lo que en este lance haya desmerecido el Sr. Rodríguez Marín como filólogo, lo ha ganado como andaluz en este mismo paso. Me objetó que el más alto funcionario civil de Sevilla se llamaba *Asistente* y no *Intendente*, como decía la *traza*, y que no hubo en la alegre ciudad—Roma triunfante en ánimo y nobleza—*cárcel con reja a la Macarena*. Cierto: no era a la *Macarena*, sino a la *Madalena*, y este *lapsus plume* es mío y no

de la *traza*... No es posible que quien maneja algunos millones de letras deje de comerse alguna. De Cervantes preso en la *cárcel* de la *Macanera* no dije. Dice Cervantes en la *traza* del Soneto de *Orlando Furioso:*

«Es lo de mi prisión; que pasando un terco por la *Macarena*...» Y en el período cuarto de la *traza* del *Prólogo de la Primera parte* dice así: «*Esto es de mi prisión, que estaba una tarde colocado en la reja que está al fondo del barrio de la Macarena cuando oí que un sospechoso me llamó Promontorio*...» Si hubo barrio de la *Magdalena*, y si alguna reja de la *Cárcel Real*—que usted dice—o de la *cárcel de la Audiencia*—que pudo ser—daba al fondo del barrio dicho, démonos albricias, y andando va la barca (1).

Lo del *Asistente* es harina de otro cedazo. Nunca tuve ocasión de manejar las primeras ediciones de los libros de Cervantes, y, como hace constar el Sr. Rodríguez Marín, me valgo del facsímil de la de 1608, editado por Montaner y Simón. En este libro el texto del *Quijote*, que corresponde a la *traza* que menciona al *Intendente*, debiendo decir *Asistente* de Sevilla, se leen, *ad pedem litere*, estas palabras del Evangelio: *De corde exeunt cogitationes male*. La letra final es *a-e* dipton-

(1) Véase mi llamada a propósito de Malara y la Macarena. (N. DEL A.)

go, y la empleé como *e* en la *traza*, y cuál no sería mi sorpresa al confrontar ahora con el facsímil de la primera edición del *Quijote* —1605—y encontrar la frase evangélica rectificada de esta guisa: *De corde exeunt cogitationes malas!...* He ahí el *as* que me hizo falta y la *e* que me hizo sobra para que mi *Intendente* saliera Asistente. No se me culpe de haber fallado el as del Asistente, que lo fuera, a lo que parece, el conde de Monteagudo, y había de serlo, y no quería esperar Cervantes a que lo fuere, por encontrarse inocente de haber burlado las contribuciones, el conde de Puñonrostro, Arias de Bobadilla, que metió en un puño a todos los desalmados y en un dogal a un buen par de rufos; ha la culpa quien escribió mal la primera edición, o quien osó en la segunda. Yo estoy en latín a la misma baja altura que Lope de Vega estuvo: no pasé el puente de los asnos, y a mucha honra, y no doy mi brazo a torcer.

Las *eses* empleadas a pares por los clásicos cuando caía esa letra entre vocales, me hicieron verdaderas charranadas. En el texto moderno—1905—del *Quijote* de Albión y Mirademescua, a que corresponde la *traza* donde se atusa *tanto bigote,* en singular, he contado cuatro *eses* menos que en la edición primitiva. Vayan dos de ellas para poner en plural los mostachos de Cervantes, otra *ese*

para pluralizar un *embuste* que allí se emplea, y la otra quédese a mi orden para lo que se le depare en la necesaria rectificación que prometo.

¿Comprende el Sr. Rodríguez Marín ahora que la *traza* está en su punto y que no hay echarla a rodar, porque no es bola? Estas deficiencias se apunten con cargo a la penuria de librería, y a mi cuenta vaya la *Macarena* por *Madalena*, ya que está para tafetanes con mi confesión. Estos ligeros errores —no míos—más acreditan que desacreditan la *traza*, pues que si yo pusiera malicia en el desentrañamiento no había de costarme tres caracoles el poner de acuerdo el son de la entraña con las castañetas de la ortografía, de la necrología y aun con las del bautisterio, ya que a D. Juan de Jáuregui le han roto el bautismo haciéndole nacer diez años después del de 1570, en el que, en realidad de verdad, le cortaron la tripa del ombligo a punta de tijera.

¡Oh, estos filólogos en cierne, en ciernes, en cierna, en ciernas, en flor o en alto y aquietado vuelo!... ¡Cómo se ciernen sobre el léxico de la *traza* y cómo amenazan, como el cernícalo rapante, clavar la presa en ellas y hacerla tirillas!... No quieren—no quiere el Sr. Rodríguez Marín—que *la hija de Cervantes*, la hija del pecado, según Mirademescua y Albión, haya *sostenido relaciones*

de tapadillo, a pesar de que en el proceso de Valladolid figura *una mujer tapada* que va a visitar *de tapado, de ocultis*, a su amante D. Gaspar de Ezpeleta, según confesión *in articulo mortis* de la huésped Juana Ruiz; no quieren—no quiere el Sr. Rodríguez Marín—que en aquellas fechas se escribiera *ir de viaje*, aunque existiendo el verbo *ir* desde los días del Zebedeo y el vocablo *viaje* desde que el Judío errante se puso en camino, cualquiera podía ir de viaje, ya necesitara o no necesitara alforjas; no quieren—no quiere el Sr. Rodríguez Marín—que Cervantes *apurara* el *ridículo* y que Isabel *llamara a la pequeña*, aunque exista el ridículo en 1570 y desde que existen los necios, los mentecatos y los vanidosos que lo apuraron y lo apurarán por los siglos, y aunque con el vocablo *pequeño* se llamó en aquel y en todos los tiempos *al chico;* no quieren—no quiere el Sr. Rodríguez Marín—que Cervantes haya escrito «*no trató de saludarme*» y «*quise hacerle un saludo*», aunque la *salutación* era entonces *cortesía que se hace*, y la acción de saludar significaba «*hablar a otro correctamente*»; no quieren—no quiere el Sr. Rodríguez Marín—que Cervantes *fustigue* a los Avellanedas, aunque existía la *fusta* antes de que a Cervantes le pusiesen la sal alcalaína en la boca, y el *fustigar* significaba *flagelar* y *hostigar*, que fué lo que hizo Cer-

vantes con sus enemigos; no quieren—no quiere el Sr. Rodríguez Marín—que *quede todo finiquitado*, significando como significó entonces el *finiquito—remate de cuentas—*, ni que el manco de Lepanto haya *abonado a la librería*, a pesar de que *lo abonado* era *lo saneado*, y «*sanear*», *afianzar*, muy antes de que Don Quijote anduviera los Montieles a la aventura. Que dijera el conde de Lemos que a Cervantes *se le deben fama y honores; ¡absit!* Bien es que entonces andaban las *famas* en lenguas de celestinas y los *honores* en tocas de dueñas; pero ¿decirlo el visorrey-poeta? *¡Vade retro! ¡Absit!*

Otras frases, cuyas palabras andaban en lenguas y en vocabularios, opone Rodríguez Marín a la realidad de la *traza:* no pudo componerlas Cervantes, porque *¡absit!:* no hay otra razón. Si yo encontrara en el desentrañamiento que el autor insigne del *Quijote* había compuesto un par de zapatos o la loza rota en el fregadero de la lóbrega posada, podría el Sr. Marín levantar la varita de Tirteafuera y aun dejarla caer ahincadamente; pero oponerse a la hora de ahora a que Cervantes haya escrito con palabras conocidas de él frases de alto o de bajo vuelo, más o menos castizas, según se lo permitía o se lo exigía el *aleve estilo de la traza*, es achaque sintomático de neurastenia litera-

ria, para el que se recomienda la rusticación urgente y a todo pasto.

Para oponerse a las *Memorias* de Cervantes, con golpe y porrazo definitivo, copia el señor bibliotecario de la Nacional esta *traza:* «Esto es contra L. de Vega en su libro *El Peregrino*, que no sabe el latín, de suerte que acudió a Latino que le compusiese alguno a la memoria con el fin de ponello en la novela. Y el negro dixo con flema:

«*Pallida mors aequo pulsat pede!*

Y acota el Sr. Marín:

«Júzguese ahora si Cervantes pudo escribir eso con *traza* ni sin ella. *El peregrino en su patria* salió a luz en 1604, y Juan Latino había muerto en 1573—¡treinta y un año antes!—*según rezaba* la losa de su sepultura.»

Ta, ta, ta. «*Según rezaba... ¿Rezaba* y *no reza?* ¿A qué se debe el fin de la oración de la piedra? ¿Llevósela algún amolador, o era pedernal y murió hecha trizas en *yesqueiros?* Por aquello que dicen «al maestro cuchillada», contaréle en esta sazón un cuento al Sr. Marín:

En un pueblo mediterráneo encontróse que en unas piedras que daban paso a cierta negra cavidad de un vetusto edificio parecían escritas y borrosas varias letras. Llamóse a los arqueólogos—eruditos en ado-

quines—, que, barruntando alguna épica leyenda, limpiaron de herrumbre y moho los cantos, y hallaron que *rezaban* así:

POR AQUI SELIM
ESTA FORTALEZA

Se alzaron de ceño, se apretaron de entrecejo, pegaron el índice a la frente y acabaron con este dictamen: «*SELIM*», nombre osmanlí... No hay duda, sino que el turco galgo en alguna de sus desastradas correrías desembarcó en este puerto, sitió nuestro pueblo y penetró en él por esta cavidad negra. La reconstrucción exacta de la pétrea leyenda es como sigue:

POR AQUI SELIM
ENTRO I RINDIO
ESTA FORTALEZA

Se aceptó como bonísima la interpretación; pero a los pocos años, un monaguillo, que no era arqueólogo ni iba para erudito, topó de manos a ojos con los adoquines que completaban la leyenda, los cuales, unidos a los ya conocidos e interpretados, decían así:

POR AQUI SELIM
PIAN LAS LETRINAS
DE ESTA FORTALEZA

Tapo, y sigo.

***

Esta lápida que *rezaba* la muerte del negro Juan Latino me acuerda que con este etíope, sabihondo en Latín y en Humanidades, casó una linajuda señora aragonesa, enamorada solamente de su sabiduría, muy al contrario de la otra alta señora del *Quijote* que, prendada de un frailazo lego y motilón y advertida que el tal era también motilón y lego en Teología y Humanidades, insistió en casar con él, alegando que para lo que ella le necesitaba, tanta Filosofía sabía, y más, que Aristóteles. Acuérdame también esta lápida que *rezaba* la muerte de Juan Latino la peregina frecuencia con que cada *quisque* erudito raspa, rehace y remienda las fes del bautisterio y las esquelas de defunción de los clásicos.

Para oponerse *a la traza* me gritan que D. Juan de Jáuregui nació en 1580, y, así, no pudo pintar el retrato de Cervantes en la cárcel. Cervantes estuvo encarcelado después de 1600, y bien pudo ser retratado a los veintiún años del pintor, y no es maravilla; pero debió de nacer D. Juan de Jáuregui en 1570, puesto que, según el donairoso Navarro Ledesma, allá por el año 1587 le leía a Cervantes sus magníficas traducciones del *Aminta*, de Tasso, y de la *Farsalia*, de Lucano. No es de creer que a los *siete años* manejara Jáuregui el latín tan pistonudamente como un Pico de la Mirandola, aun-

que afirme el *ilustre* cervantista que en esto me combate que a los once años de edad puede venir un chico de Alcázar de San Juan a Madrid a romperle el alma al alguacil Sigura (¡!). A mayor abundamiento, dice Roque Barcia en su *Diccionario Etimológico* que D. Juan de Jáuregui nació por el año 1570. ¿Estamos? Pudo, pues, pintar en la cárcel de Sevilla el retrato de Cervantes, y aun otros peores, si hubiera gusto en ello, que no le habría entre aquella asfixiante podre.

***

La oposición por sistema a la verdad de la *traza,* obliga a sus impugnadores a la «metafísica pura, al puro disparatar», que dijo Espronceda. Parece mentira, y no es mentira, que un hombre de aspecto tan reposado y de espíritu tan sereno como el señor Marín, profeta a lo caldeo y *muezin* a lo arábigo, cometa pecados de ligereza, como los cometiera de gramática y de lingüística. Si el haber sido republicano no le mueve a más cuidadoso razonar, debe moverle el ser monárquico y el haber merecido—entre otras dinásticas mercedes—la poltrona académica y la bibliotecaria curul en que asienta y afinca su potestad cervantina.

En el primer párrafo del *Quijote* malolien-

te, dicen, con *traza*, Albión y Mirademescua, que el libro se debe a ellos, y particularizando las dignidades de cada uno, titulan al segundo, *Arcediano de Guadix*... El Sr. Rodríguez Marín, que ya trae el parche roto desde los tamborazos que me dió con su *Asistente,* con el juez y la *cárcel de la Macarena*—que yo no dije—(1) y con su gramática y su filología, y que me arrojó con toda su fuerza el canto-lápida que *rezaba* de Juan Latino, me echa ahora el caballo encima con más todo el arcedianazgo que Mirademescua disfrutó.

Albión y Mirademescua comenzaron su *Quijote* en 1610, y a esta época se refiere su aserto de que el doctor Mira fué arcediano de Guadix. Lo fué en 1609, y acaso antes, y dejó el arcedianato en 1610 para apandar la prebenda que Lupercio le ofreciera en Nápoles a la sombra bienhechora del conde de Lemos...

Y salta ligeramente el Sr. Rodríguez Marín que *Mira de Amescua fué mentiroso,* pues que él sabe, y D. Fructuoso Sanz lo corrobora, que en 1631 el provisor del obispado de Guadix, dijo: «*Sabed... como por la parte del Doctor D. Antonio de Mira y Amescua emos sido requeridos con una ce-*

(1) Véase mi llamada a propósito de Malara y la Macarena. (N. DEL A.)

dula del Rey nuestro señor por la qual... le haze merced de presentarle al Arzedianato de nuestra Santa Iglesia de Guadix...»

Ni Mirademescua, ni la *traza,* ni yo hemos dicho qué el consocio de Albión no fuera presentado para el arcedianato de Guadix en 1631. En esto no tengo nada que oponer a D. Fructuoso Sanz, ni a Rodríguez Marín, ni al *Boletín* de la Academia, ni al provisor del obispo que trajo las gallinas... Lo que dijeron Albión y Mirademescua y se encubre en la *traza* y desentrañé yo, es que el doctor D. Antonio Mirademescua fué arcediano de Guadix antes de ir a Nápoles a *chupar del bote* con Lemos, con Lupercio, con Bartolomé, con Gabriel, *e tutti quanti...* Mirademescua, deambulando en la corte, de antesala en antesala y de corral en corral, acordó el bien perdido en Guadix y solicitó en 1631 *que su fe volviese a es;* obtuvo del Rey la presentación, se acogió al arcedianato, y cepos quedos.

El caso no es raro ni estupendo: en la Revolución francesa subió un remendón a general y pasada la revolución volvióse a remendón, y es fama que remendaba más diestramente después del generalato... Muchos melones salen diputados a Cortes por *Chufla*, los catan en el Parlamento, no les encuentran sustancia y vuelven a melones. ¿Se ha de decir, después de tres siglos, cuan-

do se sepa esta segunda etapa de su melonada, que no fueron melones antes de que los honrara *Chufla* con su representación? *Nequaquam*, Sr. Rodríguez Marín: hay que solemnizarse y reposarse, de acuerdo con el empaque bíblico de su grata persona, y no calificar, con ligereza indigna de un andaluz erudito, de *mentiroso a Mirademescua,* y de *embustero a Cervantes*, porque con la *inimitable traza* de la décima de Juan Latino borra para siempre la lápida oscura que *rezaba*, y que huele a queso.

Finiquitemos:

A buena o mala parte los *tiquismiquis* ortográficos—ya que no se han de roer las *Memorias* de Cervantes por la fe de erratas—y a buena o a mala parte la construcción de frases *anticervánticas*, de que di terminante satisfacción líneas arriba, ahinca el Sr. Rodríguez Marín su oposición a la *traza* maravillosa en cuatro puntos capitales, que él llama topográficos e históricos:

1.° Que dice *Intendente* por Asistente.

2.° Que dice juez y cárcel de la Macarena...

3.° Que Juan Latino no pudo tratar latines con Lope... y

4.° Que Mirademescua fué presentado arcediano de Guadix en 1631 y no antes de 1610.

Quitando *jierro:*

1.° Lo de emplear *yo* en la *traza* la pa-

labra *Intendente* por *Asistente* quedó explicado por la confusión de una palabra latina escrita *corde* en la edición del *Quijote* de 1608, y escrita «*cordas*» en la de 1605, que es la que vale... Quedan tres puntos.

2.° Nosotros—Cervantes, la *traza* y yo—no dijimos *juez de la Macarena ni cárcel de la Macarena*... (1) Quedan dos puntos.

3.° Una lápida *rezaba* que Juan Latino murió en 1573, y así no pudo tratar latinajos con Lope, que en esa fecha acababa de dejar el pezón... No creo en rezos pretéritos de marmolillos: es necesario que esa lápida *rece* y que algún documento auténtico, y no remendón, acredite al adoquín sagrado. Queda un punto.

4.° Que Mirademescua fué arcipreste de Guadix en 1631... Nosotros—Albión, Mirademescua, yo y la *traza*—no dijimos que no lo fuera en 1631, sino que lo fué antes de 1610, fecha en que se pegó al biberón del conde... ¿Qué queda que honradamente se pueda oponer a la *traza?*...

Del ilustre Rodríguez Marín, nada. Queda algo peor que nada: queda la caída de bruces de la erudición gramática y filológica: Apuntad, maese cronista: Para demostrar que Cervantes no podía escribir ciertas fra-

---

(1) Véase mi llamada a propósito de Malara y la Macarena. (N. DEL A.)

ses, cuidadosamente entresacadas por el ilustre académico, de *la traza* de sus *Memorias*, escribe el Sr. Rodríguez Marín: «¿Cómo había de escribir Cervantes «*Yo derramo lágrimas copiosas*», no pudiendo ser *copiosa* o *abundante* ninguna lágrima, sino el conjunto de ellas?» ¡Ah, Sr. Rodríguez Marín, cuán ciego es el que no ve por tela de cedazo! La erudición general del Sr. Rodríguez Marín, y el tener como tiene al dedillo las obras, la dicción y el léxico cervantino, debieran poner al ilustre sevillano a salvo de ciertas dolorosas evidencias. ¿Que cómo había de escribir Cervantes *Yo derramo lágrimas copiosas?* Aunque indigno yo, le diré a usted el cómo y el cuándo y el dónde: tome el Sr. Marín el libro *Persiles y Segismunda,* del manco inmortal, ábralo el Sr. Marín por el capítulo II, corra su vista hasta el párrafo cuarto, téngase en él, y lea, que dice así: «*Calló en diciendo esto y al mancebo se le atravesó un ñudo en la garganta, pegó la boca con las tablas que humedeció con copiosas lágrimas...*» ¿Ve usted, Sr. Marín, cómo Cervantes pudo decir y díjo *copiosas lágrimas* en *la traza* y en el *Persiles?...* ¡Apuntad, maese cronista!

Y como no me duelen prendas, diré todo lo demás que se opuso a la *traza:*

1.° Que D. Juan de Jáuregui no pudo pintar el retrato de Cervantes en la cárcel—

1600—, porque nació el año de 1580. Aparte la consideración de que a los veinte años se puede pintar bien, y con mejor motivo se puede pintar mal, acoto con Roque Barcia, que dice que nació el 1570, y con Navarro Ledesma, que antes del 1590 nos lo muestra en sabrosa parleta literaria con el *Manco de Lepanto*. De mi opinión no digo sino que somos tres... y la *traza*.

2.º Que la muerte del alguacil Sigura ocurrió en 1580, y que la cometió un homónimo del estropeado Saavedra, nombrado Miguel Cervantes López. ¡Estos son otros Lópeces! Este López nació en Alcázar de San Juan en 1558; el homicidio de Sigura ocurrió en Madrid en 1569... *Ergo:* A los once años salió de Alcázar López el precoz: llegó a Madrid, topó con Sigura y dióle muerte fiera de un solo y descomunal fendiente... ¡Oh, erudito desbarrar!...

3.º Que el divino Herrera murió en 1593... Deseo saber cómo ocurriera la muerte y quién fué quien le mató, para echarle a *Don Juan* que le vengue con su despreciativa réplica: «los muertos que vos matáis, gozan de buena salud», porque agriado, enamorado y desesperanzado, el *divino* protector de Cervantes vivía aún cuando Lope llegó a Sevilla amancebado con Camila Lucinda, y probablemente cuando Lope trató latinajos con el negro y flemático Juan. Las *trazas*

de la *Dedicatoria* y de la *décima* que tratan esto son tan concluyentes y acabadas que le es imposible al ingenio humano llegar a tan exactas y lógicas conclusiones, desentrañando textos prefijos. *En tal virtud:* reto, *urbi et orbe,* al ilustre Rodríguez Marín, a todos los *insignes* cervantinos, a todos los almidonados o con mugre y a todos cuantos fueron y son y han de ser, a que con los textos prefijos, intangibles, inmutables de la *Dedicatoria* a Béjar y de la *décima* «Pues al cielo no le plu», hagan algo, no igual, no tan inimitable, sino algo que le llegue al zancajo a lo desentrañado por mí y entrañado por Cervantes, que en gracia a estas *trazas* torció, mutiló, dislocó, descervantizó y trastrocó los textos de la *Dedicatoria* y de la *décima de cabo roto*, como verá el que leyere, y sepa algo, y se le alcancen algos del *b*, *a: ba.*

Después de esto, ¿qué queda? La *traza* en alto, como promesa de que las *Memorias* de Cervantes, son: como seguridad de que las *Memorias* serán pronto deleite en manos de todos los hombres de habla castellana, admiración y orgullo y prez de la madre España. Las *Memorias* de Cervantes, entrañadas en todas sus obras y en todos los documentos oficiales y privados escritos y suscritos por él desde 1580, nos dicen su historia tan prolijamente como la anhelosa cu-

riosidad y el inmutable amor de los españoles y de todos los pueblos y de todos los hombres cultos, acierte a desear...

Es la historia de un dolor, de un amor, de un escarnio; es la historia de un león comido de chinches; es la historia de un hombre grande roído por la ralea.

¿Qué importa que diga Rodríguez Marín que estas *Memorias* tristes y solemnes son puramente *chismográficas*, si Rodríguez Marín no conoce las *Memorias* de Cervantes? Rodríguez Marín conoce los trozos arrancados por mí a los *Prólogos* y a las *Dedicatorias*, que todos los lectores conocen. Conoce además las *Décimas*, los *Sonetos* y el *Prólogo de la primera parte* del *Quijote*... Ni una palabra más. Del cuerpo de la obra, que constará de veinte o treinta tomos, nada. ¿Qué queda en pie de otras impugnaciones? La más grave es la que afirma a pie juntilla que mi *traza* fracasó en Cuba, a manos de la crítica airada, antes de haber sacudido la soñarrera del pensamiento español. Y esta grave denuncia la fundamenta *el ilustre* impugnador en este «direte»: «*Aseguro haber oído decir*»... ¡Ved qué ilustrísima, qué ingenio y qué conciencia! La verdad es que yo *no hablé ni escribí* nunca de la *traza* en Cuba ni en España, y que sólo en *El Imparcial* envidé, y pues envidé con ley, puedo echar el resto, o el *rentoy,* que tanto monta. Ahora

toca a los ilustres maestros cervantistas aceptar el envite y reenvidar, y a mi mano aceptar el resto... o me apunto amarraco limpio.

El Sr. Rodríguez Marín no ha pulsado la opinión ni pudo pulsarla, porque no convive con ella. En el medio en que Rodríguez Marín alienta, no hay más opinión que la docta, y así no puede saber si el vulgo de corazón, el indocto, que dicen los sabios, está conmigo o contra mí. Del vulgo docto, del que se apolilla entre pápiros y pergaminos, estoy divorciado: *me ha dejado más solo que la una,* con su campanuda y suficiente sentencia contra la *traza* y con el subterfugio atrincherado que dicen, y que dice: «*Es imposible que la* traza *exista; pero si es posible que exista y existe*, *daca la clave.*» ¡La debacle o la declave del sofismo descocado y pedante! Más: estos buenos señores, que nunca supieron lo que es *traza*, ni oyeron hablar de ella, ni la olieron hasta que yo la mostré a la altura de todas las narices, no se paran en barras y ponen condiciones a Cervantes, y le conminan a que su *traza* esté *trazada* con un artificio al alcance de todos, y en un corto número de renglones y con el estilo propio del *Quijote*. ya que todo otro andar será andar a gatas. ¡Atájame esos pavos y adóbame estos candiles!

Dice el Sr. Rodríguez Marín que estoy *solo:* el que va solo va siempre delante, que no es poco, y quisieran cuántos; más vale ir solo que mal acompañado, y no sé si me entiende vuestra merced; y en todo caso, deme albricias el Sr. Rodríguez Marín porque voy solo; son los corderos los que forman en rebaño, y son los pavos los que van en manada.

***

Doy gracias al Sr. Rodríguez Marín por los elogios que como escritor le merezco, y que espero ver acrecentados juzgándome como *DESTRAZISTA* cuando el primer volumen de las *Memorias* de Cervantes, hablando con más elocuencia que yo supe, sea parte a que los contumaces caigan de su asno, ya por la peligrosa posición en que van a la jineta, ya porque se les acabe la burra por las ancas, o ya porque se decidan a ver por tela de cedazo... Plácemes a *El País,* a *El Correo Español,* a *La Tribuna*, a *El Parlamentario*, a *Los Comentarios,* a *Fígaro*, a *El Liberal,* al *Nuevo Mundo* y a cuantos periódicos de la corte y provincias han prestado digna atención a este grave negocio de las *Memorias* y de la *traza*, que aún está en sus albores, puesto que volveré sobre él con más intención y con más pesado canto... A *El Imparcial,* por la hos-

pitalidad noblemente ofrecida y cumplida hidalgamente, todo mi reconocimiento; a Domingo Blanco, mis brazos y mi corazón, y a los que con sus detracciones quisieron avinagrarme el agua y aguarme el vino, les perdono y les bendigo con la mano zurda.

LA OPINIÓN PÚBLICA

SALUDABLES EFECTOS

La publicación de los anteriores articulos en el ilustre periódico *El Imparcial,* de Madrid, suscitó en España y en América una verdadera tremolina literaria, y para que quede constancia por los siglos de los siglos de cómo la tremolina fué, se reproducen a continuación algunos trabajos dignos de la perpetuidad por lo exactamente que pintan la expectación de la opinión pública.

RIVERO Y SU LABOR

Este café de Castilla, luminoso rincón de Madrid que cobija mis noches y gran parte de mis días desde aquellos felices de mi infancia artística, trepida, se conmueve, tiembla, como un rollizo burgués que tras los cristales de su bien amueblada y reconfortante habitación, presenciara el paso arro-

llador de una revolución de hambrientos y desarrapados que pidiera a gritos un poco de igualdad social. No basta la figura, ya casi venerable, de Federico Agustí, dueño del café, a quien la literatura española, sobre todo la dramática, debe un número incalculable de «bisteques» y unos millones de sacos de cacao convertidos en chocolates, no basta, digo, a imponer silencio, ni aun con la amenaza de suprimir el servicio de chocolates y «bistés». Los gritos estentóreos, los puñetazos sobre las mesas, el manotear vertiginoso, los ¡ah! los ¡¡oh!! como bramidos de cañón, después de una frase ingeniosa o un disparate digno de toda condenación, dan al café el aspecto de un refugio de locos.

Felipe Sassone, poeta, autor dramático, tenor y torero en otros tiempos y en otras latitudes, temperamento de una vehemencia y de una sensibibilidad extraordinarias, lanza a voz en cuello sobre Atanasio Rivero, el Siglo de Oro de nuestra Literatura, Cervantes, Tirso de Molina, Lope y Avellaneda, frases ingeniosas y en fuego cerrado como las modernas descargas en ráfaga.

De Cervantes, no importa la historia, importa el hecho glorioso del *Quijote*. Cervantes vivió, sufrió y murió como los demás hombres. De Rubén Darío, importa todo, porque todo en él era quintaesenciado, el lé-

xico, las ideas, la vida, hasta el licor que lo transportaba a las regiones azules de las princesas encantadas. Rubén no escribió nunca frases de una tan absoluta materialidad como aquella «olía y no a ámbar el buen Sancho». ¡Adorable Sassone, poeta de corazón y de cerebro, enamorado de las noches de plata y de los días dorados por el sol; amante de la pobreza y de todo lo que es dolor, sentimiento y emoción, ¿cómo no ha de interesarle profundamente, cómo no ha de llamar a tu corazón sensible la vida del divino padre de Alonso Quijano el Bueno si sabes que toda aquella vida fué de pobreza, de dolor, de emoción y de inteligencia soberana? Yo sé de tu noble impresionabilidad y sé también de tu más noble espíritu de justicia: los *Strapanell* que lanzas hoy en la discusión con gracia e ingenio extraordinario contra Atanasio Rivero, Cervantes, el Siglo de Oro *e ainda mais* se trocarán, si la verdad que Rivero anuncia es verdad, en ardientes explosiones de admiración, que tu vehemencia no es para menos cuando fustigas que cuando aplaudes.

Sobre la violencia de Sassone, cae la suavidad de Rafael Rotland, redactor-jefe de *El Debate*. Este D. Rafael, tan inteligente y tan fino, que desde su periódico, ha orientado algunos debates parlamentarios de gran transcendencia, tiene para Rivero frases de

elogio, y lamenta que sea tan duro con Tirso de Molina y otros grandes ingenios de la época de Cervantes. Si D. Rafael da su opinión escrita acerca del asunto, los que esperamos el esclarecimiento de la verdad, confiamos en la nobleza y rectitud de su juicio, sobre el que no influyen más que la justicia y la razón.

A Tomás Borrás le interesa profundamente el tema, y pide detalles de la vida de Atanasio Rivero. Yo le digo cuanto sé, y me ruega solicite de Rivero una entrevista; tiene gran interés en ello, y quiere dedicarle un día la primera plana de *La Tribuna*, que llenará con el facsímil de un trozo del *Quijote*, el retrato de Rivero y las *cosas* que éste le diga en su entrevista.

El maestro Millán hace del blanco mármol de una mesa un inmenso pentagrama y pone música al soneto con que el Conde de Lemos abre el *Quijote* de Avellaneda.

Y así, entre gritos, frases ingeniosas, despectivas unas, de admiración otras, los nombres de Atanasio Rivero, Cervantes, Romanones, *La Chelito,* el Siglo de Oro y la Sopa de virutas, descubrimiento alemán de última hora, pasamos la mayor parte de las horas de la noche en este tostadero del Café Castilla, que rige el noble y ya vetusto Federico Agustí, a quien la literatura española, sobre todo la dramática, debe una gran can-

tidad de «bisteques» y otra más fabulosa de chocolates con panecillo.

***

Atanasio Rivero es asturiano. «Lolo», como le llaman cariñosamente en Oviedo, su pueblo natal, podía decir siempre dónde estaba el mejor tonel de sidra de la provincia, aun cuando lo guardaran endriagos y vestiglos, en lo más profundo de las cuevas de Somiedo.

Rivero, buscando mayor espacio para sus hazañas, dió en el otro mundo y desde Santiago de Chile al Morro de la Habana, toda esa parte de la América podía contar *cosas* de nuestro paisano, unas por el valor y otras por la gracia que encierran, dignas de sostener comparación con las más famosas aventuras conocidas.

Yo encontré a Atanasio en la Habana: tosía mucho y era propietario de un automóvil y una vaca. Tomamos pasaje de vuelta para España en el mismo barco. El automóvil lo vendió Atanasio fácilmente; la vaca, no vino en camarote de primera, porque a última hora se encargó un negro cimarrón de tenerla en un bohío y tratarla como de quien era y como lo que era.

Durante el viaje hablamos mucho. El venía a España a ofrecer humildemente la re-

velación de un misterio que importaba más que la reconquista de América y de todos los países en donde no se ponía el sol: el misterio de la vida de Cervantes. Ningún cervantófilo español, ni extraño a la patria española sentía, como él, un amor tan hondo ni tan intenso por el idioma y por el genio del idioma; en las llanuras americanas abrasadas por el sol tropical o en los bosques inmensos donde aún existen las huellas de animales antediluvianos, Atanasio Rivero soñaba con descubrir la vida misteriosa y plena de Miguel de Cervantes, y catorce años, día tras día, hora tras hora, con el enérgico tesón de un asturiano, con la pasión frenética de un enamorado, fué uniendo todos los hilos flotantes en las obras de un ídolo y en las de sus enemigos, y una noche, noche de América llena de luz, de estrellas, a los trescientos años de la muerte del genio, el misterio fué revelado y la gloria de la revelación cabía a «Lolo» a aquel asturiano que en su juventud primera podía decir dónde se escondía el mejor tonel de sidra de su tierra nativa.

Sobre la cubierta del gran trasatlántico, que gemía al partir las aguas con su proa aguda, hablaba Rivero:

«La curiosidad y el interés acerca de la vida de Cervantes se han estancado en España: es como un lago inmenso e inmóvil

que, mirándose en el cielo, esperará de él el rayo que agitará sus aguas. De vez en cuando se abre un pequeño círculo que muere antes de llegar a la orilla: ha caído una chinita en el líquido cristal: Cervantes, a su llegada a Sevilla, se había mercado unos gregüescos, lo aseguraba Puyol.

¿Qué era esto ante la misteriosa sombra en que se envolvía la vida del inmortal? No una vida, mil vidas, eran poco para hacer brillar la verdad, para desenmascarar a los enemigos que atenazaron con sus envidias y con sus crueldades al hombre bueno, que haciéndose superior a la amargura y al dolor de las estocadas recibidas en la sombra, escribía para la humanidad un libro «que sería el mejor entre los conocidos y los por conocer».

No será rayo del cielo, pero yo llevo en mi mano la piedra que ha de levantar la tempestad en el lago, cuando las aguas suban hasta el cielo, me darán la razón o no, deben dármela, pero habré despertado el interés, el afán por descubrir lo que es el más grande patrimonio de España, el misterio de aquella vida genial azotada por el dolor que pudo idealizar la materialidad de un Sancho y la grosera envoltura de una Maritornes.»

***

Llegó Rivero a Madrid: ofrecióle la Dirección de *El Imparcial* con generosa amplitud las columnas de su periódico, y desde ellas lanzó Rivero al lago su piedra, su Revelación del misterio. Saltó el cristal de las aguas hecho pedazos, y es cada gota y cada burbuja un nombre: Menéndez y Pelayo, Rodríguez Marín, Navarro Ledesma, el conde de Lemos, Tirso, Lope, los Argensola, el Siglo de Oro, este Siglo del cañón con todos los nombres que tienen relación con la vida de Cervantes de hace trescientos años a nuestros días y... las discusiones del Café de Castilla, acerca de la pedrada de Rivero, son trasunto fiel de lo que merece en las redacciones de los periódicos, en las tertulias, en los cafés, en las Academias; el espíritu ardiente de Cervantes lo llena todo, y después de esta tempestad no tendremos que pasar por la vergüenza de que venga un inglés (con todo el respeto que Inglaterra y los ingleses nos merecen), a decirnos cómo fué la vida de Cervantes.

Si Rivero no fuera «el portador del misterio», basta el hecho de haber agitado la opinión, de haber provocado la tempestad para merecer bien de los que aman a la patria y temen que de fuera vengan a descubrir lo que hace muchos años debiéramos saber por nosotros mismos.

Yo tengo la convicción de que Rivero no

se equivoca; por algo en el mundo entero se canta esto:

«En el cielo hay una estrella
que a los marineros guía»

PACO MEANA

Madrid, 12 de Agosto de 1916.

(*El Comercio* de Gijón.)

MURMURACIONES DE LA CORTE

Hay hombres desgraciados que ni aun en la fosa tienen seguros los huesos.

Uno de ellos, más notado por su inmensa fama, es Miguel de Cervantes, gran depositario y guarda de la lengua castellana, esa hablilla con que comunican sus almas 85 millones de hombres. Irradia tanta gloria el peregrino ingenio de Cervantes, que los admiradores, que son muchos, se empeñan en hacerle dios y recluirlo en una de las estrellas de nuestro sistema, que son las que más brillan ante los ojos humanos.

De todos sus libos escogen el más célebre, el *Don Quijote,* y de entre sus páginas alcoholan y entresacan todo lo que necesitan y aun lo que les viene en gusto.

Y así tenemos *Quijote* geográfico, histórico-

co, filosófico, con secretos de cocina y hasta del arte mayor de la seda.

Pues bien; ahora se ha presentado ea Madrid un asturiano que pasó la juventud de andariego por todas las Américas, hombre de mediana edad, culto, de rostro atractivo, aunque algo inmóvil, palabra fácil que cautiva, embutido en uñ terno azul y cubierta la cabeza con jipi barato, con el ala levantada por atrás y baja por delante para sombrear los ojos; pues bien, este señor se ha empeñado en demostrar que dentro del *Quijote* existe otro libro inédito de nuestro gran Miguel de Cervantes.

Si alguien le pone en el aprieto de comprobar lo que afirma, el gran escritor astur se quita los lentes, que como miope lleva constantemente sobre la nariz, suspende el aleteo de las pestañas y exclama en tono de progresista clásico de los que creían en Madoz y en Llano Persi: ¡Juro decir verdad!

Este mismo juramento, como empresa heráldica, va desde el escusón de su buena fe a ennoblecer la cabeza de sus artículos que a diario publica en un afamado diario de la Corte.

Claro es que, venir en el siglo XX a decir a los lectores españoles:—Señores, tengo el secreto, que pongo a vuestra disposición, de poder saborear una obra inédita de Cervantes. Esa obra la constituyen sus *Memorias*

íntimas—es para poner los pelos de punta a todo el que se le alcanza algo de letras.

Como los españoles somos versátiles, las *fobias* y las *filias* de la guerra han quedado en suspenso, ya nadie habla de la acometida inglesa, de los triunfos moscovitas, ni de la interminable batalla de Verdún, sino del trompeteo con que el gran escritor Sr. Rivero anuncia la aparición de la obra de Cervantes.

Ignoro lo que sería el clamor del Sinaí cuando los hebreos no se movieron de sus campamentos porque los montes se estremecían hasta en sus raíces, pero sé lo que en este momento acontece en Madrid, y digo que todos los ángeles del cielo son infelices pirotécnicos de apagado ruido al lado del señor Rivero, que es una traca valenciana con bombas finales por comienzo.

El periódico aludido ha abierto las puertas y ventanas de par en par, y por todos los respiraderos del colega rotativo se filtra una dulce remembranza cervantina. Esto siempre es un acierto.

Alguien preguntó al Sr. Rivero cómo es posible que dentro del *Don Quijote* se hallen enquistadas las *Memorias íntimas del manco de Lepanto*, y a ello contestó que la historia de Alonso Quijano el Bueno estaba escrita con una traza especial, que una vez descubierta, permita agrupar letras y palabras

de manera que formasen un nuevo libro. Que esa traza nadie la había enseñado, sino que él la había descubierto leyendo y releyendo el *Quijote,* que «no en vano, añade con singular elegancia, partí con Cervantes mi hostia, en el fondo inquietante de las *Barrancas* mexicanas, junto al sol en los Andes, y a la luz del volcán *Isalco* en la bravía república salvadoreña. ¡Gloria a Dios!», párrafo que si es de alabar por lo sonoro y poético, hay que convenir en que es defectuoso como alegato intencionado y buena probanza.

No faltó, sino que sobró quien pusiera reparos al hallazgo, y aun hubo curioso atrevido que recordando que el principal libro de la *Cabalah* judía se escribió en España por Moisés Schem Job Golaquera de León con el título de *El Zohar,* puso al hidalgo y andariego astur en el aprieto de confesar que la traza descubierta por él en los libros de Cervantes no era ni se parecía a las trazas esotéricas que los cabalistas acostumbraban a esconder en los libros de este linaje; que no era la *temura,* ni el *notaricón*, ni la *gucometría*, ni tenía parecido con estos sistemas la traza laberíntica y oculta que Cervantes escogió para comunicar a la posteridad sus cárceles y aflicciones.

Preguntado si vulgarizaría la traza, dijo con más aspecto de poseso que de reo: que

lo haría así al final de la campaña, cuando ya el público estuviese saturado de lo que decía, y de que no era Atanasio Rivero el que hablaba, sino el propio Cervantes, que desde el fondo del *Ingenioso hidalgo* y de las honduras de las *Novelas ejemplares*, transmitía a los españoles del siglo XX sus pecados y miserias.

¿Será así? Dios lo quiera, pero me temo que la traza sea de Rivero y no de Cervantes, aunque lo afirme el volcán Isalco.

SOMNIATOR.

Madrid, Agosto 1916.

(*Las Noticias*, de Barcelona).

DEBATE LITERARIO

El director de *El Imparcial* me honra solicitando mi opinión acerca de «El secreto de Cervantes», y no pudiendo negarme a tal requerimiento ni al del propio sentir que ya me impulsaba a tomar la pluma en servicio de los mismos ideales a que consagré muchos años de mi vida, quisiera saber hablar brevemente de la abundancia del corazón.

Debo, ante todo, mi cordial aplauso a *El*

Imparcial, a su director, que gallardamente ofrece tribuna tan prestigiosa a un debate de historia y de crítica literarias, como quien sabe hasta dónde es la literatura, más que la política, representación y semblante espiritual de la patria.

De un trago apuré—no habiendo podido leerlos uno a uno—los sensacionales artículos de D. Atanasio Rivero, escritor de tan valientes bríos para la paladinesca y centelleante crónica periodística, que a él y al benemérito D. Domingo Blanco débese el prodigio de dinámica espiritual que presenciamos: ellos solos, con unos puñados de letras de molde agrupados con la febril premura que agita las letras del periódico llevadas por el vértigo de actualidad que nos arrebata, han conseguido en días, casi en horas, más que la legión de eruditos que alcanzó a reunir un verdadero cartulario cervantino, gracias al cual aparece—sín ayuda de sabios extranjeros por esta vez—reconstituída, casi día por día, la vida del autor del *Quijote.* D. Domingo Blanco y D. Atanasio Rivero han logrado más que Asensio y Pérez Pastor, y Alonso Cortés, y Rodríguez Jurado, y Rodríguez Marín documentando la vida de Cervantes; más que el mismo Rodríguez Marín resucitando a la Sevilla de *Rinconete y Cortadillo* y de *El celoso extremeño;* más que Ríus, acopiando la enorme

bibliografía cervantina; más que Icaza, realizando la crítica definitiva de las *Novelas Ejemplares;* más que Menéndez y Pelayo, exponiendo en páginas eternas la «Cultura literaria de Miguel de Cervantes y la elaboración del *Quijote*», porque—importa decirlo—de todo ese esplendor de verdad, ni centella trascendía a la gran masa de nuestro público, y hemos de reconocer—agradeciéndolo sin reservas—que esos dos belicosos agitadores de la opinión han operado el prodigio de mover las muertas aguas de la curiosidad española, no en torno a chismerías políticas ni a truculentas películas policíacas, ni a *fenómenos* taurinos, ni a crímenes pasionales, sino—¡quién lo diría!—a cuestiones de crítica literaria y de a tres siglos fecha; ¡increíble!

Pero el milagro está hecho, su acción persiste, la opinión rebulle y se acumula, la opinión es una magna fuerza espiritual, antes ignorada como las grandes energías físicas que han transformado el mundo, y, como ellas, bien dirigida y empleada será cultura y progreso, y dispersa o mal regida se perderá o producirá el cataclismo.

. . . . . .

. . . . . .

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.

(*El Imparcial*, de Madrid).

RÉPLICAS

A DOS REPLICANTES IMPACIENTES

De Madrid me envían *El País* del último miércoles, y doy gracias a su director porque cree que mucho de lo que yo dije en *El Imparcial* es digno de ser estudiado sin pasión... Andando el tiempo dirá que todo es digno de estudio. Débole a *El País* muy benévolas ausencias para no esperar de él esta justicia. El memorable D. Nicolás Estévez me enseñó, en la Habana, a esperar del país y de *El País* todo lo justo y todo lo patriótico. Lo espero.

En *El País* dice *un doctor* que «*Don Quijote* ha vuelto loco a muchísima gente. Por cuerdo tengo a D. Atanasio Rivero; sin embargo, me atrevo a suponerle víctima de una *paranoia esteriotípica*». Declárese más, doctor, que no entiendo de eso; y para otra vez hable vuestra merced en cristiano por donde yo venga en la noticia con que me regala. Yo no hablé del *Quijote* exclusivamente, sino de

las *memorias* de Cervantes, entrañadas en toda su obra, que no es toda *Quijote*. No me extraña que encuentre usted superior mi hipótesis a la de Menéndez y Pelayo. La de D. Marcelino fué un vergonzante divagar con pujos de acierto; la hipótesis mía no es hipótesis, sino conclusión, y no tiene el diablo por dónde hincarle el retorcido colmillo, ya que toda ella es verdad, razón y luz. Dejo a salvo mi opinión sobre la crueldad con que usted llama mentecato a Menéndez y Pelayo, por haber sacado a plaza su Lamberto. La frase es cruda y mi corazón la rechaza. Doy a usted gracias infinitas por creerme cuerdo, y espero saber el nombre y algunas altas circunstancias de la vida de usted para ver si puedo decir, en justa correspondencia, que no está usted loco.

Conque a declararse más, y a hablar más en cristiano: el público y yo tenemos derecho a saber qué mal padezco, ya que no entendemos su *paranoia esteriotípica*, y estamos a punto de creer que me amaga el escorbuto o que ha sufrido alguna grave depresión mi hueso palomo.

***

El *Corresponsal de mi fracaso*, de que hablé en *El Imparcial*, y el sujeto aquel que se me vino con la lanza baja y con intención no muy alta, son tortas y pan pintado en com-

petencia con el Sr. D. Niceto Oneca, ángel custodio de no sé qué pápiros y pergaminos que hacían tanta falta en este debate como los perros en misa. La rapidez con que el señor archivero me amaga, la iracundia con que toma su parte de campo, la confesión manifiesta de que quiere tomar baza antes de que yo arrastre de malilla, y el olímpico desdén con que mira de alto a bajo mis literaturas, me obligan a poner en esta réplica toda la mesura y todo el comedimiento que echo de menos en su extemporáneo alegato, inserto en *El País* del miércoles.

Hale picado, sin duda, el dicho mío, que no es mío sino de Cervantes, y que no *es dicho,* sino *aseveración* solemne, de que el duque de Béjar no pagó la edición primera del *Quijote*, ni principió a leer el inverosímil y famoso libro.

Para demostrarme que el *nuevo Alejandro Más* leyó el libro, y no sé si para noticiarme que pagó al librero, me advierte, «como encargado del Archivo Ducal de Osuna e Infantado, que en los inventarios del Duque de Béjar consta la primera edición del *Quijote*».

Quiere esto decir que en la casa de Béjar hay o había un ejemplar de la primera edición de *Don Quijote*... No es mucho, todos los buenos españoles de aquel tiempo tendrían otro ejemplar, ya que la edición fué tan pronto agotada y tan popular que obli-

gó a seis ediciones más en aquel año glorioso.

Si cada quisque alfabeto compraba su libro, si lo reían los mozos, lo alababan los sabios, lo ponderaban los buenos, lo estimaban los discretos y lo buscaban los príncipes y los magnates, ¿qué extraño es que en la librería del duque de Béjar hubiese «un *Quijote*»? Lo raro, lo inconcebible, lo condenable, sería que no se encontrase un solo ejemplar en la casa del hombre con fama de Mecenas, que ahijó el libro, que admitió la «dedicatoria, y que de seguro no compró con sus dineros el ejemplar», ya que lo verosímil y lógico es que Cervantes se lo hubiese enviado en demanda de ablandarle el higado.

Aunque el tonillo desdeñoso del señor Oneca me autoriza a pagar el desdén con el desdén, no usaré este añejo uso, porque soy yo, y no el Sr. Oneca, quien debe levantar estas competencias en las que se puede y se debe ejercitar el ingenio sin daño de barras ni detrimento de la consideración que toda noble intención debe merecer a los buenos, como la mía, que es nobilísima, merece ya de los mejores y de los sencillos que aman el esplendor de las letras patrias.

El ingenio del Sr. Oneca no vale más que el mío, y sobre esto doblo la apuesta si hice alguna, y, si no la hice, doblo la que el se-

ñor Oneca me haga, si me la hace; si el señor Oneca me demuestra cuando escriba «largo y tendido», como amaga, que es menos malo que yo, cuelgo la péñola de la espetera, me hago archivero y custodio y muero de un solo tirón para las letras... y para las artes; que tengo un arte muy sutil para atar escobas y para distinguir los peces de colores por el color.

Porque no diga el Sr. Oneca que le voy a la mano y le gano por ella y tres más en envaimiento, y como me debo al público honrosamente interesado en la alta y grave empresa mía, anotaré aquí con toda sencillez y modestia la *nota* en que Cervantes habla por última vez, del de Béjar, y que yo no saqué de apolillados pápiros, sino de la *traza* maravillosa con que Cervantes escribió sus *Memorias* en la entraña de *Don Quijote:*

«El libro de *Don Quijote* no se imprimió, aunque lo parezca en algo, a expensas del duque de Béjar, ya que no princípió a leelle, ni sirvieron súplicas con e Otros hicieron por mi buen caballero lo que él no hizo, como son los sevillanos Baltasar de Alcázar, Porras de la Cámara, Arguixó y Su Ilustrísima el arzobispo Niño de Guevara, mi protector más liberal. También les estoy muy reconocido a los buenos Vicente Espinel y D. Juan de Jáuregui, que me pagaron los alimentos los seis meses que duró la im-

presión. A todos lo agradezco, y a todos ellos deseo hacer la *Dedicatória* que va al principio deste libro.»

Pasemos de la Béjar del duque al Monforte del conde, porque lo que me pasa a mí con el de Lemos, asistido por el Sr. Oneca, no tiene nombre, ni tiene par, ni desperdicio. Yo, aunque pecador, no dije del Conde nada que no fuese para su mayor gloria. Si acoté que fué indiscreto en una ocasión, y que su indiscreción fué fatal para Cervantes, lo dije porque la historia, que es la verdad, no debe ser entibiada por las solicitaciones de la símpatía ni por las arterias del amor. El conde de Lemos, egregio y eximio, declaró a Lope y a los Argensolas la *traza* con que está escrito el *Quijote,* sin parar mientes en que en la *traza* de Cervantes estaba retratado de cuerpo entero el divino Lope con la talega a cuesta de sus vicios y de sus debilidades. De esta confesión inexplicable del delicado visorrey de Nápoles nació en Nápoles el *Quijote de Avellaneda* y envenenó el odio con que Lope distinguió siempre a Cervantes, alargándolo hasta la agonía del manco de Lepanto. El reconocimiento de esta indiscreción la acredita el conde con el castigo que aplicó a Gabriel Argensola y a Mirademescua, obligándoles a parir un hijo hospiciano, y cruzándoles después su nombre y su ética con el latiga-

zo de la *traza* del soneto de *Pero Hernández*.

Pocos hombres, puestos a escribir, habrán dicho tantas cosas buenas como dije yo del *Buho Gallego,* aunque bien sé que merece más tan gloriosa figura política y literaria; pero si es así, como así es, y me remito y acoto con *El Imparcial* del día 9, ¿por qué se me viene el Sr. Oneca cabalgando en sus pápiros, mojándome la oreja sin descabalgar, mirándome al soslayo, y amagándome con que escribirá *largo y tendido* de mi *Avellaneda* — de acuerdo con Cristo y con la Santísima Trinidad de Lastres—para notificarme que de los documentos que custodia—¡ojo al *Cristo!*—no aparece nada en contrario al cariño y protección que demostrara al gran manco de Lepanto el conde de Lemos?

¿Por qué quiso el Sr. Oneca llevarlo todo abarrisco y a tente bonete, y salirme al paso, febril, airado, colérico, desdeñoso?...

«—El viento en Valdeorras
llevó a seis viajeros, cuatro gorras...
—¿Cuatro gorras, no más, a seis viajeros?...
– Aguárdese usted un poco... Y dos sombreros.»

Bien pudo el Sr. Oneca esperar, ya que yo llevaba buen paso, hasta ver si los sombreros del de Lemos salían tras las gorras del donoso epigrama. A querer al conde de Le-

mos no me enseña ni me gana nadie; pero la verdad me impone el deber de señalar el lunar de la indiscreción del conde por aquello de *Amicus Plato, sed magis amica verita...*»

***

Escriba el Sr. Oneca *largo y tendido,* ya de acuerdo o en desacuerdo con el Sr. Lastres, a quien dirá, de parte mía, que niego en redondo que por todos se vaya a Roma, y cambiando letras se saque el Cristo; modere sus ímpetus, apee su desdén y tercie en este pleito y acredítelo y enaltézcalo con su sapiencia, que al final de su futuro alegato estoy yo para besarle la diestra en fe de humildad, si la razón fuese señora, y si no, preparado y bien dispuesto para otra no menos confitada réplica.

ATANASIO RIVERO.

Caldelas de Tuy, 14 de Agosto de 1916.

(*El País,* de Madrid).

EPÍLOGO

El Imparcial del día 1.º de Octubre de 1916 publicó el siguiente suelto:

«El secreto de Cervantes.

El ilustre director de la Biblioteca Nacional nos dirige la siguiente carta, que con mucho gusto publicamos:

Madrid, 30 de Septiembre de 1916.

Señor director de *El Imparcial:*

Muy distinguido amigo: Confiando, aún más que en mi derecho, en la cortesía de usted, me dispongo a responder en su popular periódico a los tres artículos que en él me ha dedicado don Atanasio Rivero.

Mi respuesta sería inmediata a no haber menester para ella algunos datos que no están en Madrid y que pido con urgencia. Con todo, aseguro que no se hará esperar muchos días.

Soy de usted afectísimo admirador y amigo, q. l. e. l. m., *Francisco Rodríguez Marín.*»

Para entender y contender en las literaturas que se derivasen de la carta que suscribe el Sr. Marín, estuve en la corte de España todo el mes de Octubre, sin que dicho ilustre

cervantista cumpliera su promesa solemne. Se me dijo que el famoso anotador del *Quijote* se empeñaba en la rebusca ansiosa de una prueba documental para anonadarme. Este propósito, acreditado por la carta que va a lo cimero, me hizo sonreir: supone tanto como *ir por la foz a casa,* y pensé que el Sr. Marín no encontraría la hoz, y, si la encontraba, estaría tomada de orín, y ciega, y le colocaría en condiciones de inferioridad para contender con mi *traza.*

La *traza* es el testimonio de Cervantes, y contra el glorioso testimonio no pueden existir pruebas documentales que le desacrediten. Lo discreto es buscar pruebas que encarezcan la *traza,* y Dios loado.

Así acabo el prólogo de la contienda literaria que he reñido con los cervantistas españoles, forzado de la mala razón de la sinrazón que a mi buena razón se hizo. Antes de tres meses publicaré el tomo primero de las Memorias Maravillosas de Cervantes, y se llaman *maravillosas* porque lo son, y porque muchos, aunque pecadores, aseguran que esto es maravilla, pero maravilla del autor de este libro. Sea ello maravilla, que yo procuraré restituírsela al verdadero autor maravilloso, prez, honra, blasón y orgullo de la humanidad, Miguel de Cervantes y Saavedra.

FIN

BIBLIOTECA HISPANIA

OBRAS PUBLICADAS

COLECCIÓN HISPANO-AMERICANA

Pesetas

Primera parte de la Historia del Perú, por Diego Fernández, el Palentino, tomos I y II, cada volumen en 4.º..... 7,50

Corona Mexicana.—Historia de los Motezumas, por el P. Diego Luis de Motezuma, en 4.º, 512 páginas..... 7,50

COLECCIÓN ROSA PARA LAS FAMILIAS

Genoveva, novela, por Alfonso de Lamartine, 378 páginas en 8.º..... 3,00

La Leyenda Dorada (Vidas de Santos), por Jacobo de Voragine, tomos I y II, cada volumen..... 3,00

SECCIÓN GENERAL

Pesetas

Lámparas votivas, poesías, por Francisco Villaespesa..... 3,00

Como buitres..., por Manuel Linares Rivas. 3,00

La fuerza del mal, por Manuel Linares Rivas 3,50

Obras completas, por Manuel Linares Rivas. Tomo I: *La Cizaña, Aire de fuera, Porque sí.* — Tomo II: *El Abolengo, María Victoria, Lo posible.* — Tomo III: *La estirpe de Júpiter, Cuando ellas quieren.... En cuarto creciente.*—Tomo IV: *La divina palabra, Bodas de plata,* cada tomo. 3,50

Tapices viejos, por Eduardo Marquina..... 3,50

Frente al mar, por José López Pinillos (Parmeno)..... 3,00

Coplas, por Luis de Tapia..... 2,50

Don José de Espronceda: su época, su vida y sus obras, por José Cascales Muñoz... 4,00

La Política de Capa y Espada, por Eugenio Sellés..... 5,00

La Negra, por Pedro de Répide..... 1,00

El horror de morir, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 1,00

La Garra (segunda edición), por Manuel Linares Rivas..... 3,00

Barrio Latino, por Federico García Sanchíz. 3,00

La espuma del champagne, por Manuel Linares Rivas..... 3,50

La guerra palpitante..... 3,00

Una mancha de sangre, por Joaquín Belda. 1,50

Pesetas

El Monstruo, por Antonio de Hoyos y Vinent 3,00

La Cocina racional, por Magdalena S. Fuentes..... 3,00

Mi Venus, por Joaquín Dicenta..... 1,00

Fantasmas, por Manuel Linares Rivas..... 3,00

Fatal dilema, por Abel Botelho, tomos I y II, cada volumen..... 2,50

Años de miseria y de risa, por Eduardo Zamacois..... 3,50

Presentimiento, por Eduardo Zamacois..... 1,50

La Leona de Castilla, por Francisco Villaespesa..... 3,50

El Paraíso de los solteros, por Andrés González Blanco..... 1,00

Al son de la guitarra, por Federico García Sanchíz..... 2,00

Toninadas, por Manuel Linares Rivas..... 3,50

Una vida ejemplar, por Diego San José.... 1,50

La enemiga, por Darío Nicodemi..... 3,50

El oscuro dominio, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 1,00

En camisa rosa, por Felipe Trigo..... 3,50

El crimen de Avellaneda, por Atanasio Rivero..... 3,50

LS.
C4192
.Yriv

179054
Cervantes Saavedra, Miguel de. Don Quijote

Author Rivero, Atanasio

Title El Crimen de Avellaneda.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU